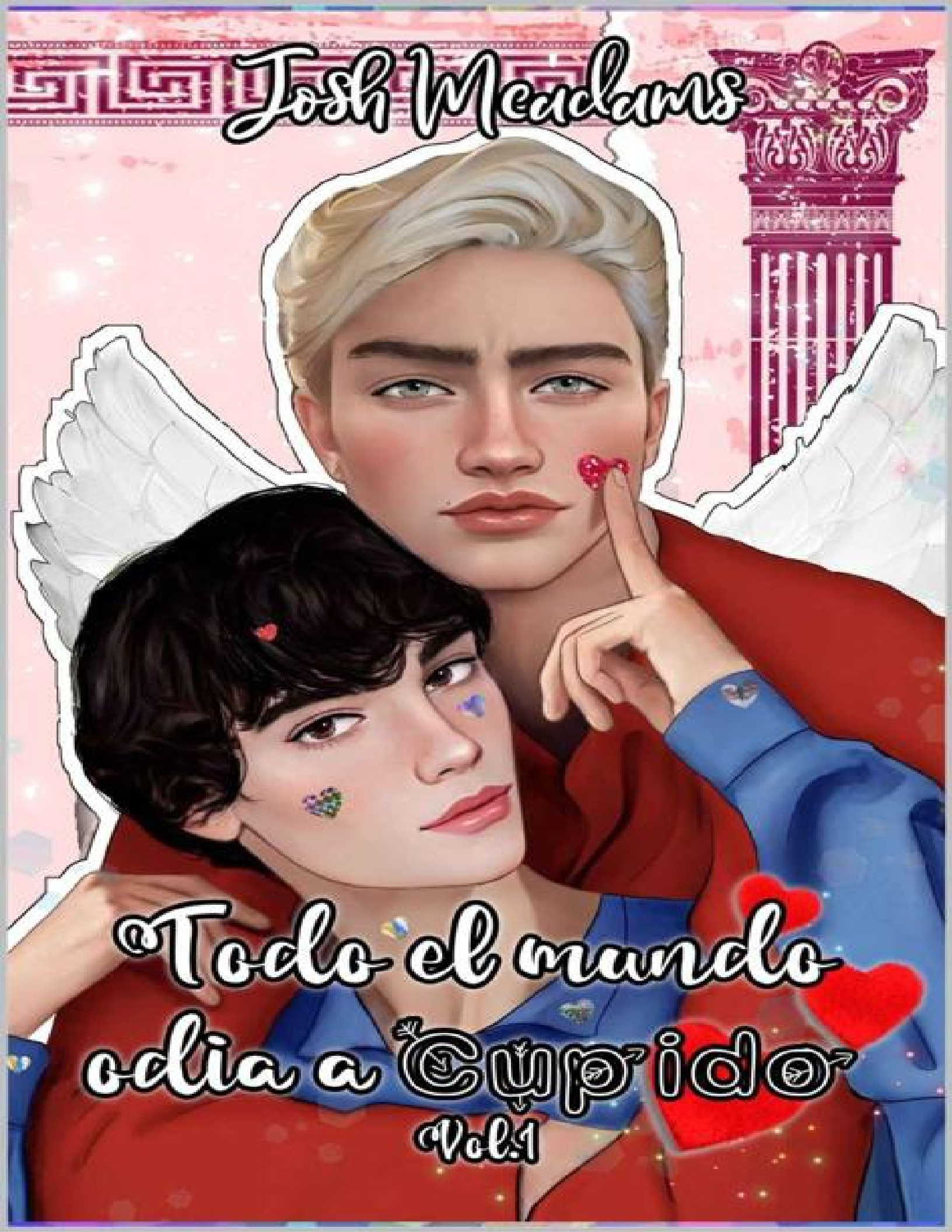


The background of the cover is a soft pink with a subtle pattern of small white hearts and sparkles. At the top, a decorative border features a repeating Greek key pattern in a dark red color. On the right side, there is a stylized illustration of a classical column with a fluted shaft and an ornate capital. The main characters are two young men. The one in the background has light blonde hair, blue eyes, and a serious expression. He has large, white, feathered angel wings behind his head. He is wearing a red long-sleeved shirt. His right index finger is pointing towards the cheek of the man in the foreground, with a small red heart sticker on the tip of his finger. The man in the foreground has dark, wavy hair and brown eyes. He is looking slightly to the side with a gentle expression. He has several colorful heart-shaped stickers on his face: a red one on his forehead, a blue one near his eye, and a multi-colored one on his cheek. He is also wearing a red long-sleeved shirt. The overall style is a soft, painterly illustration with a romantic and angelic theme.

Josh Meadams

Todo el mundo
odia a Cupido
Vol.1

Todo el mundo **odia a Cupido**

Vol 1.

Josh Mcadams

© Josh Mcadams, 2024

Corrección ortotipográfica y de estilo, Arthur Casablanca.

El copyright y la marca registrada del nombre "Sombras en el agua" y de todos los nombres propios y el resto de los personajes, así como de todos los elementos relacionados, son propiedad de Josh Mcadams.

1ª edición: Enero 2024

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización

previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

“Entre aquello que anhelamos y aquello que deseamos, se encuentra escondido entre sus sombras aquello que realmente está destinado para nosotros” —Anónimo.

Indice:

1. Connor Lovejoy
2. Malas decisiones
3. Sucederá
4. Ferrari rojo
5. Westfields
6. Jazmín
7. Rencor
8. Dudas
9. Barbacoa
10. Un encuentro fortuito
11. Una cena
12. La contraparte
13. Sentencia
14. Paseo por el mercado
15. A las diez
16. ¿Y ahora qué

Prefacio

Un joven con el cabello dorado como los rayos del sol derramaba una lágrima sobre una tumba recién cavada en la tierra. Había escogido aquel lugar porque tenía un significado especial para él y para el difunto, se trataba de un bello claro lleno de pequeñas flores blancas y dientes de león.

—Siempre estarás conmigo —prometió con la mano sobre su corazón—.

Soltó el ramillete de flores rojas sobre la tierra, besó la punta de sus dedos y lanzó un último beso a lo que quedaba de su amado. Su cuerpo sin vida.

El sonido de algún animal del bosque captó levemente su atención y a continuación se hizo un silencio solemne. Uno familiar para él.

Un agradable olor dulzón llegó a su nariz y una nube del rosa más intenso que existía se empezó a formar frente a él. Al acabar de crear una silueta femenina se deshizo en el aire mostrando a una mujer. Su cabello rubio era como el suyo y era tan largo que descansaba el suelo. Este estaba salpicado graciosamente con flores de todos los colores.

La expresión de la mujer expresión era triste, una que causaba desazón. Cualquier mortal habría dado su vida con tal de borrar la tristeza de una faz tan bella como la suya, otros la habían dado antes por mucho menos.

—No puedes huir y esconderte —dijo ella con prudencia. Su voz era tan melodiosa como una sinfonía, aunque en esta ocasión no fuese alegre—.

—Puedo y lo haré —.

Cogió el carcaj a sus pies, una de sus flechas cayó al suelo.

—Creía que eras más inteligente, más sabio... —le recriminó ella con un tono ligeramente más autoritario—.

—Esperaba que tú de entre todos pudieses entenderme —confesó él a media voz—.

El bosque parecía guardar el aliento ante la presencia de aquella figura femenina, mostrando un respeto solemne e inquebrantable.

—Te enfrentarás a la ira de tu padre, de tu abuelo...—.

—¡Pueden hacer lo que quieran conmigo! ¡Estoy harto, se acabó! —.

Tiró el carcaj al suelo y le dio una patada, no sabía porqué lo había cogido en primer lugar, no tenía intención de usarlo nunca más.

La mujer se movió por primera vez, su caminar era tan delicado como una elaborada danza, intentó alcanzar la mano de su interlocutor pero este la rechazó.

—Ha sido un accidente, los mortales son frágiles —sentenció ella—. Así ha sido siempre, Eros —

Hacía cientos de años que nadie se dirigía a él con ese nombre, su primer nombre.

—No ha sido un accidente, al igual que no lo fue la vez anterior —señaló amargamente —.

—Eres demasiado temperamental, demasiado...—.

—¿Infantil? ¿caprichoso? ¿pasional? —.

Ella guardó silencio, manteniendo sus ojos sobre los suyos, intentando descifrar sus pensamientos.

—Soy todas esas cosas, ¿no soy cupido? —zanjó él—.

—Hijo, me preocupa en la posición en la que vas a ponerte si eliges desatender tus obligaciones —.

—Mamá, la gente se enamora todo el tiempo sin necesidad de mis flechas. Lo sabes — le recordó—. No soy una fuerza primordial como tú, mi labor no es la misma. Además tienes a los otros erotes... y a mi hermano —

—Eros —dijo con los ojos vidriosos—.

Él cogió finalmente la mano de su madre, esta era suave como la seda más pura.

—Esto no es un adiós, es un hasta luego —le aclaró—. Abandono mi vida anterior pero no a ti, tú eres parte de mi —

La mujer abrió los brazos para invitarlo a entrar en ellos, lo amaba con todo su corazón. Su dolor no le era indiferente, pero a diferencia de él sabía cómo poner las cosas en perspectiva, tenía un temple del que su hijo aún no poseía.

—Sé lo que es sufrir por amor, hijo —le dijo al oído. Se encontraban en medio de un bosque pero lo más probable era que no estuviesen solos—. Siento mucho tu pérdida, te lo digo de corazón —

—Gracias —dijo aceptando esas palabras como consuelo. Sentía ponerla en esa tesitura pero sabía que estaría bien, era la favorita de su padre al fin y al cabo—.

Besó su frente y miró la cara de su madre una última vez, memorizando cada rasgo, cada cabello. Aunque le había asegurado que volverían a verse de nuevo estaba convencido que no sería pronto.

—Intentaré...—Afrodita se detuvo. Quería decirle que intentaría aplacar la ira de su esposo y la de su abuelo, pero no quería que sus últimas palabras fuesen tan amargas—. Te quiero —

Su madre le había enseñado desde que era muy pequeño que una despedida es menos amarga cuando se dedica una palabra de afecto.

—Yo también te quiero, mamá —.

Capítulo 1

Connor Lovejoy

Abrió la puerta, entró y la cerró de un portazo. Luego soltó las llaves y la cartera sobre el pequeño mueble en el recibidor y se dirigió hasta la cocina caminando bruscamente.

—Estás de mal humor? ¿No quedaban bollos de crema y fresas cuando has llegado? —le preguntó una voz femenina—.

Se quitó los zapatos y los dejó a un lado con cuidado.

—El camión de mudanza de ahí abajo ha manchado mis zapatos de barro —se quejó—. Estos zapatos no son reemplazables, los hizo a mano un artesano en Italia hace más de cien años —

—Ah, ¿solo eso? —soltó divertido el gato con el que hablaba—. Pensaba que había sucedido algo grave —

—Y tampoco quedaban bollitos de fresa —admitió de mala gana. Sacó de la bolsa de papel que había traído consigo una bandeja de dulces y la dejó sobre la encimera de la cocina.

El felino se estiró en el sofá, dio un par de saltos y se asomó por la ventana. El ruido que había estado oyendo desde hacía un buen rato debía de proceder de aquel vehículo.

—O sea que tenemos un vecino nuevo —comentó—. ¿Qué habrá pasado con el anterior? —

—Si no lo sabes tú...— se burló él—. Además, qué cotillas eres. ¿A nosotros qué? —

El gato soltó un bufido y volvió su atención a la calle. Cotillear era uno de sus aficiones favoritas, podía hacerlo desde casa y no la cansaba lo más mínimo.

—Es un joven —observó, aunque ya lo sabía antes de asomarse—. Con el pelo rizado y ojos soñadores —

Él resopló y se asomó junto al gato. Un joven con el cabello oscuro firmaba unos documentos y cogía una pequeña caja.

—¿Qué más? —preguntó él—.

—¿Qué más quieres? —.

Él hizo rodar sus ojos, su compañera gatuna siempre se hacia de rogar en cuanto a sus predicciones del futuro.

—¿Ninguna predicción? —preguntó—.

—¿Quién es el cotilla ahora? —.

—Pff, qué aburrida eres... —.

Una niebla se abrió paso en los ojos amarillos del animal, volviéndolos totalmente blancos. Los ojos del joven de cabello oscuro derramaban unas pocas lágrimas mientras decía algo que solo su interlocutor podía oír. Una figura con un aura dorada irreconocible lo apretaba contra su cuerpo y acariciaba su mejilla.

—Su cuerpo un día estará cubierto en pétalos de rosa, tan rojos como el amanecer. Entonces el viento entonará un réquiem por ... —

—Olvídalo —zanjó cortándola—. Paso —

Connor, como se hacia llamar en la actualidad, puso los ojos en blanco y pasó de la

conversación. Se había enganchado a una serie de televisión antigua y pretendía seguir viéndola, las predicciones de su amiga le daban dolor de cabeza. Nunca era clara, todo lo que salía de su boca era un galimatías.

—Voy a calentar la pasta de ayer y a poner la televisión, ¿qué quieres de beber? ¿Vino rojo o vino blanco? —.

—...el dolor del arquero —acabó de decir ella en un susurro—.

Sus predicciones siempre estaban abiertas a la interpretación, sobretodo si estas se alejaban más en el tiempo. Aquella predicción le puso los pelos de punta, no era un buen augurio, pero como tantas otras visiones lo más probable es que no se cumpliera. El futuro cambiaba cada instante, tras cada decisión. Decidió obviarla.

—¿Como dices? —preguntó—.

—Vino rojo —contestó ella—. Espero que no sea esa telenovela tan tonta sobre doctores —.

—Te encantará, dale una oportunidad. El doctor Leroy está enamorado de la mujer de su hermano, y pronto se lo confesará —.

Aquella serie era el somnífero ideal para alguien como ella, las relaciones amorosas entre humanos le llamaban muy poco la atención.

—Bueno, la veré hasta que me duerma...—.

Oliver le dio las gracias al hombre que dejó la última caja sobre el suelo de su nuevo salón y cerró la puerta tras él. Había tenido mucha suerte al encontrar aquella casa, el alquiler era asequible y el emplazamiento del lugar era perfecto. Había una boca de metro a tan solo una calle y no tardaría más de veinte minutos en llegar a la universidad donde trabajaba.

—Ahora debería de montar la cama...—se dijo—.

El sonido del teléfono en su bolsillo lo pilló de improviso, sonaba una melodía genérica. Al ver el nombre de la persona que lo llamaba dio un sonoro resoplido.

—¿Sí? —preguntó—.

—¿Has acabado ya con la mudanza? Papá y yo vamos a cenar al italiano que tanto te gusta, podrías venir con nosotros —.

—Quizá el fin de semana que viene —contestó a regañadientes—.

—¿Es por el viaje? Tu padre y yo podríamos...—.

—Mañana trabajo, no puedo estar de aquí para allá —le recordó—.

Su madre resopló sonoramente tras el teléfono.

—No me hagas hablar sobre ese tema —se quejó. El trabajo que había escogido no era de su agrado—.

—Te dejo, voy a empezar a desempacar las cajas —.

—¿Necesitas mi ayuda? Puedo estar allí en una hora —.

El pueblo donde se había criado a las afueras de Nueva York, Westfields, se encontraba como mínimo a seis horas de viaje en coche. Pero no le apetecía discutir sobre el tema con su madre.

—No es necesario... —.

Había vuelto brevemente a la casa de sus padres tras un incidente en la casa que alquilaba anteriormente. Las tuberías estallaron un día sin previo aviso. Estar en su casa podía ser asfixiante y él necesitaba un poco de soledad. Disfrutaba del silencio, algo que no podía tener en casa con su padre y su hermano mayor discutiendo a cada rato y su madre mediando entre ambos.

—Mamá, por favor. Me estas agobiando —se quejó—.

—Bueno, ¿prometes que vendrás este fin de semana? —.

—Sí —.

Solo un sí la callaría.

—Vale, un beso grande —.

—Otro para ti —respondió él antes de colgar—.

Su madre podía llegar a ser demasiado intensa, sobretodo con él, pese a que tenía tres hermanos más, dos chicas y un chico. Él era el menor de todos y el objeto de la obsesión de su madre desde que nació.

Uno de sus colegas del trabajo le había ofrecido su ayuda con la mudanza pero la había rechazado, no le gustaba ser una carga para nadie, le gustaba ser independiente y hacer las cosas por sí mismo aunque costasen más tiempo y esfuerzo. Quizá por el ambiente en el que se crió.

Su madre siempre había sido en extremo complaciente con todos sus hijos y él a diferencia de su hermano mayor, no disfrutaba de ser tratado como a un niño pequeño. Sus hermanas y él eran más independientes, como su padre, él y sus hermanas habían abandonado la casa al empezar la universidad y habían iniciado sus vidas lejos del nido, a excepción de su hermano mayor.

Montar el somier de la cama había sido sencillo, había llevado su caja de herramientas consigo. Colocó con esfuerzo el gran colchón sobre el mismo y puso un juego de sábanas limpias, uno que su madre le había regalado. “Poner sábanas nuevas en una casa nueva traía buena suerte”, le dijo antes de meterlas entre sus cosas sin previo aviso.

Se planteó tumbarse en la cama y dormir hasta el día siguiente pero sabía que no pegaría ojo hasta que no colocase el resto de cosas en la cocina y sacase la ropa de las cajas. Ni siquiera había ido a comprar, el frigorífico contenía un par de botellas de agua, nada más.

Se dejó caer sobre la cama y sacó el móvil de su bolsillo, abrió la aplicación de mensajería y comprobó que no tenía mensajes nuevos. Le había escrito hacía unas horas a su único amigo, uno especial para él, y esperaba una respuesta.

—Todavía nada... —.

Se planteó llamarlo, ya habría salido del trabajo, lo sabía. Ambos trabajaban en la misma universidad, él en recepción y su amigo dando clase. No quería ser un pesado, Sergio siempre estaba ocupado, rara vez tenía tiempo para él. Sin embargo en esta ocasión le había prometido que cenarían juntos aquella noche para celebrar su cumpleaños. Uno que tuvo lugar hacía más de una semana.

Guardó el móvil en su bolsillo, aún faltaban unas horas para la hora de la cena. Esperaría a que le respondiese, no le quedaba de otra. Metió el teléfono en su bolsillo y se levantó, iría a comprar algunos víveres, estaba seguro de que a unas calles de allí había un supermercado pequeño.

Una señora mayor salía de la puerta que había frente a la suya, su cabello gris estaba impecablemente peinado y enlacado. En su regazo sostenía un pequeño perro marrón con grandes ojos negros.

—¿Eres el que ha alquilado la casa? —preguntó—.

—Hola, sí. Me llamo Oliver Swan, encantado —.

—Yo soy Marla Gilmore —respondió con desgana—. Espero que no seas de esos jóvenes ruidosos, en este edificio todos somos personas mayores, los tres que quedamos...

—

—Oh, no se preocupe, no soy ruidoso —le aseguró—.

—Eso decís todos —espetó de mal humor antes de poner al animal en el suelo y marcharse — La juventud no respeta a sus mayores, sois unos desvergonzados —farfulló antes de salir del portal—

El edificio tenía tres plantas, cada una de ellas con dos espaciosas casas de dos habitaciones. La propietaria de su casa ya le lo había informado sobre el tema, al parecer el anterior inquilino tuvo problemas con algunos de los vecinos debido al ruido. Oliver le aseguró que no causaría problemas, no tenía intención de celebrar ninguna fiesta. Probablemente su vida era tan monótona y aburrida como la de aquellas personas mayores.

El clima era agradable en Manhattan, Nueva York, en esas fechas el verano estaba a la vuelta de la esquina y solía ser cálido. El único inconveniente era que era también húmedo y eso hacía que su cabello rizado se inflase como una pelota de playa.

—Tengo que cortarme el pelo....—dijo para sí al mirar su reflejo en el cristal de un escaparate—. Espero encontrar una barbería por aquí cerca...—

El pequeño supermercado fue de su agrado, era como el que había en su ciudad natal, Westfields. Detestaba los lugares abarrotados atetados de productos extraños que no debería haber en un supermercado. No necesitaba comprar un palé de papel higiénico al igual que no necesitaba comprar cuatro ruedas para su coche cuando solo iba a llenar su frigorífico.

El camino hasta su casa se le hizo pesado, había comprado demasiadas cosas y las bolsas pesaban demasiado. En esos momentos se arrepentía de haber vendido su vehículo, conducir en Nueva York no era sencillo ni agradable. Además la gasolina y los arreglos que solía necesitar consumían en gran parte de su nómina, así que un día decidió deshacerse de él.

Su móvil vibró, esperaba que se tratase de su amigo.

—Por fin —soltó al leer su nombre. Una sonrisa se dibujó en su cara—.

Sergio le había dicho que había estado liado pero que aquella noche cenarían juntos, le pidió la dirección de su casa y le aseguró que iría a por él en una hora.

Una mujer golpeó una de las bolsas que descansaba en el suelo volcando todo lo que había dentro de la misma, lo miró con desgana tras golpear una manzana con su pie y siguió caminando sin disculparse u ofrecerle su ayuda.

Oliver no tuvo tiempo ni de resoplar malhumorado, metió el móvil en su bolsillo y recogió rápidamente las cosas del suelo. Cargó con las bolsas y siguió su camino. Los habitantes de aquella ciudad no brillaban por sus buenos modales o su amabilidad, no era nuevo para él.

—El paquete que esperabas ha llegado, lo acaban de dejar en el buzón —comentó el gato—.

Este había acabado de ver uno de los capítulos de aquella serie, el doctor que esperaba que confesase su amor había tenido un accidente de tráfico que parecía haber alterado sus recuerdos.

—¿Los botones para el cárdigan azul? —.

No lo sabía, no era una maquina ni podía elegir lo que veía, no sin esfuerzo. Por lo que nunca solía enfocarse en sus visiones, hacerlo le provocaba malestar y evocaba recuerdos que no quería rememorar.

—Lo descubrirás si bajas —zanjó. Se había acostumbrado a que su amigo fuese inquisitivo con sus preguntas sobre el futuro, aunque no le gustaba demasiado—.

Él puso una expresión seria, era fácilmente irritable.

—¿Y qué más te da decírmelo?! Ya me has dicho que ha llegado un paquete —.

—No soy la esclava de nadie, Connor —le recordó ella—. Si quieres una predicción exacta sobre lo que hay en tu paquete sacrifica un cordero en mi nombre y traeme dos kilos del pescado más fresco. Atún o pez emperador —

Soltó de mala manera el mando en el sofá y se levantó.

—Bajaré y lo descubriré yo mismo —soltó malhumorado—.

—Así se habla —.

Bajó con las zapatillas de estar por casa, al llegar a los buzones se dio cuenta de que no había traído la llave para abrirlo consigo así que tuvo que subir de nuevo.

—¿Vuelves sin el paquete? —preguntó Dodo, lo había visto irse sin las llaves pero no le había dicho nada. Le divertía enfadarlo, aquella era otra de sus aficiones—.

—Cállate —.

Cogió el manojito de llaves que descansaba sobre un pequeño mueble en el recibidor y bajó de nuevo los dos pisos hasta llegar al portal. Abrió la puerta del buzón y sacó el paquete, lo tanteó con las llaves y dedujo que se trataba de los botones que había pedido.

—Por fin —se dijo. Había esperado casi dos meses para poder reparar uno de sus suéteres favoritos—.

Un embriagador olor dulzón llegó a su nariz, su corazón se detuvo unos instantes, aspiró un poco más de aquel olor y empezó a latir con mucha fuerza, como una locomotora.

Su nuevo vecino entraba por la puerta del portal, su respiración era agitada pues había acelerado el paso para llegar antes. Al entrar soltó las bolsas un instante el el suelo, su móvil había sonado hacía un momento y tenía que contestar.

Su amigo le había dicho que había pasado por la floristería que le gustaba y había comprado el ramo de girasoles más grande que tenían. Los girasoles eran la flor favorita de Oliver y al leerlo no pudo sentirse más emocionado.

“En ese caso te perdonaré por no acordarte de mi cumpleaños”, le respondió este, seguido de un icono con una sonrisa.

Connor no podía quitarle la mirada de encima, no por su aspecto, ni siquiera se había fijado en su cara, sino por el aura que lo rodeaba y el aroma que desprendía la misma. Era del rojo más intenso y brillaba con brillantes reflejos dorados, como si el mejor de los vinos tuviese cientos de pepitas de oro en su interior.

Se trataba de amor, del amor más puro y sincero que había sentido en mucho tiempo. Aquel joven estaba perdidamente enamorado.

Quiso acercarse hasta él para saber más sobre su historia, cómo se habían conocido, a qué se dedicaba su enamorado o cuánto tiempo llevaban juntos pero forzó sus pies a detenerse. Estaba retirado del negocio, lo había estado desde hacía más de dos mil años,

Su fuerza de voluntad duró un único segundo, era parte de su naturaleza, no podía evitarlo. Era el dios del amor quisiese él o no.

—Hola —dijo Connor—.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró frente a Oliver, a este le tomó por sorpresa su presencia, lo había visto de repente al levantar la vista del móvil. Sus ojos azules y sus perfectos dientes blancos lo tomaron por sorpresa, parecía sacado de uno de los anuncios de perfumes que pululaban por la ciudad. El azul de sus ojos era tan intenso que parecía irreal, eran realmente intimidantes.

—Hola —se apresuró a decir. Esperaba no haber tardado demasiado en hacerlo, no

quería parecer maleducado —.

—Debes ser el vecino nuevo —.

Connor notó como sus mejillas se sonrojaban, no lo culpaba, su presencia solía tener aquel efecto sobre cualquiera, sobretodo en los mortales.

La pobre luz del portal iluminaba con gracia el repeinado cabello dorado del joven. Oliver no se consideraba superficial, pero estaba seguro de que aquella era la persona más bella que había visto nunca. Era un hecho que nadie podría discutirle.

—Sí —admitió con timidez—. Desde hoy —

—¿Te has instalado? —.

—Hace unas horas —.

Connor se percató de las bolsas en el suelo, las cogió sin esfuerzo y le dedicó una gran sonrisa.

—Te ayudaré con las bolsas, parece que pesan —.

—Oh, no por favor. No es necesario —.

—Vives en el primer piso, ¿no? Primero uno —.

Solo tenía que subir un pequeño tramo de escaleras para llegar a su casa pero no podía permitir que aquel chico que no conocía de nada lo ayudase sin más.

—Sí, pero... —.

—No me importa, sígueme —zanjó Connor con una seguridad que Oliver estaba seguro que solo tenían las personas como él—.

Este se resignó al ver que este caminaba rumbo a las escaleras con sus bolsas sin darle ocasión de opinar, así que lo siguió en silencio hasta llegar a la puerta de su nueva casa.

—Te agradezco tu ayuda, eres muy amable —le dijo al llegar, abrió la puerta y le indicó con un gesto que le devolviese las bolsas—.

—No hay de qué —respondió Connor ignorando su petición. No pretendía irse sin más —.

—Si me das las bolsas yo mismo puedo...—.

—Oh, no podrás tú solo —le aclaró. Sabía que estaba siendo grosero pero no podía evitarlo, era superior a él—. Las dejaré en la cocina —

La sola idea de dejar pasar a un extraño que acababa de conocer a su casa no le parecía demasiado buena, por atractivo que fuese. Pero había algo en su sonrisa que le transmitía paz, como si fuese un viejo amigo.

—Si insistes... —aceptó a regañadientes—. Pasa, por favor —

Connor asintió y pasó, su casa tenía la misma distribución que la suya, dos pisos más arriba. Así que dejó las bolsas sobre la encimera de la cocina y observó el panorama.

—La casa es un desastre —comentó—.

—Sí, acabo de instalarme —.

—Debo parecerte un mal educado, a veces hablo sin pensar —se excusó Connor—.

—No, es cierto, es un desastre —admitió Oliver por educación. Aunque él también solía hablar sin pensar, mucho más de lo que desearía—.

El móvil vibró en el bolsillo de Oliver, lo sacó y vio que Sergio le había escrito, le había mandado una foto de la carretera dándole a entender que estaba llegando.

Connor admiraba con fascinación como el aura de aquel joven revoloteaba llena de energía y vivacidad.

—Debes de estar muy enamorado —comentó—.

—Oh, no, que va —soltó Oliver con horror, como si hubiesen acabado de pillarlo

robando en un museo—. Para nada —

Aquella respuesta hizo que sus cejas se frunciesen ligeramente.

—¿No? —.

—Solo hablaba con un amigo —le aclaró claramente incómodo—. Es solo eso —

—Debes de apreciarlo mucho, puedo leerlo en tu cara —.

Aquel tipo de preguntas eran demasiado personales, no quería tener esa conversación con alguien que acababa de conocer, por mucho que fuese su vecino.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó Oliver—.

Ninguno de los dos había dicho sus nombres.

—Soy definitivamente lo peor, me llamo Connor, vivo en el tercero uno —respondió extendiéndole la mano con una brillante sonrisa—.

Era encantador, no podía negarlo, pero no por ello iba a perder el juicio.

—Yo soy Oliver —le dijo forzando una sonrisa y apretando su mano—. Te agradezco tu ayuda pero tengo cosas que hacer —

—¡Entendido! Me marchó —dijo—. Si necesitas algo, lo que sea, puedes tocar a mi puerta —

—Eres muy amable, lo tendré en cuenta —

—Y si ves un gato blanco en tu ventana posiblemente sea la mía, espántala y se irá —.

Una de las ventanas de la cocina daban a un callejón, en esa parte del mismo había colgaba una gran escalera de emergencias por la que Dodo, la gata que vivía con Connor, bajaba y subía del edificio.

—Vale —.

—Podríamos tomar té un día —propuso—.

Su paciencia estaba agotándose, le daba igual lo guapo y encantador que fuese, si estaba intentando flirtear con él no estaba interesado.

—Cuando esté más desocupado quizá. Yo te lo haré saber —le dijo, esperando que pillase la indirecta—.

Connor lo miró durante unos instantes, pasmado con su aura.

—Bien, me marchó —dijo dirigiéndose a la puerta—. Un placer conocerte, Oliver —

—Igualmente —.

Dodo lo esperaba sobre el mueble del recibidor, Connor dio un respingo al girarse para dejar sus llaves y encontrarla allí.

—¿Qué susto me has dado! —.

—Has tardado mucho en subir —observó ella—.

—¿Estabas preocupada? —.

—Sentía curiosidad —.

La visión que había tenido sobre aquel joven había aparecido de nuevo ante sus ojos, exactamente igual que la vez primera. En esta ocasión pudo apreciar que abundantes pétalos de rosa de un rojo muy intenso descendencia desde su pecho hasta caer al suelo.

—Ser un gato es lo que más te pega, definitivamente —comentó Connor—. Cotilla hasta decir basta —

Su amiga felina cambiaba de apariencia cuando se aburría de la anterior, solía adoptar la forma de un animal de color blanco con brillantes ojos amarillos. Por lo que no era realmente un felino.

—Te noto emocionado —comentó ella—.

—Los botones —señaló Connor mostrándole el pequeño paquete en su mano—.

Llegaron al fin —

Sabia que estaba evadiendo sus preguntas, de la misma forma que ella hacía constantemente con él. Era un tira y afloja que la sacaba de quicio cuando era ella la que se encontraba en el lugar del que preguntaba.

—Ah, qué bien — saltó del mueble y se dirigió al sofá en el salón y se tumbó. Acabaría contándole lo que quería saber, guardar un secreto no era su fuerte—.

Connor sonrió de nuevo al recordar cómo era estar cerca del aura de su nuevo vecino, era revitalizaste, emocionante y le hacía sentir un torrente de emociones. Estaba enamorado del amor, eso nunca había cambiado.

Por ello le preocupaba la respuesta que le había dado Oliver sobre la relación que tenía con la persona con la que se mensajaba por teléfono. Le había dicho que era solo un amigo, lo cual le había molestado sobremanera. Un amor como el suyo no podía marchitarse ni silenciarse, debía de ser compartido, debía de ser correspondido, celebrado y debía de crecer hasta florecer.

Tras pensar en las cosas que deberían ser y al parecer no eran, una parte de él le recordó que ya no se involucraba en asuntos de mortales. O eso se decía una y otra vez cuando estaba a punto de hacerlo o acababa de haberlo hecho.

—Sonríes, te enfadas, te pones serio... los botones que sostienes deben de ser realmente especiales —se burló Dodo—.

Connor se encontraba sosteniendo dos grandes botones de tela. Al oír las palabras de su amiga no pudo evitar gruñir, ella podía ser todo lo enigmática que quisiese pero él no podía guardarse un solo secreto.

—¡Bien! He hablado con el vecino nuevo, ¿contenta? —espetó—. No es nada del otro mundo! Los vecinos hablan a veces —

Este había cruzado un total de setenta palabras con los vecinos en todos los años que llevaba viviendo en el edificio.

—¿Y estas tan agitado por...? —.

Dejó los botones sobre la mesa, caminó hasta el sofá y se tiró sobre él, haciendo que el pequeño cuerpo del gato se elevase en el aire para caer de nuevo.

—Está enamoradísimo, tiene un aura que... bueno. Hace tanto que no siento algo así, es increíble. Me recuerda a... —empezó a contarle lleno de emoción—. Si pudieses sentirlo... es increíble de verdad —

Debió de haberlo asumido, su amigo solo se ponía así cuando se trataba del amor.

—Estás retirado, Connor —le recordó—.

—Ya lo sé —admitió de mala gana—. Por eso no quería decírtelo, eres una aguafiestas —

—Pero eso no va a detenerte —.

—No voy a interferir —le aseguró con la boca chica—.

Dodo sabía con certeza que lo haría, se conocían desde hacía miles de años y habían vivido juntos por casi ochocientos. Pese a que Connor juraba y perjuraba que estaba retirado y que ya no se involucraba con los asuntos amorosos lo hacía constantemente. Sin ir más lejos recordaba que hacía unos meses sintió que su profesora de yoga se sentía atraída por uno de sus alumnos, mucho más joven que ella, y este acabó involucrándose. Lo que acabó en un divorcio y un coche en llamas.

—Tu profesora de yoga —le recordó ella—.

Este se ofendió por mencionarlo.

—¿Melania?! ¡Yo no hice casi nada! —.

—Harías una flecha y...—.

—Yo ya no tengo flechas —respondió muy serio—.

—¿Qué más da cómo lo hicieses?, te involucraste —.

Connor cogió el mando de la televisión y cambió de canal, ignorando las palabras de su amiga.

—Y luego acabó fatal —remató Dodo, no había acabado de hablar—.

—Le di el empujón que necesitaban y vivieron dos semanas de un apasionado romance, fue maravilloso —.

—Eres de lo que no hay...—.

—¿Estas enfadada? —.

A ella no le importaba lo más mínimo que hiciese lo que quisiese, era el dios del amor, el erote más importante de la mitología griega y romana. Entendía perfectamente que aquella era su naturaleza, pero le molestaba sobremanera que viviese en una especie de burbuja llena de medias verdades, mentiras y contradicciones.

—No, somos lo que somos —.

Aquella afirmación molestaba a Connor, quizá porque sabía que era cierta. El buen humor que lo inundaba hacía unos instantes desapareció, siendo sustituido por una amargura igual de intensa.

—Todos podemos elegir nuestro camino, tú lo sabes, eres un oráculo. Cuando miras a alguien ves un sinfín de posibilidades —.

—En mortales, no en dioses primordiales —.

—Yo no soy un dios primordial, mi madre lo es —.

Su madre, Afrodita, era una diosa primordial, una de los doce olímpicos. Ella existía porque la humanidad era capaz de sentir amor, él al igual que todos los que vinieron después solo eran partes de un engranaje más grande. Al menos así era como él lo entendía.

—Yo solo digo que te esfuerzas tanto en alejarte de tu camino que al final te alejas de la felicidad. Vives aquí escondido entre los humanos fingiendo ser uno de ellos, ¿qué te aporta eso? —.

—Paz mental —confesó él—.

Dodo entendía las razones de su amigo, el motivo por el que había renunciado a ser lo que era. Pero temía sacar el tema a colación y enfadarlo.

—Dejemos el tema —propuso ella—.

—No, dilo —.

—No voy a decir nada más, Connor —.

Se levantó del sofá y se dirigió a la ventana, si insistía con el tema se marcharía a dar un paseo. Al volver estaba segura de que aquel berrinche ya se le habría pasado, sus emociones eran tan volátiles como la pólvora.

—¿Sabes? No eres muy distinta a mi, tú tampoco estás donde se supone que deberías. Estás aquí, durmiendo diecisiete horas al día y viendo televisión —le reprochó—. Y yo no tengo ningún problema —.

—¡Yo no elegí ser un oráculo, Connor! —.

—¡Yo tampoco elegí ser el puñetero dios del amor! ¿O lo hice? Sabes perfectamente porqué me alejé de todo aquello —.

—Hace más de dos mil años de aquello —.

—Tú te fuiste hace más —le recordó—. ¿Es un competición? —.

Aquello la molestó, los dos se encontraban en un punto similar, era cierto, pero no habían tenido el mismo punto de partida. Ella había sido mortal, alguien más poderoso que ella había cambiado su destino a la fuerza. Y él era parte de una maquinaria mayor, una invisible que movía el mundo.

—La diferencia es que mis dones son un castigo de los dioses y tú eres literalmente el producto de ellos —señaló ella—.

—No veo ninguna diferencia —respondió—. Los dos nos escondemos de los nuestros por motivos egoístas —

—Si quieres ir a involucrarte con el vecino, hazlo. Pero deja de fingir que los asuntos de los mortales no te importan y que el amor no te importa, porque sí te importan —.

Este apartó su faz de la de su amiga, su amargura se había transformado en ira para finalmente llegar al mismo punto de siempre: la tristeza.

—Haré lo que me plazca, no le rindo cuentas a nadie —dijo a media voz—.

—Bien —zanjó ella—. Me voy a dar un paseo —

Capítulo 2

Malas decisiones

Dodo paseó por las calles de Manhattan hasta que se aburrió, en la noche la ciudad era tan vivaz o más que en la mañana. No por ello la llamaban la ciudad que nunca dormía.

Al llegar a casa intentó no hacer ruido, entró por la ventana por la que había salido y se acercó hasta un bebedero con agua que tenía en la cocina. Bebió hasta saciarse y se dirigió al sofá a acostarse.

Se arrepentía de haber discutido con Connor, era su amigo, sus sentimientos le importaban, pero a la vez sentía que estaba estancado y que necesitaba ayuda desesperadamente.

Un pequeño ruido hizo que sus orejas se erizasen, captó de donde venía y caminó hasta la habitación de Connor, este tapaba su cara con uno de sus cojines mientras sollozaba en silencio.

Los cambios de humor en su amigo no eran una cosa extraña, podía sentir la euforia más intensa y al poco tiempo la tristeza más amarga. Al principio le preocupaba, cuando empezaron a vivir juntos, pero tras todos esos años había entendido que esa era su naturaleza. Sentir todo el arco de las emociones humanas era parte de lo que era.

Saltó sobre la cama y caminó con cuidado hasta acomodarse a su lado, esperaba que no siguiese enfadado por la conversación que habían tenido hacía horas. Connor sintió los pasos del felino acercarse hasta él, calmó poco a poco su llanto, apartó el cojín de su cara y se metió entre las sabanas.

Dodo lo siguió, solían dormir juntos.

—Lo siento —le dijo ella al meterse dentro de las sabanas—.

—Estoy cansado —respondió él tras un largo silencio—. Amar es el sentimiento más maravilloso que existe, mueve el mundo...le da sentido a todo —

—Pero su filo es el más afilado de todos —.

—Sentir el amor que ese chico desprende me ha hecho sentir nostalgia de lo que era, de cómo se sentía —.

Dodo no podía evitar pensar en la razón que lo había llevado a ese punto, la pérdida de alguien al que amaba. Mencionarlo podría hacer que volviese a enfadarse pero debía decirle lo que pensaba, eran amigos.

—Ni Psique ni él hubiesen querido que hubieses renunciado al amor, eso lo sabes. Es un castigo que tú mismo te impusiste —le recordó—. Puedes levantarlo cuando quieras —

Al cerrar los ojos vio cómo los brillantes ojos color avellana de una joven brillaban para él con el indistinguible brillo del amor, así como los hoyuelos en la faz de su último amor. Recordarlos era tan difícil como doloroso.

—El desamor es tan cruel que te hace desear no haber sentido amor en primer lugar, ¿no es eso horrible? Renegar del amor —.

En ocasiones la vida no es lo que uno espera, pero acurrucarse en una esquina no era una opción, no para los fuertes, eso pensaba Dodo.

—Cuando era joven, poco antes de dejar de ser mortal... —empezó a contarle ella—.

Estaba enamorada de uno de mis vecinos, Néstor, habíamos crecido juntos en el mismo vecindario. Sus padres eran amigos de mis padres y...—

Connor se giró para poder mirarla a los ojos, ella casi nunca hablaba de su pasado y a él le encantaban las historias de amor.

—¿Qué pasó? —.

—De pequeños peleábamos todo el tiempo pero cuando fui creciendo y madurando como mujer me di cuenta de que me hacía sentir otro tipo de cosas. Sentimientos nuevos que no entendía —.

Su interlocutor sonrió al imaginárselo.

—¿Él sentía lo mismo? —.

—No lo sé —admitir que pensaba que sí no cambiaría nada—..

—Seguro que sí —.

Los recuerdos tienden a difuminarse cuando eres inmortal y el tiempo deja de significar lo mismo para uno, pero aquellos momentos siempre vivirían en su mente. Frescos y nítidos como un cuadro recién pintado.

—Nuestros padres hablaban sobre casarnos, mi madre, que era muy observadora se había dado cuenta de la forma en la que lo miraba, por lo que habló con mi padre sobre el tema y empezaron a hacer todos los preparativos —recordar a sus padres alegró su corazón—..

—Me habría gustado conocerte entonces, verte enamorada —admitió—..

Ella era una chica de diecisiete años normal y corriente, estaba segura de que habría visto millones de chicas como ella. No se consideraba especial.

—Un día entré con mi madre en uno de los templos de la diosa Hera, la diosa del matrimonio. Era costumbre hacer una ofrenda de fruta dulce para que la unión empezase con buen pie —.

—¿Fue ella? —se adelantó a preguntar. Su abuela era rápida en maldecir a quien fuese, todos lo sabían—..

Dodo nunca le había dicho específicamente quién la había convertido en un oráculo, de su boca nunca había salido un nombre. Solo había comentado que había sido un Dios el que lo había hecho.

—Al entrar al templo nos dimos cuenta de que había un pequeño revuelo, al parecer un oráculo de un pueblo vecino había acudido al templo y las mujeres se arremolinaban a su alrededor pidiéndole que les leyese el futuro. A mi nunca me habían fascinado esas cosas, a diferencia de a mis amigas, pero a mi madre le pareció buena idea preguntarle a aquella mujer si mi futuro matrimonio sería provechoso —.

—¿Qué te dijo? —.

—Cuando me tocó un rayo cayó sobre el templo, nos asustó mucho porque era un día soleado y no había ninguna nube en el cielo... —.

Connor entendió a donde quería llegar, el rayo era el símbolo de su abuelo, Zeus.

—¿Qué fue lo que vio? —.

—No lo supe, al menos no de su boca. Esa misma noche el arrullo de una pequeña paloma blanca me despertó y me atrajo hasta ella sacándome de mi casa. Aquel animal me contó lo que aquella mujer había visto en su visión —le dijo. No recordaba que aquella paloma fuese especial o destacase, no a simple vista—. “Serás uno de los oráculos más importantes para Zeus, para Grecia y para el mundo entero” —.

—¿En ese momento se reveló? —preguntó con desdén—..

—Sí, en un pestañeo dejo de ser una paloma y pasó a ser un hombre apuesto. Recordarlo me revuelve el estomago, su sola presencia evocaba en mi un miedo irracional —.

Los dioses primordiales desprenden una energía que es capaz de hacer temblar a los mortales, sus instintos más básicos les dicen que están frente a un depredador más poderoso que ellos.

—Te entiendo —.

—Así acabé siendo el oráculo de Dódona —concluyó, omitiendo la dolorosa transformación—.

—Mi abuelo es un capullo, todos lo somos —admitió—.

A él no le faltaban enemigos, los había cosechado de todos los tamaños y colores a lo largo de su existencia.

—Te cuento esto porque no quiero que pienses que no te comprendo, tras entender que había dejado de ser humana sufrí porque mi camino ya no era desposarme con mi amado ni vivir una vida normal como lo harían mis amigas —.

—No volviste a enamorarte? —.

—No —respondió secamente—.

Él bufó.

—Mientes —.

—No miento, es cierto que sufrir por aquello, me marcó, pero nunca más he vuelto a sentir nada por ningún mortal, semidiós, dios o lo que sea. Por nadie —.

No podía creerla, era imposible que no hubiese vuelto a enamorarse de nuevo, por débil que aquel sentimiento fuese.

—Eso no es posible, todos podemos sentir amor. Quizá no lo supiste identificar —.

No había vuelto a sentir amor, no de una forma primitiva y básica. Era difícil de explicar. Sentía el mayor afecto hacia Connor pero estaba segura que de una forma limitada.

—Creo que al arrebatarme a la fuerza mi humanidad también se llevó consigo esa parte de mi —confesó, era su teoría, una que hasta ese día había probado ser certera—.

Connor guardó silencio, estar condenado a no sentir amor por la eternidad era un castigo peor que la muerte, al menos para él.

—Es horrible, pero yo soy el dios del amor, puedo... —.

Sabía que en el momento en el que lo supiese correría a intentar encontrar una solución. Una parte de ella se preguntaba cómo sería sentirse completa de nuevo pero la otra se negaba en rotundo, estaba aterrada del efecto que pudiese tener después de tanto tiempo.

—No, no quiero que hagas nada —dijo ella—. Olvídalo —

—Mi madre, ella sabrá lo que hay que hacer —.

—No, Connor. No quiero que hagas nada —.

—Pero... —.

—Sin peros —zanjó tajante—. Ahora descansemos, ha sido un día largo —

Aquello no podía quedarse así, no podía impedir que se involucrara, que intentase entender lo que le pasaba. Hacía más de mil años que no veía a su madre pero se prometió a sí mismo que en el instante en el se encontrase con ella de nuevo le preguntaría sobre el tema. Ella sabría con certeza cuál era la situación, y estaba seguro de que estaría dispuesta a ayudarlo.

—Sí, lo ha sido —admitió—.

Oliver despertó en su cama al día siguiente en completa soledad, pese a que no se había

acostado solo la noche anterior.

—¿Sergio? —preguntó en voz alta, pero nadie contestó—.

Revisó la casa pero no había nadie, volvió a su habitación, cogió el teléfono móvil y revisó sus mensajes. Nada.

No era la primera vez que vivía algo así con él pero por algún motivo en esa ocasiones sintió devastado. Se avergonzaba de haber pensado que Sergio por fin se había dado cuenta de cuánto lo quería y que por fin había empezado a corresponderle.

Sus ojos le escocían, había empezado a llorar sin darse cuenta.

—Eres idiota, Oliver —dijo en voz alta—. ¿Hasta cuando vas a seguir haciéndote esto?

—

Había estado enamorado de Sergio durante toda su vida, él había sido su primer amor y su primera vez, pero pese a que su amor era fuerte el interés de su interés amoroso hacia él era volátil. Y uno de los problemas más significativos era que Sergio nunca se alejaba lo suficiente de él y nunca lo rechazaba de forma tajante, siempre dejaba un hilo de esperanza entre ambos. Era un toma y daca en el que solo uno de los dos salía ganando. Y esa persona nunca era Oliver.

Lavó sus dientes y se dio una ducha rápida antes de salir al trabajo, aún sentía el sexo de la noche anterior en su cuerpo. Su reflejo en el espejo le devolvió una mirada seria y las marcas de mordiscos en su cuello hicieron que soltase un suspiro de resignación.

Ambos se verían en la universidad, había aceptado un trabajo como secretario en recepción solo por estar a su lado, rechazando un prometedor puesto de profesor adjunto de matemáticas en Yale. Motivo por el que su madre estaba molesta con él.

Mientras viajaba en un atestado vagón de metro pensaba sobre qué le diría cuando lo tuviese frente a frente. No podía decirle que se había acabado porque no tenían nada en primer lugar, no podía decirle que le había hecho daño porque no quería oír cómo le decía que se comportase como un hombre y no podía decirle que se fuese de su vida porque lo quería en ella.

Lo más triste de todo era que no importaba cuántos feos le hiciese o cuánto lo hiriese, no podía dejar de estar enamorado de él. Lo cual le resultaba patético, cuestionaba su propia inteligencia porque qué persona elegiría a otra sobre sí misma. Solo un loco, un loco o un tonto. Y quizá él era ambos.

Se cruzó con algunos de sus compañeros de trabajo cuando llegó al campus universitario, puso su mejor sonrisa y fingió estar de buen humor hasta que estuvo a punto de acabar la jornada laboral.

Y entonces apareció, llevaba su brillante sonrisa y su impoluto blazer color burdeos.

—Hey —soltó despreocupado—.

Oliver guardó silencio, lo había esperado durante todo el día. Su compañera se levantó y se fue al baño. Ambos se quedaron solos en la gran sala que antecedió a unas largas escaleras que daban a multitud de despachos privados.

—Oli, ¿puedes mirar por mi cuando tenemos la reunión con el decano? —pidió—.

Le parecía increíble, aquello era todo lo que tenía que decirle después de haber tenido sexo y haberse ido sin mediar palabra la noche anterior. Oliver tecleó en su ordenador y buscó lo que le había pedido.

—En dos días, a las cuatro de la tarde —respondió sin mirarlo a los ojos—.

—Joder, me rompe todos los planes...—.

Este no respondió, el picor de su garganta anunciaba una reacción que no quería tener

frente a él.

—¿Todo bien? —preguntó al ver que no decía nada—.

—Sí —.

—Bien, pues me voy, que estoy echo polvo —zanjó de buen humor—. Hasta mañana

—

—Hasta mañana —.

Caminó hasta la puerta de cristal y se fue caminando con calma, aquello había sido todo.

Oliver suspiró e intentó suprimir sus ganas de llorar, lo último que quería era que su compañera lo viese de esa guisa cuando volviese.

A Sergio no le importaban sus sentimientos, es más, ni siquiera los conocía, o elegía no hacerlo. Oliver era como un libro abierto, el tono de su voz y la expresión de su cara hacía imposible que ocultase sus emociones. Aquél “sí” estaba cargado de rencor, dolor y tristeza pero Sergio había elegido obviarlo con todo el descaro del mundo. Al fin y al cabo era lo más sencillo.

—¿Y esa cara tan larga? —preguntó al sentarse su compañera—.

—Alergia —respondió, aunque no tuviese una sola alergia—.

Ella asintió, lo entendía muy bien.

—El polen está por las nubes hoy, yo no salgo de casa sin mis antihistamínicos, ¿quieres que te diga la marca? Es de los mejores que he probado —.

—No, tengo en casa, gracias —.

—Como quieras —.

Recogió sus cosas, apagó su ordenador y se despidió, su jornada acababa al mediodía, era lo único bueno de aquel trabajo, que no tenía que trabajar por la tarde. Volvió a coger el metro y llegó a su casa. En aquello se resumía toda su vida.

Pese a que tenía hambre no se encontró con fuerzas para preparar nada así que pidió comida a domicilio. Comió en silencio y se dedicó a sacar algunas de las cosas de sus cajas, aunque no tardó en cansarse y titarse en el desvencijado sofá que había dejado el anterior inquilino en el salón.

Sabía que tenía una televisión en una de las cajas más grandes pero sacarla implicaría tener que montar el soporte en la pared y para eso sí que no tenía fuerzas.

El timbre de la puerta sonó, era agudo y chirriante. Nadie sabía cuál era su dirección a excepción de sus padres, y juraba que si su madre aparecía por esa puerta se daría la vuelta y se iría a dormir sin mediar palabra.

La puerta tenía mirilla pero le pareció una tontería asomarse, tendría que abrir la puerta de todas formas.

—¡Hola! —soltó Connor—.

Su ropa era impecable, colorida y a simple vista cara. Su bonita boca le dedicaba una sonrisa amable.

—Connor, hola —respondió con cierta incomodidad—. ¿Qué puedo hacer por ti? —

—Cartas —respondió, enseñándole dos cartas—. El cartero ha dejado estas cartas en mi buzón, pero corresponden a tu piso —

Connor las había sacado de su buzón en la mañana con la intención de tocar a su puerta y hablar con él. Lo había estado esperando durante todo el día, tuvo que chantajear con atún fresco a Dodo, de esa forma averiguó a qué hora exacta debería de bajar a hablar con él. Para su sorpresa no lo criticó por involucrarse de nuevo en asuntos amorosos de mortales,

solo pidió una ofrenda.

—Ah, está bien, se lo haré saber a mi casera —.

El aura que lo rodeaba seguía siendo de un color rojo intenso, pero no tenía los destellos que tenía ayer. Al fijarse en su cara pudo ver una innegable tristeza, hecho que llamó su atención. ¿Qué podía haber pasado en unas pocas horas que le había quitado la sonrisa y había apagado el brillo de su amor?

—¿Estás bien? —.

—Sí —mintió—. ¿Algo más? —

—No es verdad, puedo leerlo en tu cara —.

Oliver no pudo evitar sonreír, era demasiado irónico, hasta un extraño podía ver que no se encontraba bien.

—¿Ah, sí? —.

—Estás triste, ¿ha sucedido algo? —.

—Connor, yo... —empezó a decirle. Por un lado le parecía que estaba siendo amable, quizá era un chico sensible como él. Y por otro le parecía que estaba cruzando una línea que no tenía derecho a cruzar—. No quiero ser mal educado, pero...—

—Pero estoy metiendo las narices donde no me llaman, lo pillo —.

Aquella rápida comprensión hizo que se sintiese mal, no había una cola de personas en su puerta preocupándose por su bienestar.

—Te agradezco el interés pero quiero estar solo —.

En ese instante su aura centelleó, como una nube que guarda un rayo. Lo que Connor interpretó como una alteración en el amor tan puro que sentía.

—Si necesitas hablar estaré encantado de oírte —le aseguró—. Soy un oyente maravilloso —

Sus palabras parecían sinceras, lo admitía, aunque sabía que en ocasiones no era el mejor en identificar las intenciones de los demás.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? Sé sincero —pidió—. No me conoces —

Connor sintió el cansancio en su voz pero este no opacó su amabilidad, hecho que le enterneció.

—Sé lo que es estar solo y no tener a nadie con quien hablar de lo que sientes — confesó—.

Una vez más le pareció honesto, así que se vio en una encrucijada. Su mente le decía que abrirse emocionalmente con un extraño que además era su vecino podía salir muy mal y resultar en una situación incómoda, pero por otra parte su corazón le decía que tenía buenas intenciones. O al menos eso quería creer. ¿Qué mal podría hacerle desahogarse un poco?

—¿Quieres un té? —preguntó. No tenía nada que perder—.

—Me encantaría —.

Capítulo 3

Sucedará

Calentó agua caliente con un calentador de agua y lo sirvió en un par de vasos. Por suerte habían sobrevivido dos vasos de cristal de todos los que había traído consigo, los pedazos del resto de las tazas aún descansaban en una caja en su cocina.

—¿Qué prefieres? —preguntó—. Tengo de muchos tipos —

Tenia una cesta llena de diferentes tipos de té, le gustaba tomar té a todas horas, el exceso de azúcar de los refrescos le solía dar dolor de estómago.

—Lo que tú te sirvas está bien —.

—¿Té negro con naranja? —.

—Perfecto —.

Tras un pequeño intercambio sobre el tiempo y el incremento del calor en la noche, Oliver cambió el tema a las emisiones de gases contaminantes. Había dejado que entrase en su casa por un arrebato, necesitaba hablar con alguien de lo que sentía pero al verse en la situación se echó atrás. No solía hablar de sus sentimientos, no tenía amigos, no de verdad.

—Podemos hablar de cosas banales todo lo que quieras, si has cambiado de idea está bien —le aclaró Connor—. Sé mucho de arte por ejemplo —

Su interlocutor sonrió, sintiéndose tonto.

—Eres... muy perceptivo —.

—Lo soy, pero además eres muy fácil de leer —señaló con una sonrisa—. Lo cual no es para nada un defecto como muchos piensan —

—Sí, lo soy —admitió—. Es cierto, tenía los ojos colorados por haber estado llorando

—

—Es sobre ese amigo del que hablaste —.

Oliver asintió.

—Pasamos la noche juntos —empezó a explicarle. Después de hacerlo se preguntó si revelar su condición sexual había sido buena idea, no conocía demasiado a su vecino. Al asegurarse de que su cara no cambiaba a una de desagrado continuó—. Se fue antes de que despertase sin dejar una nota o un mensaje y en el trabajo hizo como si nada hubiese pasado

—

El primer pensamiento que tuvo Connor fue que ese “amigo” era un capullo, pero como no le gustaba precipitarse a la hora de posicionarse en una relación amorosa decidió esperar hasta enterarse del todo.

—¿Era vuestra primera vez? —.

—No —admitió con vergüenza, no quería sentirse juzgado. Él mismo sabía lo que pensaría de alguien así. Era un poco más conservador que la gente de su edad—.

—¿Falta de comunicación? Quizá deberíais de hablar sobre cómo te hace sentir que se haya ido de esa forma y que ignore lo que pasó —propuso—.

—Él no es de los que hablan... si lo aburriese con mis sentimientos nuestra relación se volvería incómoda y quizá dejaría de tratar conmigo —.

Connor podía sentir el amor que le procesaba pero empezaba a posicionarse del lado de

Oliver, si hablar sobre lo que se siente hace que la otra persona se aleje de ti es que no le importas en primer lugar. Pensó en decirle exactamente eso pero decidió no hacerlo, no quería sonar demasiado duro.

—Cuando una de las partes es emocionalmente inaccesible suele ser por algún motivo, podría correr a hacer suposiciones pero creo que lo mejor será que le preguntes tú mismo —.

—Eso suena a una idea terrible...—.

—¿Cuál es la alternativa? —.

Oliver no había pensado en una alternativa, procuraba no pensar en situaciones que alejasen a Sergio de su vida. Por algún motivo un futuro sin él le parecía demasiado horrible.

—Haces buenas preguntas —dijo, bebió un poco de su té e intentó pensar en una buena respuesta, pero no lo consiguió—.

—Es normal tener miedo de perder a alguien al que quieres, todos hemos pasado por eso. Yo incluido, pero no exteriorizar tus sentimientos te hará infeliz. Y también tienes que pensar en ti —.

Ya era infeliz, sabía cómo de ridículo era que una persona joven como él estuviese estancada de esa forma con su primer amor pero no podía evitarlo. O no sabía cómo hacerlo.

—¿Cómo te sentiste cuando perdiste a esa persona? —preguntó—.

Connor parpadeó incrédulo, aquella pregunta lo pilló por sorpresa.

—He perdido a algunas personas —soltó, aunque no era exactamente lo que quería decir. Se refería a que los motivos para perder a esas personas habían sido distintos en cada caso—. Los sentimientos suelen ser similares en cada caso —

Él no tenía con qué comparar sus sentimientos, solo se había sentido así por Sergio. Tenía veintiocho años y no los había aprovechado.

—Somos muy distintos —concluyó—.

—¿Qué quieres decir? —.

Su aspecto era el de un modelo, más bien el de la imagen de un modelo retocada hasta alcanzar la perfección. Estaba seguro de que su vida amorosa había sido muy ajetreada.

—Quiero decir que seguro que has tenido muchas parejas —le dijo—. No lo digo de una forma despectiva o...—

—Te he entendido —le aseguró con una sonrisa—.

—No estaba juzgándote —.

—He tenido algunas relaciones pero solo he estado enamorado de verdad en dos ocasiones —confesó, era la primera vez que hablaba de ello con un mortal—. Perder a alguien que quieres siempre es devastador, da igual el porqué de esa separación —

—Sí, eso es lo que pienso —.

—Pero perder a alguien que no te quiere no es motivo de tristeza, sino de todo lo contrario —.

Oír aquella frase hizo que se formase un nudo en la garganta de Oliver, odiaba pensar que Sergio no lo quería.

—No creo que no me quiera, simplemente creo que no me puede querer como yo lo quiero —admitirlo en voz alta no fue agradable—. Pero no creo que sea mala persona —

Connor asintió con comprensión.

—Nadie está diciendo que lo sea —.

Oliver conocía muy bien a Sergio, habían crecido juntos, sabía que tenía buen corazón. También sabía lo pasota que podía ser, lo materialista, lo rápido que cambiaba su interés por las personas o cómo de grande era su ego.

—El problema soy yo —confesó—. Soy demasiado... intenso, demasiado obcecado. No sé —

—No digas eso —se adelantó a decirle Connor, veía cómo de puro era su amor por aquel joven. ¿Cómo podía ser él el problema amando de esa forma tan intensa?—.

—Soy yo el que no lo quiere entender y el que no sabe cómo salir de esta situación —.

—Bueno, estás de suerte, yo soy un experto en el amor. Te ayudaré a decidir qué hacer —.

—Sé lo que tengo que hacer, el problema es que no quiero hacerlo —zanjó, sintiendo un picor en su garganta—.

Hizo el amago de levantarse pero Connor lo detuvo.

—Espera, escúchame. No puedes pasar sin más de él o esa herida nunca sanará en tu corazón, tienes que cerrar todas las puertas. Asegurarte de que dices todo lo que tengas que decir y preguntar todo lo que tengas que preguntar, de esa forma no mirarás atrás arrepintiéndote de no haberlo hecho —.

—Sí suenas como un experto en el amor, debes de haber roto muchos corazones —.

—Soy más de unir a la gente —.

El maullido de un gato captó la atención de Connor, Dodo se encontraba en las escaleras de emergencias que daban a la cocina.

—Aquel debe de ser tu gato, ¿no? —.

—Sí —.

—Debe de echarle de menos —.

“Debe de haber bajado a cotillear”, pensó Connor para sí. Se acercó a la ventana y la abrió.

—¿Quieres algo? —preguntó con total naturalidad—.

La gata pasó a la casa, caminó elegantemente hasta el sofá donde se encontraba Oliver y se paró a sus pies. Este acarició su cabeza y la colocó sobre su regazo.

—Parece muy buena —comentó con una pequeña sonrisa. El animal había conseguido animarlo un poco—.

—Cuando quiere lo es...—.

—¿Tendrá hambre? Tengo atún en el frigorífico —.

Connor había comprado un atún de más de veinte kilos en la mañana y se lo había ofrecido como ofrenda para que le dijese a qué hora llegaría Oliver del trabajo, estaba seguro de que no tenía hambre.

—Come como un león, pero no creo que tenga hambre. Acaba de comer en casa —.

Dodo le dedicó una mirada acusatoria.

—Te agradezco que me hayas escuchado, no tengo muchos amigos con los que hablar de esto —le dijo Oliver—.

Connor se sentó frente a él, en la mesita de café.

—No hay de qué, pero aún no hemos pensado en lo que harás —le recordó—.

—Sé lo que tengo que hacer, haré caso de tu consejo —.

—¿En serio? —preguntó con sorpresa. Pensaba que tendría que convencerlo, tenía listo un discurso muy elaborado—.

—Eres un experto en el amor, ¿no? —.

—Sí, es cierto —.

Oliver acariciaba a la gata blanca en su regazo mientras que esta le dedicaba una mirada de aburrimiento a su amigo. No había oído la conversación que habían tenido pero al parecer había convencido a aquel mortal a hacer lo que él quería. Algo típico en él.

—¿Te gustaría que cenásemos juntos? —propuso Connor—. Así nos quitamos el mal sabor de boca con algo rico —

—Oh, pues, no sé...—.

—Subiré a dejar a la gata arriba y pedimos comida a domicilio —.

Sonaba tentador pero no quería que pensase que estaba interesado en él de una forma que no fuese amistosa, no sabía cuál era su orientación sexual pero asumió que no debía ser completamente heterosexual. Al menos no había conocido a uno tan versado en el amor y las relaciones como él. Tras pensar en todo aquello solo pudo pensar en que solo había sido amable con él, nada más.

—Quizá otro día, hoy tengo muchas cosas en las que pensar —.

—Está bien, te tomo la palabra —le aseguró—.

Acabaron sus respectivos té y hablaron un poco más sobre las tiendas del lugar y un viejo cine que solo proyectaba películas clásicas y después se despidieron.

Dodo saltó sobre la mesa en el recibidor para poder dirigirse con más facilidad a Connor.

—Le has comido la cabeza a ese mortal, ¿qué consejo le has dado? —quiso saber—. Espero que no pongas su vida patas arriba como haces siempre —

—Eres un cotilla, estábamos teniendo una conversación privada —.

—Habla, arquero de poca monta —.

—Eh, soy el mejor arquero del mundo. Un respeto —.

—Te arañaré la cara —le amenazó—. Y me aseguraré de que te quede marca —

Connor sabía que bromeaba, en primer lugar porque solo las armas especiales podían dejarle algún tipo de marca en el cuerpo. Ni siquiera podría hacerse un tatuaje sin que este se borrara a los pocos días.

—Le di un buen consejo, ¿vale? —sentenció—. Tenía dudas sobre como resolver sus dudas amorosas y le dije que sería mejor que fuese sincero con la otra parte antes de alejarse por completo —

Dodo había tenido una visión unos minutos antes de bajar al primer piso e interrumpirlos, había visto cómo su amigo besaba al vecino. Hecho que le preocupó, besar a alguien no era algo peculiar o preocupante pero sí para Connor. Él no besaba a nadie del que no estuviese enamorado, por lo que solo podía significar que se acabaría enamorando de él.

Enamorarse de nuevo podría salir muy bien o ser una catástrofe, dependiendo del individuo en cuestión. En el caso de su amigo estaba segura de que saldría estrepitosamente mal puesto que para empezar él era un dios inmortal y el vecino nuevo un simple mortal. El tiempo condenaría su relación.

—Ahora que ya has interferido en su vida amorosa deberías hacerte a un lado y dejarlo tranquilo —comentó Dodo—. No quieras ser un metiche —

Saltó del mueble y se dirigió al salón.

—¿Por qué hablas así? No lo estaba molestando, hablábamos como amigos —le aseguró—. ¿Crees que le he dado un mal consejo? —

—Tú no tienes amigos mortales —.

Connor caminó hasta ponerse frente a Dodo, aún se sentía un poco ridículo al discutir con un animal, pese a que su amiga casi siempre adoptaba la forma de uno.

—Si no pudiese discernir con total claridad que no sientes celos diría que estás celosa, Dodo —afirmó con malestar—.

—Solo digo que no te entrometas demasiado en su vida, parece un buen chico —.

—¿Y yo no lo soy? —preguntó ofendido. Nadie lo conocía como ella—. ¿Cuando le he hecho algo malo alguien? A sabiendas, digo —

El animal bufó y saltó a la parte superior del sofá para poder hablar frente a frente de nuevo.

—¡Tú no eres un chico, ni siquiera eres humano! —.

—¡Ya sabes a lo que me refiero! Ayer querías que olvidase el pasado y pasase pagina pero hoy me pides que me no me entrometa —.

Era cierto, pero ayer no sabía lo que ahora sabía.

—Olvidalo —.

—Has tenido una visión —afirmó muy serio—. ¿Qué has visto? —

La había calado, acontecimiento que no sucedía con frecuencia.

—Déjame, no estoy de humor —.

Saltó y se sentó en su rincón, uno lleno de cojines blanditos y cómodos.

—Dime la verdad —exigió él—. Has visto algo, por eso quieres que me aleje de él —

—¿Valdría de algo si te lo dijese? ¿Me harías caso? No, harías lo que se te antoje, como haces siempre —.

—Somos amigos, espero de ti cierto grado de confianza, de lealtad y de...—.

Antes de que soltase la misma retahíla de frases que solía decirle cuando se enfadaba por no contarle alguna de sus visiones decidió que se lo diría sin rodeos. ¿Qué podría pasar? Quizá si se lo decía haría que este se alejase por su propia voluntad, de esa forma podría evitar verse involucrado emocionalmente antes de que fuese demasiado tarde.

—He visto como lo besabas, y no era un beso en la mejilla... —confesó ella—. ¿Contento? —

Connor puso cara de pocos amigos, aquello no podía ser cierto. Él era el dios del amor, si estuviese enamorado de Oliver ya lo sabría.

—Eso no puede ser... —.

—Soy muchas cosas pero no una mentirosa, Connor —.

Jamás le había mentado, no que él supiese.

—Bueno, siempre dices que el futuro cambia todo el tiempo —le recordó—. Puede ser solo eso —

—¿No te gusta? —le preguntó directamente—. Tiene labios rosados y unos ojos soñadores, eso suele gustarte —

—Es un mortal normal y corriente, no tiene nada de especial —.

Quizá en ese instante aquella afirmación era cierta, pensó Dodo, pero en el futuro dejaría de serlo. Al menos si su predicción se cumplía, y sus huesos le decían que así sería.

—Vale —soltó Dodo, no tenía nada más que decir—.

Aquella respuesta no satisfizo a su amigo.

—¿Vale? Eres desquiciante... —.

—¡Te he dicho lo que he visto! ¡¿Qué más quieres de mi?! —.

—¡Nada! —espetó antes de encerrarse en su cuarto de un portazo de forma infantil—.

Connor se tiró sobre su cama, le resultaba extraño pensar que podría enamorarse de

nuevo, sobretodo de antemano y sin ser el primero en darse cuenta. No había sentido nada especial por Oliver, no hasta ahora, simplemente se había visto atraído por el amor que le procesaba a otra persona. ¿Cómo iba a enamorarse de alguien que ya estaba enamorado de otro? Era el dios del amor, pero no era idiota.

—Es imposible —.

No se había fijado en los ojos de Oliver, eran color café pero ni siquiera había tenido un pensamiento sobre ellos hasta ese momento. Y ahora que lo pensaba no le parecía que tuviese “ojos soñadores”, le parecía que tenía una expresión seria tirando a triste. Aquel pensamiento lo entristeció, solo estaba triste porque sufría por amor y era totalmente comprensible.

Y en cuanto a sus labios, sí eran rosados pero ni siquiera eran especialmente jugosos o apetecibles desde un punto de vista sexual. Eran normales, finos, aunque haciendo memoria sí que recordaba que tenían una forma bonita.

—¿Cuando lo has visto? ¿Cuando pasará? —preguntó Connor. había salido de su habitación de la misma forma agitada en la que se encerró—.

—No soy omnisciente, sabes suficiente sobre mis visiones como para saberlo —.

—Lo voy a ayudar con su problema y luego me alejaré de él, no puedo dejarlo en la estacada y despreocuparme. Zanjará su problema con el chico que le gusta y le daré algunos consejos para superar el desamor. Cuando acabe tú y yo nos iremos un tiempo y viajaremos a algún lugar bonito, uno donde haya playas y mucho sol —

Dodo torció la cabeza conmovida por la ternura de su amigo, en ocasiones podía ser tan dulce y tierno como un niño pequeño. Aunque aquella cualidad no le hubiese parecido tan adorable cuando se marcharse malhumorado hacía unos minutos y cerró su puerta de un portazo.

—¿Y si pasa antes? —preguntó con tranquilidad—.

—Tendré cuidado —.

Su amiga no sabía en qué había estado pensando durante ese rato pero desde luego no en nada útil. Así como él sabía mucho sobre sus visiones ella también tenía conocimientos sobre el amor, por ello se acordó de un dato muy importante. Uno que le había dicho de pasada en una ocasión muchos años atrás.

—¿Qué consejo le darías a alguien para que no se enamore, Connor? —preguntó—.

Este se cruzó de brazos y se encogió de hombros, le había dado justo donde quería.

—No lo sé, no existe una forma para evitar que alguien no se enamore —respondió a regañadientes—. Si tiene que suceder, sucederá —

Aquel era el punto que ella quería probar.

—Exacto —.

Capítulo 4

Ferrari rojo

Los días pasaron, Oliver meditó sobre cuál sería la mejor forma en la que abordar su problema con Sergio, dónde lo haría y con qué pretexto. Pero como si el destino hubiese pavimentado el camino para él, una llamada de su madre le dio la solución.

Su madre lo llamó a mediados de la semana, le recordó que había prometido que iría el fin de semana a casa y además comentó que el vecino celebraba su cumpleaños, por lo que irían en la noche a una barbacoa en su honor. Aquel vecino no era otro que el padre de Sergio, por lo que si celebraba su cumpleaños, su único hijo también estaría allí. Y estaba seguro de que en ese escenario tendría toda la atención de su amigo, ya que no habría otro hombre que captase su atención.

—¡Hola, Oliver! —exclamó Connor—.

Este solo pudo mover la mano para saludarlo, intentaba llenar sus pulmones de aire.

—¿Te ayudo? —preguntó—.

Había pedido un aire acondicionado portátil, el que tenía en el salón no funcionaba, un dato que obvió la arrendataria de su casa y que sí incluía el contrato de alquiler, el cual no leyó con detenimiento.

—Te diría que no, pero no puedo, literalmente —respondió Oliver—. Pesa una barbaridad...—

El repartidor se lo había entregado en la puerta del edificio, no pensó que pesase tanto al no ser una caja tan grande pero lo había arrastrado como había podido al interior del portal y estaba empezando a barajar sus opciones.

—No hay problema —.

Cogió la caja y la puso sobre su hombro como si estuviese vacía, hecho que no pasó de inadvertido para Oliver.

—Debes de hacer mucho ejercicio —comentó él—. Han hecho falta dos hombres para bajarla del camión —

—No creas, prefiero ver la televisión —.

Oliver lo tomó como una broma, cómo sino podía con todo aquel peso él solo. Se recordó a sí mismo hacer un poco de ejercicio, buscaría un buen gimnasio cercano y empezaría con una rutina sencilla. Todos los años se lo proponía, pese a que la motivación solo le durase un par de meses.

Connor subió las escaleras con la caja sin ningún esfuerzo e incluso la llevó hasta la habitación de Oliver, donde pensaba usarlo.

—Listo —soltó—.

—Te invitaría a beber algo pero debería ir yéndome —le dijo, luego miró el reloj en su muñeca, eran las cuatro y cuarto de la tarde—.

La estación de autobús estaba a media hora de allí caminando y el viaje duraría más de ocho largas horas, en aquellas situaciones puntuales echaba de menos su antiguo coche. Consumía un montón de gasolina pero rara vez le fallaba.

—¿Dónde vas? —preguntó—.

—A la casa de mis padres, en las afueras, en Westfields —.

—Oh, ¿es bonito? Nunca he estado —.

—Bueno...—bufó. Nunca había pensado en su ciudad natal como bonita, al menos no si se la comparaba con Nueva York—. Es mucho más rural que esta, aunque en primavera es bonito, los arboles y las flores florecen y se vuelve más colorido —

—Suená bien —comentó con una sonrisa radiante—.

Su expresión era tan amable y su sonrisa tan radiante que Oliver quedó pasmado por unos instantes.

—Podríamos ir en otra ocasión —propuso sin pensar, al hacerlo se sintió un idiota. No quería que pensase que estaba flirteando con él—.

—Podría acompañarte en esta ocasión —.

Aquella contraoferta fue aún más inesperada para él.

—Oh, pues... —.

—Soy muy buen conductor, yo pagaré la gasolina y a cambio tu me enseñas la ciudad —.

Sonaba tentador, más que tener la charla que se suponía que tenía que tener con Sergio, y más cuando sabía que nada bueno saldría de la misma.

—Tenía pensado hablar con ese “amigo” —comentó—. Como hablamos aquel día —

Connor asintió, lo recordaba perfectamente.

—Ah, ¿ibais a ir juntos? —.

—¡No! Para nada, sus padres viven justo frente a la casa de mis padres, son amigos. Mañana su padre celebra un cumpleaños y habrá una barbacoa —le explicó atropelladamente—. En fin, que pensaba hablar con él en algún momento —

—Supongo que sería raro que fuese entonces —.

En efecto sería extraño, nunca había llevado a un chico a su casa aunque sí había llevado a chicas, alguna amiga de turno. Sus padres sabían de sobra que era gay pero quizá llevar a un hombre sería demasiado, sobretodo sin previo aviso.

—Todos mis hermanos irán acompañados...—recordó Oliver—.

Connor estaba usando todas sus armas para acompañarlo, quería estar allí para él y ver cómo resultaba la conversación que iba a tener con el chico que le gustaba.

—Yo podría ser tu acompañante, considerarme como tu apoyo emocional —.

—Asumes que lo necesitare —señaló con una pequeña risa nerviosa. El desenlace de aquella conversación era tan obvio para su vecino como para él—.

—Quería decir en caso de que lo necesites —añadió Connor—. Me he expresado mal —

—Mientes bien —dijo medio en broma—. Pero a lo mejor estás incómodo —

—Puedo dormir en un hotel —propuso—.

—Eso sería más escandaloso, mi madre me regañaría durante todo el fin de semana si no te invitase a quedarte en casa. ¿Realmente no tienes planes? —.

Era de extrañar, si él tuviese esa cara y ese cuerpo estaba seguro de que tendría planes todos los días del año.

—Ninguno, ver televisión con mi gato —dijo encogiéndose de hombros—.

—Qué bonita que es —soltó—. Bueno, pero dormirás en una capa supletoria —

—Espero que esa barbacoa sea buena, estás pintándolo cada vez menos bonito — bromeó—.

Ambos rompieron a reír, aunque Oliver no sabía porqué.

—Lo será, habrá carne para aburrir. ¿Eres vegetariano? Debí de haber preguntado antes —.

—No, como de todo —dijo con la sonrisa de un niño complaciente—. Soy un poco más quisquilloso con el vino, pero aparte de eso... —

El padre de Oliver solía disfrutar de un buen vino de vez en cuando así que estaba seguro de que podía complacerlo en ese sentido.

—Bien, pues tendríamos que salir ya mismo —zanjó—.

—Subo a por una mochila y nos vamos —.

—Ah y puedes traer a tu gata —.

Connor negó con la cabeza, no quería a Dodo allí con él, criticando cada paso que hacía.

—No será necesario, a ella le gusta estar sola —le aseguró—.

—No digas eso, pobrecita —.

Si su amiga fuese con él cuestionaría cada cosa que hiciese o dijese y además estaría agazapada en las sombras esperando a que su visión se hiciese realidad para poder decirle que se lo advirtió. Connor tenía controlada la situación, solo iba a ayudarlo y a apoyarlo. ¿Qué podría salir mal?

—Bueno, se lo preguntaré —mintió—.

Oliver soltó una pequeña carcajada por aquella ocurrencia, aunque él lo hubiese dicho en un sentido literal.

Dodo esperaba a su amigo en casa, había visto parte de la conversación en su cabeza hacía un rato.

—¿Me esperabas? —preguntó Connor despreocupadamente—.

—En efecto —.

—¿Para qué? Si puede saberse —.

Los bigotes del animal se elevaron con una sonrisa.

—Ya sabes para qué —respondió con retintín alargando la última vocal de la última palabra—.

Este dio un pisotón en el suelo, mostrando su fastidio.

—Tus habilidades precognitivas se activan del todo cuando se trata de hacerme la puñeta, cuando no hacen falta están dormitando —se quejó—.

Dodo se lamió una de sus patas, era tan divertido sacarlo de quicio.

—Alguien tendrá que vigilarte —le recordó—. Suelas ser muy impulsivo —

Connor caminó hasta su habitación, ignorándola. Esta lo siguió con calma.

—¿Te das cuenta de que nunca nos separamos? Llevamos más de ochocientos años viviendo juntos y no nos hemos separado ningún día —comentó él—. Un fin de semana no es nada —

—Qué sería de ti sin mí? —le respondió su amiga—.

—No me hagas responderte a eso...—,

Abrió uno de sus armarios y echó un par de cosas sobre la cama, pensaba usar una pequeña maleta bajo la cama. Una de una marca excesivamente cara y que ya no se fabricaba.

—Coge el bañador, tienen piscina —comentó Dodo—.

—Gracias —.

—De nada —.

Hacía demasiado tiempo que no se tomaba un baño en la playa o la piscina pero sabía

que tenía un bonito bañador azul al fondo de uno de sus cajones.

—¡Bingo! —soltó, sacó la maleta de debajo de la cama y lo metió dentro—.

—Y las sandalias —le recordó ella después de que cerrara la maleta—.

—Gracias —dijo a regañadientes—. ¿Algo más? —

—Las llaves del coche —.

—Sí —se quejó—. Pensaba cogerlas —

—No, se te habrían olvidado —.

—¡Lo que tú digas! —.

A Dodo le apetecía tanto salir de aquella casa como a él, pero en esa situación pensaba genuinamente que lo mejor para su amigo sería que ella lo acompañase, de esa forma podría evitar que su visión se cumpliera. Y por otro lado había un motivo más profundo para el hecho de no haberse separado nunca el uno del otro en todos esos años.

—Me necesitarás —sentenció ella en un tono más serio justo cuando este cruzaba el pasillo rumbo a la puerta—.

—No, no lo haré le aseguró él—. Y no, no pasará lo que viste. Voy para cerciorarme que todo salga bien y para darle consuelo en caso de que vaya mal —

—Sí, sí, pero no me refería a eso —.

—Ilumíname —pidió—.

Creía que había quedado claro por el tono que había usado pero su amigo en ocasiones era un poco ingenuo.

—Bueno, por seguridad —aclaró—.

El vello de Connor se erizó.

—¿En serio vas a jugar esa carta? —preguntó muy serio—.

—Si alguno de ellos andase cerca yo lo sabré, y entonces podremos evitarlo —.

Soltó la maleta y se cruzó de brazos, los remaches de metal de la maleta chocaron contra el suelo produciendo un gracioso tintineo.

—¿Ves algo ahora? — quiso saber—.

No veía nada en ese instante, ni siquiera había tenido una visión sobre ese viaje. Pero eso no significaba que no pudiese pasar nada, el futuro era impredecible.

—Lo mejor es que esté a tu lado, por seguridad —.

Quería negar que su ayuda fuese de utilidad pero el mundo era un pañuelo, no quería tener que cruzarse con según qué individuos del pasado.

—¡Está bien! Pero no se te ocurra hablar en voz alta y mucho menos hacer nada extraño. E irás tranquilita en el asiento de atrás —.

En ese instante se vio a sí misma descansando en el regazo del vecino mientras él conducía su coche.

—Como tú digas —.

Connor resopló molesto y cogió la mochila de mano de nuevo, bajó las escaleras y tocó a la puerta de Oliver. Este ya estaba listo, había hecho su maleta la noche anterior.

—Estoy listo —le dijo mostrándole la pequeña maleta—.

Oliver se agachó para acariciar a la gata y cogerla en brazos.

—¿No tienes una de esas bolsa de transporte para animales? —.

—No es necesario, se acostará en la parte de atrás y estará tranquila —le aseguró, restándole importancia—.

—¿Y la puedes sacar sin la correa a la calle? —.

—Es muy lista, no se alejará de nosotros —.

—¿En serio? Vaya —soltó impresionado—. Los gatos de mi madre huyen a la mínima oportunidad —

—Ojala esta huyese —murmuró Connor—.

Dodo le dedicó una mirada aburrida a su amigo, le hubiese dicho que se estaba portando como un crío si hubiese podido hablar en presencia de Oliver.

—¿Cómo dices? —.

—Que vamos, tenemos que sacar el coche del garaje —.

—Sí, vamos —.

El garaje en el que guardaba se encontraba unas calles más abajo, era una construcción antigua, alquilar una de esas plazas era tan caro que solo las utilizaban personas muy adineradas. Connor la compró hacía sesenta años por muy poco dinero y pasó a sus manos actuales después de que la identidad que constaba en la escritura como propietario “muriese”. Situación que sucedía cada cuarenta años más o menos.

Al no envejecer no podía tener una tarjeta de identificación que marcara que tenía cincuenta años, mientras parecía que tenía veintidós.

Connor abrió la puerta que daba a los garajes individuales con un control remoto en su llavero, su acompañante lo siguió con la gata en brazos. Esperaba que se encontrara en perfectas condiciones, hacía mucho que no lo sacaba de allí, años.

Al abrir la cortina de metal y tras una densa nube de polvo ahí se encontraba, un flamante coche del color rojo más intenso. Incluso en el centro de aquella nube de suciedad reflejaba la luz de forma extravagante.

—¿Este es tu coche? —preguntó Oliver pasmado. Nunca había visto algo así en persona—.

Su interlocutor se sintió satisfecho por su reacción, su coche era maravilloso al igual que él.

—¿Sabes de coches? —.

Él negó con la cabeza. No sabía sobre marcas aunque cualquiera que viera ese coche admitiría que era especial.

—No, pero no me hace falta para darme cuenta de que este es de los caros —.

—Ferrari California, rojo pasión. Es uno de los diez primeros que se fabricaron en Italia, las alfombrillas tienen un remache especial de metal de color rojo, únicas en el mundo...—comentó—.

Dodo resopló ruidosamente, no soportaba demasiado la afición de su amigo por el lujo, sobre todo oírlo fardar sobre ello con mortales a los que quería impresionar.

—Sé que es de mala educación pero, ¿puedo preguntarte si eres rico? —bromeó Oliver—. ¿Eres algo así como un Hilton? —

—No, no puedes —el dinero no le importaba demasiado, siempre y cuando tuviera en su cuenta corriente—.

Pulsó el botón de la llave del coche, las puertas se desbloquearon y se metió dentro, pulsó el botón para arrancarlo y este gruñó suavemente.

—¡Arranca! —soltó con entusiasmo—. Esperaba que no me fallara —

Oliver le mostró el pulgar hacia arriba. Salió del garaje, lo cerró y lo invitó a subir.

—Sube, amigo mío—.

—Me da miedo rallarlo —admitió con una pequeña sonrisa. Le había gustado que lo llamara amigo, aunque fuese quizá una forma de hablar—.

—¡No te preocupes, no lo rallarás! Es resistente —.

Dodo sacó sus garras e hizo un gesto con su pata que solo su amigo pudo ver, lo que hizo que este le dedicara una mirada asesina.

—¡Va a oscurecer! —le urgió Connor—.

Oliver se metió en el coche con cuidado e intentó poner sus pies con cuidado sobre la alfombra.

—Dame a la gata, ella irá atrás —le aseguró—.

Ella hizo un sonido lastimero cuando Connor la cogió, no pretendía ir atrás, prefería dormir sobre las piernas de Oliver. Además, de esa forma podría dedicarle alguna que otra mirada a su amigo cuando este cruzase la línea. Hablar no era una opción.

—No, dejala, pobrecita, tendrá miedo —le pidió Oliver—.

Connor bufó.

—Solo es una cuentista —.

—No me importa llevarla en mi regazo —.

—Qué amable eres —admitió con retintín mientras miraba a su amiga—.

—¿Cómo se llama? No te he preguntado su nombre aún —.

—Dodo —.

Oliver acarició su lomo para tranquilizarla, le había dado la impresión de que no quería estar sola en la parte de atrás.

—¿Como el pájaro? —preguntó—.

—No, como la ciudad griega, Dódona —.

—¿Existe una ciudad con ese nombre? —.

—Ya no —.

Dodo resopló, lo que hizo que Oliver acariciase sus orejas.

—Ah, qué original, es un nombre bonito —.

—No tanto...—.

Connor había resultado ser un conductor veterano, a Oliver le preocupó brevemente que al tener un gran coche deportivo fuese un poco temerario en la carretera, pero le sorprendió lo habilidoso y diligente que era cuando conducía. Sin mencionar que incluso conduciendo era apabullantemente atractivo, su perfil parecía haber sido tallado por los dioses. Si esa nariz había sido retocada por un cirujano se empeñaría y correría para que le hiciese a él una exactamente igual.

El apabullante ruido de la autovía y las carreteras atestadas no dieron pie a mucha conversacional, cuando salieron de ellas y se adentraron en vías menos transitadas pudieron entablar una conversación con normalidad.

—Puedo hacerte una pregunta? —preguntó Oliver—.

Tenía mil preguntas en su cabeza, las había formulado todas en aquella larga hora de silencio, que para su fortuna no sintió como incómodo.

—Claro, dispara —.

—¿De dónde eres? —preguntó. Supuso que era un buen punto de inicio, el origen—.

—De aquí, de Nueva York —contestó despreocupadamente—.

No parecía el típico neoyorquino, había algo exótico en sus facciones aunque no supiese señalar el qué.

—Me refiero a dónde naciste —.

—¡Ah! Nací en Grecia —rectificó. Sus dientes eran blancos como perlas y perfectos desde todos los ángulos, Oliver había llevado aparatos durante tres largos e insufribles años y pese a que sus dientes no podían estar más rectos, su dentadura no le hacía sombra a la de

su vecino—.

—Por eso el nombre de la gata —recordó—.

Él se encogió de hombros.

—Más o menos —admitió con una risita incómoda. Era cierto que el nombre de la gata provenía del nombre de una ciudad griega, pero él no se lo había puesto—.

—¿Y tú? ¿Naciste en Westfields o solo te criaste allí? —.

Oliver hizo un mohín y asintió, no era su lugar favorito sobre la faz de la tierra. Si sus padres no viviesen allí no lo volvería a pisar.

—Nacido y criado, sí. Luego huí de las fuertes garras de mi madre y me vine a Nueva York —.

—¿No te llevas bien con tu madre? —preguntó con sorpresa—.

—Oh, sí. La adoro, es maravillosa, pero su amor a veces puede ser asfixiante —le aclaró—.

A Connor le gustó oírlo, disfrutaba de la presencia de aquel tipo de amor. Si convivía con ellos durante todo el fin de semana podría disfrutar de aquel despliegue de sentimientos. Estaba seguro que lo pondría de buen humor.

—Eso es bonito, dicen que no hay amor más incondicional que el de una madre. Y créeme, es cierto. Al menos en la gran mayoría de los casos —afirmó—.

—Supongo —admitió a regañadientes. El tema de la familia había derivado naturalmente del anterior por lo que ahora podría preguntar sobre su familia—. ¿Y tú? ¿Te llevas bien con tu madre? —

Asintió con entusiasmo, amaba a su madre.

—Sí, es a la que más quiero de toda mi familia. Y no tengo una familia pequeña, créeme... —.

—Vaya, debe de ser maravillosa —.

—Sí, lo es —admitió con cierto matiz triste—. Es una fuerza de la naturaleza, es la mejor —

La tristeza en sus palabras se mezcló con la nostalgia que sentía al recordarla, Oliver no supo cómo interpretarlo correctamente.

—¿Estáis peleados? —preguntó, esperando que no le molestase su pregunta—.

La perspicacia de Oliver lo pilló de improviso, creía haber usado un tono de voz animado.

—No, es solo que hace tiempo que no nos vemos —confesó—. Ella y yo nunca hemos peleado, nunca por cosas grandes —

—¿Y por qué no vas a verla? —.

—Bueno...—.

—Perdoname, he hablado sin pensar. Lo hago mucho —.

—No me ha molestado, no te preocupes —le aseguró—. No tardaré mucho en verla de nuevo —

—Eso está bien —dijo—. Supongo que cuando el trabajo lo permita, supongo —

Aquella última coletilla fue totalmente intencional, quería saber a qué se dedicaba. Si le confirmaba que era modelo en Europa lo creería a pies juntillas.

Dodo se giró para poder ver la cara de su amigo, esperaba poder dedicarle una mirada acusatoria cuando soltase la mentira más absurda.

—Bueno, ahora mismo estoy vacaciones —respondió, orgulloso de su rapidez—.

—¿Y qué haces cuando no estás de vacaciones? —.

La gata sonrió, mostrando sus afilados dientes.

—Soy marchante de arte, más o menos —dijo, haciendo que la gata sobre el regazo de Oliver rodase sus ojos y se acomodase dándole la espalda—.

Era cierto que a grandes rasgos era cierto, pero lo que nadie sabía era que las obras de arte o los objetos que vendía le pertenecían a él. Los había acumulado durante más de dos mil años.

—En serio?! —exclamó Oliver—. Suena muy extravagante —

Solo había visto ese tipo de profesiones en televisión, nunca había conocido a una persona que comprase y vendiese obras de arte. Esperaba que la profesión a la que se dedicase tuviese que ver con su aspecto físico.

—¿No me pega? —preguntó Connor entre risas—.

—No, para nada —.

—¿Qué creías que iba a decir? ¿Bombero? —.

—¡Modelo! O algo relacionado con eso, actor, presentador...—.

El gato volvió a hacer rodar sus ojos, su amigo no solo era un esclavo del lujo y de la pasión. También era bastante vanidoso.

—¿Te parezco guapo? —preguntó poniendo su mano sobre su mentón, dedicándole una pose seductora—. ¿Debería intentarlo? —

—¿Es broma? Vistes de punta en blanco, tus dientes brillan más que el sol y apuesto a que puedes cortar lo que quieras con esa mandíbula —le aseguró—. No tendrías ni que intentarlo, lo conseguirías sin más —

Connor soltó una carcajada, sí había trabajado como modelo para artistas que llevaban más de mil años enterrados. Algunas de sus obras se encontraban exhibidas en museos y otras muchas habían sido devoradas por el tiempo.

—¿Te ríes? —preguntó Oliver de buen humor. Sentía cierta complicidad con él, estaba seguro que era del tipo de persona que podía ser amigo de cualquiera. Sin ningún esfuerzo —. No debo ser el primero que lo cree —

—No, no lo eres —.

Capítulo 5

Westfields

La extraña tensión que sentía Oliver no tardó en disiparse, la compañía de Connor era más que agradable, como la tendría con un amigo de toda la vida. Por muy atractivo e inaccesible que pareciese siempre tenía una sonrisa en su faz para él y una palabra amable. Estaba seguro de que era la persona más carismática que hubiese conocido nunca. Y por alguna razón que Oliver desconocía él le caía bien.

—Eres de lo que no hay —soltó Oliver. Había reído sin parar durante diez minutos—.

—¡Yo pensaba que les ayudaba! Era un niño y quería una mascota —repitió su compañero de viaje—. Conmigo era bueno, a mi nunca me mordió —

Connor le había contado la ocasión en la que trajo a casa un puma que era cuatro veces más grande que él, aunque había sustituido la palabra “puma” por “perro”.

—¿Y qué dijo tu madre cuando te vio entrar con aquel animal? —

—No era la primera vez que lo hacía así, me pidió que lo sacase de casa antes de que volviese mi padre y me regañase por meter otro animal en casa —.

Cualquier recuerdo en el que apareciese su padre siempre tenía una connotación negativa o era un aguafiestas, tenían personalidades completamente distintas.

—Seguro que le dabas muchos quebraderos de cabeza a tus padres —sentenció Oliver —. Eras muy travieso —

—Más de uno —admitió. Aunque en realidad el número de sus fechorías infantiles fuese inmenso. Fue un niño durante cientos de años—. Esos fueron los buenos tiempos, más sencillos —

Dodo había empezado a sentirse preocupada por la conexión que al parecer habían desarrollado en tan solo unas pocas horas de viaje. Si se hacían amigos era muy probable que fuese más difícil para Connor separarse de él, lo sabía con certeza. Y siendo amigos era sumamente fácil que pasasen a ser amantes, no le hacía falta tener visiones para verlo. Pero poco podía hacer para detener aquella conexión, era un gato en un coche con un mortal.

—Eres todo lo opuesto a mi, yo era muy bueno de pequeño. Al contrario que mis hermanos —le contó—. ¿Tú eras el primogénito? —

—Sí —.

Oliver recordó que le había dicho que su madre era la que más le gustaba de su familia y había leído entrelineas que no estaba en buenos términos con el resto.

—Algo me dice que no llevaste bien la llegada de tu hermano —dijo Oliver—.

Connor se preguntó por qué pensaba eso, ¿era común entre los mortales que nacían los primeros llevarse mal con los que llegaban?

—¿Por qué lo crees? —.

Él se encogió de hombros, le parecía una suposición lógica. Era muy travieso, desde su punto de vista los niños traviesos requerían mucha atención. Y al nacer un segundo niño esta se dividiría en dos.

—Parecías requerir mucha atención, seguro que cuando llegó el segundo hijo esa atención ya no podía ser solo para ti. En mi casa pasó lo mismo, mi hermano se volvió diez

veces peor de lo que ya era —.

—Quizá es algo que pasa siempre —admitió—.

—¿Cuántos hermanos sois? —.

Tenia una familia realmente grande, pero él solo contaba como sus hermanos a los hijos que habían tenido su madre y su padre. Si añadía a los que habían tenido por separado con terceros el número aumentaba exponencialmente. Una práctica común entre dioses pero mal vista por la sociedad actual.

—Vamos a salir de este coche conociéndonos a fondo, eh —dijo Connor—. Creo que no le he hablado tanto de mí a nadie en muchísimo tiempo —

—Sí —admitió con sorpresa—. No me es fácil hacer amigos, pero hablar contigo es tan sencillo. No sé —

Le gustó oír aquello, él se sentía de la misma forma. Hablar con él también era fácil.

—Cuatro, ¿qué te parece? —.

—Nosotros también somos cuatro, pensaba que dirías diez o algo así —dijo entre risas —.

El número era mucho más elevado que diez si contaba a sus medios hermanos, aunque no quisiese decírselo.

—¿Tú te llevas bien con tus hermanos? —preguntó Connor—.

—Con mis dos hermanas me llevo mejor que con mi hermano, aunque los quiero a todos —.

—¿Por qué no te llevas bien con él? —.

—No sé, no nos entendemos —confesó. Su hermano era un poco infantil, pese a que es el mayor. Y sus prioridades en la vida son muy distintas a la suya—. ¿Y tú? —

—En general tampoco nos entendemos, ¿no es una coincidencia? —.

Las relaciones entre los dioses eran complejas, al nacer siendo un ser completo no había mucho espacio para unir lazos. Con el único con el que tuvo una relación parecida a la que tendrían en la actualidad dos hermanos, fue con el que llegó después de él. Al menos durante un pequeño periodo de tiempo.

Oliver asintió, no era raro llevarse regular con los hermanos. Por eso se sentía afortunado de que con sus dos hermanas sí tuviese buena relación.

—Supongo que es algo normal entre hermanos —.

—Aunque la verdadera razón por la que no nos llevamos bien es un capullo, su nacimiento lo cambió todo, incluido a mí. Y tras eso nada fue lo mismo —dijo en un arrebato de sinceridad. Pero a diferencia de Oliver, Connor nunca se arrepentía de aquellos impulsos—.

Su interlocutor podía sentir el resentimiento en sus palabras, como si tras ellas hubiese un significado mucho más profundo del que se entendía a simple vista.

—Las reuniones familiares deben de ser tensas —comentó Oliver—.

—Lo serían si apareciese en ellas —.

—Oh, entiendo —.

—Ves, hablar de mi familia siempre acaba de una forma incómoda —señaló—. No lo hagamos más —

Oliver se encogió de hombros.

—No pasa nada, en ocasiones hay que hablar de cosas incómodas, de lo que nos gusta y lo que no —.

Aquel era el problema principal entre él y Sergio, mientras él estaba dispuesto a hablar

con Sergio de lo que fuese, este último evadía temas o conversaciones potencialmente tensas o incómodas. Lo que Oliver traducía en sus momentos más lucidos como una indiferencia verdaderamente dolorosa.

—¿Tú crees? —.

—Sí, si esa persona te importa no tienes que tener miedo de hablar de lo que sea. Lo que callamos suele pesar más que lo que decimos —.

—Eres muy sabio para ser tan joven —.

A Oliver le pareció que hablaba como si los separasen cientos de años, aunque en realidad fuesen un par de miles.

—¡No soy tan joven! Hablas como si tú fueses viejo, ¿qué edad tienes? —.

La edad de Connor tenía cuatro dígitos, aunque ni él la supiese con exactitud.

—Tú primero —.

—Yo tengo veintisiete —.

—¡Anda, qué casualidad! Yo también —mintió sin ningún pudor—. Dos jóvenes de veintisiete años yendo de viaje en coche...—

—¿En serio? —preguntó incrédulo—. Sí que es una casualidad —

La edad actual que ponía en el carnet de identidad de Connor marcaba cuarenta y siete años, una edad que no se veía reflejada en su aspecto. El próximo cambio de identidad no debería de tardar demasiado.

—Gira por la siguiente salida, esa nos lleva a Westfields —señaló Oliver—.

—Muy bien —.

Estar tan cerca de casa le hizo recordar que no había avisado a su madre de que iría con un amigo, y al recordarlo empezó a prever las reacciones de toda su familia. Su madre pensaría que era su pareja, su padre tendría conversaciones incómodas sobre deportes con él y sus hermanas tratarían de saberlo todo sobre él y cómo se conocieron. El único que no mostraría demasiado interés sería su hermano, la atención de este se enfocaba en la novia de turno, cualquiera que fuese.

—Suspiras, ¿estas cansado? Ya queda poco —le aseguró Connor—.

—Oh, no, la verdad es que es la primera vez que se me hace corto este viaje —le dijo—. Acabo de escribirle a mi madre diciéndole que traía un amigo —

—¿Y? —.

Su móvil empezó a vibrar, miró la pantalla y en él había tres mensajes de tres personas distintas. Su madre le preguntaba si era alguien especial, mientras que sus dos hermanas, las cuales debían de estar alrededor de su madre cuando le había escrito, le preguntaban si era su novio.

—No le he pensado bien...—admitió Oliver para sí mismo en voz alta—.

Connor puso su mano sobre la pierna de este, lo que hizo que el último sintiese una descarga eléctrica de energía. Había algo en Connor que era poco inusual, no solo su aspecto, Oliver notaba un magnetismo especial. Un aura invisible que captaba inmediatamente tu atención.

—Aún hay tiempo, puedo quedarme en un hotel —le aseguró el dios del amor—.

—No, qué tontería —respondió quitándose importancia—. Además te necesitaré como paño de lágrimas cuando Sergio me mande a paseo —

—Eso no lo sabes —.

—Con certeza absoluta no, solo al noventa y nueve coma nueve por ciento... —dijo medio en broma—.

La calle donde había crecido se encontraba decorada por un intenso verde que adornaba la hilera de arboles a cada lado de la vía. Se encontraba tal cuál la recordaba, el césped frente a su casa perfectamente podado y el buzón de metal pulcramente pintado y esmaltado. La casa tenía un estilo americano inconfundible, se trataba de una bonita y amplia casa de dos plantas con un gran zona verde delantera y otra igual de amplia en la parte trasera. Su madre era muy meticulosa en cuanto al mantenimiento de su hogar por lo que era con diferencia la casa más bonita de toda la manzana.

Oliver tomó aire bruscamente.

—Te harán mil preguntas, siéntete libre de guardar silencio y marcharte de la habitación si las cosas se ponen incómodas —le aseguró—. No temas ser grosero, a ellos no les dará miedo serlo —

—Estás exagerando —.

—Bueno... no conoces a mi familia. Esperemos que el gato capte parte de la atención...

—.

—A Dodo le gusta estar entre la gente aunque no es demasiado encantadora —le confesó Connor—.

Su amiga le dedicó una mirada aburrida, lo que realmente le gustaba era enterarse de todo, por lo que siempre estaba dónde estaban los demás.

—Ha sido muy buena, casi seis horas en mi regazo sin quejarse siquiera —comentó. Era el gato más educado que había conocido—. Cuando entremos le diré a mi madre que le haga algo delicioso para cenar, algún pescado rico —

—Come por siete, que no te engañe su tamaño —.

—¿La coges en brazos? —.

—No, dejala en el suelo. Ya te he dicho que no se separará de nosotros —.

—Estoy impresionado, la verdad, deberías de ser adiestrador de animales —.

—Quizá me dedique a eso cuando deje el arte —le dijo Connor entre risas—.

No habían caminado ni una docena de pasos, se encontraban a mitad del camino de piedra cuando la puerta se abrió. Su madre salió junto a sus dos hermanas, probablemente consumidas por la curiosidad.

—¡Hijo! —gritó ella—.

Una mujer de mediana edad con un corte y peinado clásico típico de los años cincuenta caminó alegremente hasta ellos y abrazó a Oliver con efusividad. Tal y como había esperado Connor el aura de su madre era exquisita, el amor que procesaba por su hijo era inconmensurable. Era de un color amarillo y brillaba como el mismo sol.

Ver y sentir su aura lo hizo sentir nostálgico, los dioses primordiales no tenían auras que él pudiese leer pero aún así era capaz de sentir el amor de su madre.

—No hace ni dos semanas que no me ves, mamá...—se quejó Oliver—.

—Siempre tan renegón...—.

Sus hermanas se acercaron hasta ellos, no ocultaron su sorpresa al ver a Connor y tampoco fueron discretas a la hora de expresar con gestos cómo de “bueno” lo encontraban. Mirándose entre ellas y moviendo sus manos sobre sus caras para expresar cómo se sentían.

La primera que habló fue Diana, era la mayor de las dos, su cabello era rubio platino y sus ojos se asemejaban a los de su madre.

—Me llamo Diana, estoy encantadísima de conocerte. ¿No he visto tu cara en una revista? ¿Vogue, Rolling Stone? —.

—Diana, no agobies al novio de Oliver con preguntas —le regañó la otra, Lara. Su

cabello era oscuro, como el de Oliver, natural—.

Oliver resopló con desgana, sentía como su energía se agotaba.

—No es mi novio... —les aclaró de nuevo, aunque ya se los había escrito en un mensaje—.

Ninguna de las dos le prestaron demasiada atención.

—¿Donde os conocisteis? —quiso saber Lara—. ¿En Internet? Imposible, en las fotos sales horrible —comentó mirando a su hermano—

—Gracias —respondió Oliver con retintín—.

A Connor le habían caído bien de inmediato, le gustaba la gente como ellas. Jovial y animada.

—Somos vecinos —les dijo Connor con una gran sonrisa—.

Ambas soltaron un sonoro y largo “uh”, mientras que su madre se mostraba visiblemente sobrecogida por lo atractivo que le parecía. Había tardado en fijarse pero finalmente lo hizo.

—¿Podemos pasar? —pidió Oliver—.

Su madre se atusó el pelo coquetamente.

—Estáis en vuestra casa, pasad. Tu padre y tu hermano están en el salón esperándote —.

—Sí, seguro —murmuró él—.

A su padre no había quién lo despegase de la televisión y a su hermano no podía importarle menos su presencia.

—Cómo te llamas, hijo? —quiso saber la madre de Oliver—.

—Connor Lovejoy, señora. Es un placer conocerla, su hijo me ha hablado maravillas sobre usted —.

La mujer se sonrojó.

—¿En serio?! Ay, mi Oliver, es mi sol. Mi pequeñín —.

A Oliver no le sorprendió lo fácil que se había ganado a su madre, su madre era agradable con todo el mundo. Lo que sí estuvo claro era que con una cara como la suya solo faltaban unas pocas palabras para ganarse a quién fuese. La vida podía ser muy injusta para algunos, pensó.

—Vamos, Connor —le indicó Oliver—.

—Esta gata es tuya? —preguntó Lara—.

—De Connor —.

Sus dos hermanas y su madre soltaron un agudo grito de emoción, los gatos eran su segunda cosa favorita en el mundo, después de los hombres guapos, recordó Oliver. Lara la cogió en brazos y las otras dos la siguieron hasta el interior de la casa.

—Te dije que eran demasiado —le recordó Oliver—. Si decides darte la vuelta no te lo tendré en cuenta —

—Han sido muy amables, parecen majas —.

—Eso solo era el primer contacto, no bajas la guardia —.

Su padre se tomó la molestia de levantarse de su sofá reclinable y abrazarlo efusivamente mientras que su hermano solo le dedicó un gesto con la mano.

—Este es Connor —les dijo—. Es un amigo —

—Un placer —le dijo su padre estrechándole la mano—.

Ni siquiera su hermano pudo ocultar su sorpresa al mirar a Connor a la cara. Le consolaba saber que no era al único al que la presencia de su vecino podía dejar sin aliento,

sobretudo a su hermano que era el epítome de la masculinidad y la heterosexualidad.

—Un placer, tío. Yo soy Raúl —le dijo—.

—Igualmente —.

—¡Oliver, hijo! Me has avisado con tan poco tiempo que no he preparado la habitación para tu amigo —se quejó su madre—. Hay que subir la cama del sótano, Raúl —

El padre de Oliver compartía el mismo nombre que su primogénito.

—Sí, luego lo haré —le dijo este—.

—Ven conmigo, te enseñaré la casa —le pidió la mujer—.

Oliver se encogió de hombros, no había nada que él pudiese hacer para salvarlo.

—Finge que te gustan las baldosas de la cocina —le susurró—.

La mujer cogió a Connor del brazo y se lo llevó con ella. Oliver se excusó y subió a su habitación a dejar su mochila y la de su acompañante en su habitación. La maleta de mano de Connor descansaba al lado de la suya de plástico, y parecía tan cara como cualquiera de las prendas que llevaba.

Su habitación estaba impoluta, como de costumbre, dejó las cosas junto a la puerta y suspiró ruidosamente. Se sentó en su vieja silla frente a su escritorio y revisó sus redes sociales. Esperaba encontrar alguna foto o post de Sergio, uno que le indicase si ya había llegado a Westfields, pero no encontró nada.

Cuando se vino a dar cuenta habían pasado quince minutos, la puerta de su estancia se abrió del todo y su madre apareció junto con Connor.

—Y esta es la habitación de Oliver, es más pequeña que las otras pero es la más luminosa. Esta era la habitación del piano, pero tuve que renunciar a ella —le contó—.

—¿Toca usted el piano? —.

—Tuteame, por favor. Sí, e incluso fui al conservatorio más de diez años —le dijo orgullosa—. Aunque eso fue hace mucho... —

—Mamá, déjalo respirar o no traeré a ningún amigo nunca más —.

Su madre le dedicó una mirada molesta.

—¡Hijo, cualquiera diría! Estaba siendo amable —se excusó—. ¿He sido amable Connor? —

—Oh, sí, yo estoy encantado. Me han encantado las baldosas de la cocina, un color muy bonito —repitió, esta vez guiñándole un ojo a Oliver. Lo que hizo que soltase una risa tonta—.

—¡Verdad que sí! Este chico me cae fenomenal —le aseguró su madre—. Traelo de nuevo en otra ocasión, eh —

—Aún no nos hemos ido, mamá —.

—¡Ya me entiendes, hijo! —.

—Vale, mamá —.

Su madre levantó la cabeza para dirigirse a su invitado.

—Bueno, me voy a mirar la cena, estoy haciendo estofado. ¿Te gusta, Connor? —.

—¿A quién no? —.

—Así se habla —.

—Mamá, ¿sabes si ha venido ya Sergio? —preguntó su hijo—.

—No, su coche estaría en la puerta —.

—Cierto —.

La mujer se fue, cerrando la puerta tras ella y dejándolos solos. No sin antes dedicarle una sonrisita pícaro a su hijo antes de cerrar.

—¿Qué tal el tour? —preguntó Oliver sarcásticamente—.

—Los electrodomésticos de color rosa eran curiosos, de hecho nunca había visto una cocina tan rosa —.

—Sí, mi madre está obsesionada con el rosa —.

—¿Revisabas el móvil? —.

Oliver lo dejó sobre el escritorio, al final se había entretenido viendo fotos de extraños en Instagram.

—Sí, aún no ha llegado —comentó—. Miraba si había subido algo a las redes sociales —

—El cumpleaños de su padre es mañana por la noche, ¿no? —.

—Sí, esta noche cenaremos con mi familia —.

—Siempre podéis quedar en privado, solo vosotros —.

El sonido de algo golpeando la ventana llamó su atención, se trataba de Dodo, había huido de las hermanas de Oliver y había trepado hasta su ventana. Este se acercó y la abrió, dejándola entrar.

—Te han molestado mucho? —le preguntó Oliver. Conociendo la respuesta—. Son unas pesadas —

Esta le dedicó una expresión de molestia a su amigo, el cual soltó una carcajada al verla. Si se hubiese quedado en casa tranquilamente no tendría que estar rodeada de mortales y sus muestras de afecto.

—Está bien, es sociable, como un perrito de la pradera —le aseguró Connor—.

Si Oliver no se hubiese asomado por la ventana habría sido testigo de cómo la gata le mostraba un dedo a Connor, a modo de “que te den”.

—¿Cómo te sientes? —quiso saber Connor—.

—Estoy bien —dijo sin pensarlo demasiado—

Connor se acercó hasta él y cogió su mano. Había sido un gesto sencillo pero a Oliver le pareció muy intenso, tanto que se sonrojó.

—No estás solo, estoy aquí para apoyarte —le aseguró—. Aunque seguro que todo sale bien —

Su optimismo casi molestó a Oliver, ¿era el único que pensaba que las posibilidades de que la conversación con Sergio acabase bien eran ínfimas?

—Lo que necesitaré serán muchos pañuelos de papel y algo de helado, de chocolate —.

Capítulo 6

Jazmín

La cena fue todo lo incómoda que Oliver pudo prever, lo único bueno fue que Connor acaparaba toda la atención de su familia así que él se dedicó a comer y a alimentar a la gata de su vecino. La cual tenía un apetito voraz, por suerte para ella su madre hacía una cantidad ingente de comida.

—¡Y el postre es... tarta de melocotón! —anunció su madre sujetando un plato de cristal con el susodicho pastel—.

Había mencionado en más de tres ocasiones que había hecho tarta de melocotón, aquella revelación tuvo poco impacto.

—¿Hay helado? —preguntó Oliver, tenía antojo de helado—.

—¿No te apetece tarta? También hay flanes y galletas de chocolate —.

—El helado que había me lo comí yo hace unos días, escoge otra cosa, princesa —le dijo su hermano—.

—Raúl —le reprendió su madre—. Sé amable —

—¡Yo hablo así! —.

—Pues habla mejor, que tenemos visita —.

A Oliver no le sorprendió el comportamiento infantil de su hermano, pese que tenía treinta y siete años, diez más que él. Era parte de su personalidad, una que ni sus hermanas ni él toleraban demasiado, solo sus padres preciaran hacerlo.

—Iré a comprar —anunció Oliver—.

—¡Ya está haciendo el drama! —se quejó Raúl—. Siempre igual, hijo —

A Oliver no le apetecía igualar la energía de su hermano, así que lo miró muy tranquilo.

—¿Puede apetecerme helado? ¿Te he pedido que vayas a comprarlo tú? —.

Él soltó una carcajada.

—Y qué más? —soltó en tono jocoso—.

Su hermana diana intervino, alguien tenía que hacerlo y sus padres no sabían ser contundentes.

—Come y calla —.

—Tú no te metas —se quejó—.

—Me meteré si quiero, siempre estás liándola. Si estás amargado deja a Oliver tranquilo —.

En ese momento el aura de la joven cambió y Connor pudo ver el afecto que sentía por su hermano pequeño, a diferencia de su madre su aura no se mantenía constante pero estaba ahí.

—¿Queréis algo de la tienda? —preguntó Oliver intentando quitarle hierro al asunto. Sintióse culpable por los malos modales de su hermano—.

—Yo quiero helado de fresa —pidió su hermana—. Pero si es de marca, sino no —

—Bien —.

—Te acompaño —soltó Connor—. Así tomamos el aire —

—¿Ves lo que has hecho? Ya has arrastrado a Connor a tu drama —señaló Raúl con disgusto. Al igual que el resto disfrutaba al conseguir la atención de Connor—.

—¡Papá —pidió Diana muy seria—.

Su padre era el único al que realmente respetaba su hermano, o al menos temía su temperamento, por lo que cuando su padre pedía algo él obedecía. Su hermana mayor era la única que intercedía entre sus dos hermanos, Oliver no tenía por norma quejarse o pedir la ayuda a sus padres cuando su Raúl lo molestaba.

—Raúl, no te metas dónde no te llaman —zanjó este con tono autoritario. Tras esto su hermano guardó silencio—.

—Tened cuidado en la carretera —le pidió su madre—.

—Traeme un helado a mi también —pidió su otra hermana—. El que sea —

—Vale —le dijo, sabiendo que su helado preferido era el de menta con chocolate—.

Dodo intentó seguirlos pero la madre de Oliver fue más rápida y la cogió.

—¿Dónde vas, bonita? —.

Connor soltó una pequeña carcajada y siguió a Oliver hasta la puerta. Revisó sus bolsillos asegurándose de que las llaves del coche estuviesen ahí y ambos salieron.

—Lo siento —se excusó Oliver—. Me da bastante vergüenza esta situación... —

—No tienes de qué disculparte —.

—Eres demasiado amable, no pareces humano —.

—No lo soy —admitió, riéndose por la sinceridad de sus palabras. Una que Oliver interpretaría como una broma—.

Abrió las puertas del coche y ambos entraron, la gasolinera más cercana estaba a diez minutos, y Connor aprovechó para llenar el tanque del coche. Mientras esperaba lo esperaba fuera del local un par de chicos le pidieron hacerse una foto con el vehículo, este les dio permiso haciéndose a un lado. Su coche merecía toda esa atención y más.

—Seguro que no quieres nada? —preguntó Oliver al salir—.

—Probaré la tarta de tu madre cuando llegue —.

—Seguro que te... —la expresión de Oliver cambió a una más nerviosa antes de que pudiese acabar. El coche que acababa de aparcar en el lado opuesto al de ellos era el de Sergio—.

—¿Qué pasa? —preguntó Connor confuso—.

—Sergio —respondió en voz baja—.

El hombre del vehículo salió y caminó hasta la cabina para pagar por gasolina, la mano moviéndose de Oliver captó su atención.

—¡Oliver! —soltó en tono alegre—.

Él se acercó hasta él y lo abrazó torpemente.

—Hola —.

—¡Qué casualidad encontrarte aquí! —.

—Sí —.

—¿Vas a quedarte el fin de semana? Mi padre celebra su cumpleaños mañana por la noche —.

—Sí, ya me lo ha dicho mi madre. Allí estaré —.

—Seguro que le gusta verte, le caes mejor tú que yo —.

Los padres de Sergio eran personas muy afables, trataban con mucho afecto tanto a Oliver como a sus hermanos.

—No digas eso —.

Sergio no tardó en notar la imponente presencia de Connor, así como su atractivo físico. Oliver no tardó en perder su atención por completo.

—Hola —dijo Connor al notar su mirada—.

—¿Va contigo? —le preguntó a Oliver—.

El aura de Sergio cambió a una roja intensa, una que denotaba atracción sexual. Aunque no fue difícil interpretar la sonrisa pícaro en su cara, Oliver lo hizo y no tenía ningún tipo de habilidad mágica.

—Te presento a mi amigo, Connor —le dijo un poco nervioso. La palabra amigo le sonaba grande, apenas se conocían—.

—Encantado, es un placer conocer a un amigo de Oliver —.

Connor disfrutaba siendo la fuente de deseo de quien fuese pero por alguna extraña razón en esa ocasión no le gustó, de hecho le pareció bastante incómodo.

—Igualmente —respondió con tono neutral—.

—¿Vas a traerlo a la barbacoa? Está invitado —.

—Sí, irá conmigo —.

—Bien, os quiero ver allí —dijo, comiéndose a Connor con la mirada—. Me gustaría seguir hablando pero mi madre me está esperando —

—Ah, no te preocupes, mañana nos vemos —le aseguró Oliver—. Mañana tendremos tiempo de hablar —

—Claro, hasta mañana entonces —aceptó él—.

Oliver borró la sonrisa artificial cuando este se alejó lo suficiente, la actitud de su amigo no era nueva. Sergio no ocultaba su apetito sexual, sin importan quién estuviese presente. Hecho que no le vino de nuevas a Oliver pero sí le hizo sentir miserable al estar Connor presente.

—Arranca —pidió de mal humor—.

Este se metió en el coche y pulsó el botón detrás del volante y arrancó.

—Parece un capullo —comentó Connor cuando entraron a la carretera—.

Aquella afirmación hizo sonreír a Oliver.

—Sí, un poco —respondió escuetamente—.

—Oye, y si en lugar de ir a casa damos un paseo —propuso Connor—.

Era tentador, el clima era agradable y no le apetecía meterse entre cuatro paredes de nuevo.

—Y los helados? —.

Unos helados no iban a interponerse en la propuesta de Connor.

—¿Llevas el móvil? —.

Tocó su bolsillo, ahí estaba.

—Sí —.

—Avisa a tu hermana para que salga a por ellos y solucionado —le dijo—. Pararemos allí un momento —

—Vale —.

Pasaron por su casa a dejar lo que habían comprado y se fueron a dar un paseo, su hermana le dijo que avisaría a su madre y que no volviese muy tarde. Sabía como Oliver que su progenitora no se iría a dormir sin saber que su hijo había llegado a casa. Y si lo hacia no dejaría de quejarse al día siguiente.

—Sigue recto y gira a la derecha —le indicó Oliver—.

Había un pequeño parque lleno de jazmines no muy lejos de allí, lo había construido

hacía más de una década la comunidad de vecinos y que actualmente cuidaban los más mayores. Todos los jueves se reunían en la mañana para mantenerlo, a modo de hobby.

—Aquí, para —le indicó—.

El embriagador olor a jazmín llegó a su nariz en el instante en el que Oliver abrió la puerta. Inspiró hondo y salió, llevaba consigo la tarrina de helado que había comprado para él.

—¿Te gusta el olor a jazmín? —preguntó Oliver—.

—Sí, claro —.

—Allí hay unos bancos, podemos sentarnos un rato si quieres —.

—Vale —le hizo un gesto con la mano para que se adelantase y saliese—.

El parque no era más que un gran rectangular rodeado de arboles, construido sobre lo que fue un aparcamiento entre dos grandes casas. En el centro del mismo había un círculo repleto de jazmines de tonos violetas, blancos y azules. Y a su alrededor un set de cuatro bancos de metal que cedió amablemente el ayuntamiento de la ciudad.

El bello de los brazos de Connor se erizó al poner el primer pie en aquel pequeño parque, el aroma a jazmín era sin duda arrebatador. Le recordó al olor de la planta en su hábitat natural, uno ligeramente distinto al que se podía encontrar en una floristería.

Los alumbraba la ligera luz blanca de la única farola que había.

—Se te olvidó traer una cuchara —observó Connor—. ¿Usaras los dedos? —

—Te equivocas — Lo destapó, quitó una lámina de cartón, tras ella había una pequeña cuchara de plástico—. Esta marca siempre trae una cuchara —

La sonrisa triunfante de Oliver hizo que sonriese.

—Estás en todo —.

—La verdad es que no lo tenía en mente, he tenido suerte —admitió, y ambos se rieron—. Por una vez —

Connor había notado que era una coletilla que soltaba con frecuencia.

—¿No te consideras afortunado? —.

—Sé que no lo soy —.

Los humanos tienden a sentirse de esa forma cuando las cosas se tuercen o no salen como desean, Connor había observado que en la mayoría de los casos se trataba solo de una exageración debido a las circunstancias.

—Es cierto que las cosas podrían pintar mejor con ese chico —dijo, obviando a propósito su nombre—. Pero eso no significa que tengas mala suerte —

Hundió la cuchara de plástico en el helado y luego se la metió en la boca, estaba tan delicioso como lo recordaba. Era la primera vez del verano que comía helado.

—Ah, pero no se trata solo de eso —le aseguró después de tragar—. Si hay una piedra con la que tropezar, ahí me caigo yo. No hay día que no me pase algo —

Connor le dedicó una mirada de extrañeza.

—¿No exageras? —.

—No, para nada —.

—Bueno, de cualquier forma la mala suerte no dura para siempre. En algún momento cambia —.

—Pues en veintisiete años aún no me ha cambiado, ¿sucede después de los treinta? —.

Un susurro captó la atención de Connor, no fue difícil oírlo pues no había ni un solo coche en la carretera y la calle entera estaba en completo silencio.

—¿Has oído eso? —preguntó—.

—No —respondió—. ¿El zumbido de una abeja? ¿Eres alérgico? —

—Me lo habré imaginado —.

Oliver recogió sus pies y siguió comiendo mientras observaba aquella bonita escena floral. Connor se relajó e hizo lo mismo, aquellas flores le parecieron exquisitas, quien las cuidaba lo hacía con esmero, de eso estaba seguro. No pudo encontrar ninguna marchita o fuera de lugar, todas descansaban de forma simétrica y sus colores violetas, blancos y azules se entremezclaban con gracia.

—¿Cómo te enamoraste de ese chico? —preguntó, supuso que era un buen tema de conversación, además le encantaban ese tipo de historias—.

Oliver no se sentía reticente a contarle lo que fuese, él había hecho docenas de preguntas personales en el camino en coche. Pero aquel tema en concreto iba a cargarse el buen humor que acababa de recuperar.

—Podrías haber elegido otro tema menos delicado, como la religión o la política...— bromeó—.

—Si no quieres hablar de eso está bien —.

—Hagamos un trato, tú me cuentas la historia de tu primer amor y después yo te cuento la mía —.

Connor supuso que su primer amor había sido Sergio, lo que significaba que llevaba enamorado de él por lo menos una decena de años. Hecho que le maravilló y le entristeció al mismo tiempo.

Aquella mezcla de sentimientos lo hizo sentir confuso, en ese instante recordó la conversación con su amiga Dodo y su preocupación por que se enamorase de Oliver. Ella había visto en una visión cómo se besaban, y eso solo podía significar que se enamoraría de él. Pero no sentía amor por Oliver, estaba seguro, solo había empezado a caerle bien.

—¿Seguro que quieres oírla? Es muy simple, quizá hasta aburrida —le aseguró Connor —.

—Que sea simple no significa que no sea bonita, ¿no? —.

—Todas las historias de amor son bonitas, sin duda —admitió. Era una creencia absoluta para él—.

Recordar su primer amor abría en él viejas heridas, así como recuerdos de una vida que poco tenía que ver con la que actualmente vivía. Recordar aquella experiencia era viajar a la gloriosa época donde Grecia se convirtió en la capital de mundo y en el culmen de la excelencia humana, al menos desde su punto de vista. Siendo esta la cuna de la creación de los de su clase, dioses y criaturas mágicas que poblarían y dominarían el mundo por el resto de los años venideros.

Pero no podía explicarle todo eso a Oliver, así que era consciente de que tenía que obviar algunos detalles, los sobrenaturales. Hecho que estaba seguro que haría menos comprensible su historia.

—Fue un día de primavera, uno completamente especial, sin nada memorable en él...— empezó a contarle Connor—.

Recordaba que su madre había llegado ofuscada tras un viaje entre los mortales, al parecer sus ofrendas se habían reducido drásticamente en una de las pequeñas ciudades colindantes a Grecia.

Ella misma se personó entre los mortales disfrazada como uno de ellos para averiguar qué sucedía, allí escuchó que muchos de ellos mencionaban a una joven cuya belleza era tal que rivalizaba con la suya. O al menos eso decían.

Tal circunstancia le pareció un despropósito, pues no había nadie tan bella como ella y mucho menos una mortal. Increíblemente viajó al templo que la veneraba, uno que estaba empezando a verse afectado por la disminución en las ofrendas. Allí volvió a oír hablar sobre aquella chica mortal, por lo que finalmente le dio crédito a los rumores.

Usó un gran fuego como medio para comunicarse con la sacerdotisa del templo y exigió que le diese las señas de aquella mortal.

La susodicha joven era la tercera hija del rey de aquella ciudad, viajó hasta el castillo en la noche y la buscó entre sus paredes hasta que dio con ella. Al verla titubeó, retiró el mechón de cabello que descansaba sobre su faz y la miró con atención. Sí, era bella, pero no era tan bella como ella.

—¡Apartaos! —gritó Afrodita. Acababa de llegar a su morada en los cielos y se encontraba de un humor de perros—. No quiero hablar con nadie en estos momentos —

—Sí, ama —dijo una de sus sirvientas—.

La diosa meditó sobre qué era lo que debía de hacer para solucionar aquel problema y entonces la risa de su primogénito se oyó en la distancia. Se asomó por el gran ventanal de su estancia y vio cómo este jugaba con su hermano, la relación entre ellos era tensa la mayoría del tiempo pero en ocasiones lograban disfrutar de la compañía del otro.

Podía contar con el apoyo de su primogénito, podía apostar su cabeza, aunque no pasaba lo mismo con su otro hijo. En ese caso no estaba tan segura pues este parecía tener más afinidad con su esposo, Ares.

—Hijo mío, tesoro de mi corazón, luz de mi sol —le dijo Afrodita a su primogénito cuando lo pilló solo—.

—Madre —respondió él una brillante sonrisa—.

Al admirar la faz de su madre entrevió que algo le preocupaba, nadie la conocía mejor que él. Ni siquiera su marido.

—¿Te preocupa algo? —quiso saber—.

—Sí, así es...—confesó, y procedió a contarle la situación—.

Eros no conocía la importancia de perder la devoción de la humanidad, no de la misma forma en la que lo hacía su madre. Pero sí entendió que era algo que preocupaba a los dioses.

—Es sin duda una situación extraña...—comentó él—.

—¿Harías algo por tu madre? —.

—Claro, haré lo que queráis —.

—Quiero que dispires una flecha sobre el pecho de aquella joven y que después dispires otra sobre la persona más horrible que encuentres —le pidió—.

Su hijo entendería con el tiempo que su madre no era perfecta y que pese a ser una mujer juiciosa podía llegar a ser egoísta y despiadada. Pero no sería en ese momento, por lo que aceptó aquella petición sin pestañear, cogió su arco y se dirigió al sitio pactado.

Afrodita ya había movido algunos hilos y había hecho que el padre de la joven, de nombre Psique, la abandonase a su suerte en una de las montañas más salvajes del reino.

Eros acudió al encuentro, vislumbró la figura de la joven entre los árboles y se acercó hasta tenerla a tiro. Lo que no predijo era que al verla se enamoraría perdidamente de ella.

Preocupado por la promesa que le había hecho a su madre y lo que sucedería si la rompía pidió algunos favores y escondió a la joven en uno de sus castillos en la tierra.

Mantuvo su identidad en secreto cuanto pudo con una serie de artificios, poco a poco Psique correspondió a su amor y por primera vez en su larga vida sintió lo que era amar y

ser amado.

Sin embargo la verdad no tardó en salir a la luz y tuvo que enfrentarse a la ira inicial de su madre y sus represalias. Hizo que la joven Psique se enfrentase a una serie de duras pruebas para finalmente castigarla con un sueño eterno.

Eros pidió a su abuelo para que intercediese por él y este para su sorpresa aceptó ayudarlo, despertó a Psique de su largo sueño y ella y Eros y ella pudieron al fin reunirse y compartir su amor.

Afrodita y ella acabaron salvando sus diferencias, pues en conciencia sabía que no había actuado bien. Tras los años llegó a quererla como a una hija más y pudo deleitarse de la dicha que sentía su hijo. Una que llenaba su alma, pues la dicha de un hijo siempre se multiplica por diez en el corazón de una buena madre.

Recordar aquella historia trajo una sonrisa genuina en la faz de Connor, una que dedicó al precioso cielo estrellado sobre ellos. Y en la distancia creyó ver un titileo entre aquel mar de astros, el de una estrella sonriéndole de vuelta.

—Y así fue como pasó —zanjó Connor. La historia que le había acabado contando no guardaba mucha similitud con la original, pero mantenía algunos datos verdaderos. Como el hecho de que su madre estaba en contra, que ambos eran de mundos distintos y que sus familias se opusieron. Para finalmente alcanzar la felicidad—.

Oliver había quedado fascinado con su historia, con la pasión con la que la contaba y con la devoción con la que hablaba de aquella joven. Por un instante sintió envidia, deseó que alguien pudiese quererlo de esa forma.

—¿Y dónde está ella? —quiso saber—.

—Murió hace mucho —admitió. No podía decirle que trascendió hasta las estrellas. Su propia madre se encargó de concederle aquel honor, uno del que solo disfrutaban los mayores héroes de la historia—.

—Lo siento —.

Este negó con la cabeza, negando cualquier sentimiento negativo.

—Vivimos felices muchos años, no hay nada que sentir —le aseguró—. Si quieres quedarte con algo de mi historia, quédate con el hecho de que amar requiere sacrificios y tiene sus partes negativas —

—¿Toda magia tiene su precio, querido? —preguntó Oliver. Era una referencia a una de las frases de un famoso personaje de una serie de televisión que Connor le había comentado que había visto—.

Connor creía firmemente que amar era la magia más poderosa del mundo, y tal y como decía Rumpelstiltskin en “Érase una vez”, toda magia tiene su precio. Y cuanto mayor es la magia, más alto es el precio a pagar.

—Es muy cierto, ya te darás cuenta con el paso del tiempo —.

Oliver golpeó su hombro, quitándole hierro al asunto.

—Hablas como un anciano —.

Aquello era algo que Psique solía decirle, los mortales no tardaban en darse cuenta de esas cosas.

—Soy un anciano, al menos por dentro —volvió a admitir en un arrebato de sinceridad, a sabiendas de que sus palabras no serían tomadas al pie de la letra—.

Capítulo 7

Rencor

La historia de Connor había conseguido conmoverlo, era sin duda un bonito relato. Pero no podía evitar sentirse inferior de alguna forma, quizá aquel tipo de amor no estaba escrito para alguien como él. Comparado con Connor no era más que una pequeña piedra en un estanque, una anodina y sin nada remarcable.

—Te has acabado todo el helado —observó Connor—. ¿Y si te sienta mal? —

Los mortales solían tener el estomago delicado, mientras que él podía comerse una serpiente venenosa con la certeza de que no le pasaría nada.

—Me encanta, te lo dije. Es más, eché en falta palomitas —.

Ambos rieron.

—¿Quieres volver ya? —.

—Quedémonos un rato más —pidió—. Siempre me ha gustado estar aquí, es un lugar que me cautiva. Como si tuviese un imán —confesó—. Qué tontería, ¿no? —

—No, no lo es. Algunos lugares son así —.

Connor volvió a sentir algo extraño en el ambiente, un sonido casi inaudible para el oído de los mortales y una sensación de peligro que no supo discernir de dónde provenía.

El graznido de un ave resonó en el aire, Oliver y él se levantaron confusos, este sonido sí había sido audible para los dos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Oliver confuso—.

—No estoy seguro —.

El ave que había producido aquel grito ensordecedor apareció de la nada tras Oliver y se posó sobre su hombro. Al hacerlo el cuerpo de este se relajó y su cabeza cayó hacia adelante.

—¡Qué diantres...!—.

La cabeza del joven se alzó, sus ojos se encontraban completamente en blanco.

—Prepárate para luchar, no estamos solos —le advirtió una voz femenina que salió de su boca—.

Un sentimiento de preocupación empezó a invadirlo cuando se fijó en los ojos de aquel ave, eran dorados como dos monedas de oro.

—¿Dodo? —preguntó confuso. No esperaba que su amiga hubiese cambiado de forma pero aquellos eran definitivamente sus ojos. Su aparición lo tomó por sorpresa—.

—Una alseide se esconde entre las flores —le informó con una solemne voz femenina que no pertenecía a Oliver—.

Las alseides son ninfas que habitan en las flores, cañadas o arboledas. Acostumbran a espantar a los viajeros que cruzan sus dominios y tienden a ser muy vengativas, jamás olvidan una afrenta.

—¿Cómo se llama? —preguntó muy serio—.

—Preguntémoselo —.

Las plantas se movieron como si una gran mano las hubiese acariciado, después pudieron oír un rugido procedente de la tierra bajo ellos.

—Revélate, alseide —ordenó Connor—.

Una figura femenina se elevó desde la tierra, su piel era de un delicado color violeta y su cabello estaba cubierto de jazmines de color blanco.

—Tú no tienes autoridad sobre mi —espetó ella—.

—Soy Eros, hijo de Afrodita, la diosa primordial del amor, una de los doce olímpicos. Soy superior a ti —espetó, haciendo hincapié en la última frase—. Dime tu nombre —

Pese a la altanería de sus palabras el mundo del que Connor provenía se dividía por categorías, y los que lideraban aquellas categorías eran los más poderosos.

—Sé quién eres —soltó con desprecio—.

—Habla, ninfa —le instó Dodo—.

—Mi nombre es Alária —a regañadientes y con altanería

A Connor le sonó vagamente aquel nombre, aunque no sabía con certeza de qué. Hacía más de dos mil años que no pisaba Grecia, sus recuerdos sobre todo lo que dejó atrás se fue desvaneciendo poco a poco.

—Eres una de las ninfas del bosque que venera a Anthousai —reveló Dodo, acababa de verlo en una visión—.

El aspecto de la alseide cambió, las pupilas de sus ojos se alargaron, sus dientes se afilaron y la punta de sus orejas empezó a asomar sobre su cabeza.

—¡Quita el nombre de mi ama de tus sucios labios! —gritó ella—.

El cemento bajo sus pies se quebró, Connor y Oliver dieron un salto, uno que ningún mortal podría dar. Dodo seguía en su hombro, poseyendo su cuerpo de forma sobrenatural.

—¿Qué quieres de mí?! —exigió Connor—.

—Pretendía envenenaros, estaba empezando a desprender veneno en el aire —le informó Dodo—. Si llego a tardar un poco más Oliver habría muerto —

—¿Acaso no recuerdes lo que le hiciste a mi señora?! —espetó la ninfa—.

Cuando un individuo había tanto como lo había hecho Connor y se era tan “travieso” como él, recordar qué había hecho a una ninfa cualquiera no era tarea sencilla.

—¿Qué tienes tú que ver con lo que le hice a tu ama? —preguntó. El nombre de Anthousai sí lo reconocía con facilidad—.

—Tu desatino causó mucho daño en su corazón, mataré a tu mortal y mi corazón calmará su pena —.

La cara de Connor hizo una mueca de extrañeza.

—¿Mi mortal? —.

La carretera bajo sus pies volvió a quebrarse, Connor cogió el cuerpo de Oliver en brazos y dio un salto mucho más grande.

—¿Qué debemos hacer? —le preguntó a su amiga mientras saltaba y descendía en el aire—.

—No parece dispuesta a tener una conversación calmada, idiota —.

—Oye, ¿por qué me dices idiota? —se quejó él—.

Dodo descansaba tranquilamente en la habitación de Oliver, escapar de las atenciones de su madre y sus hermanas no había sido fácil y cuando decidió echarse un rato y descansar tuvo una horrible visión del futuro. En ella Oliver caía al suelo y su tez se volvía tal pálida como el papel.

Tuvo que romper el cristal de una ventana para poder salir de la casa, por suerte había una piscina en la parte trasera y pudo saltar dentro de la misma. Para poder cambiar su aspecto debía de usar el agua, el símbolo de la transformación por excelencia, al sumergirse

en suficiente agua podía cambiar su aspecto a voluntad. Decidió que la forma de un ave sería la más idónea, pues podría sobrevolar la zona y buscar el llamativo coche de su amigo. De esa forma logró encontrarlos.

—Por que lo eres —se quejó ella—. Si no me hubieses dejado atrás esto no habría pasado —

—Bueno, ¿y qué propones? —.

—Si la negociación no es una opción tendrás que darle muerte —.

Gruesas ramas salieron del oscuro asfalto, crecían y se arrastraban por el suelo intentando llegar hasta ellos.

—No podemos seguir alejándonos —dijo él. Si seguían huyendo no tardarían en acercarse a las casas más cercanas. La atención de los mortales era lo último con lo que quería lidiar —

—¿Llevas el cuchillo contigo? —quiso saber Dodo—.

—En el coche —.

—Yo la entretendré, tú ve a por él —.

Connor agarró el brazo de Oliver, si se alejaban no podría proteger su cuerpo. En esos raros momentos echó en falta las alas de su espalda, con ellas aquella pelea sería mucho más sencilla.

—No, no es buena idea —le dijo él—.

—Sí, ve —.

—No —.

Dodo soltó su mano a la fuerza.

—¿Por qué? No me digas que es por que tienes miedo de que algo le pase a este cuerpo —.

—Ese cuerpo tiene nombre, Dodo —.

—Tendré cuidado, ve —.

Aceptó las palabras de su amiga y esperó que así fuese, el cuerpo de Oliver corrió hasta el de la ninfa y la golpeó con el reverso de su pie, haciendo que esta rodase por el suelo en sentido contrario.

Connor llegó al coche dando apenas dos saltos, había guardado en la guantera una pequeña daga hecha por el mismo Hefesto, esta era capaz de herir y matar a la mayoría de criaturas y seres sobrenaturales.

Mientras Dodo trataba de esquivar los ataques físicos de la iracunda ninfa Connor se acercó sigilosamente hasta ella. Cuando la tuvo a tiro saltó hasta ella, agarró sus muñecas y las cerró dentro de una de sus manos. Pese a que Connor no era un dios pacífico, su fuerza no dejaba de ser considerable.

Puso el cuchillo sobre su cuello y presionó lo justo para que la alseide dejase de resistirse. Un corte y se desangraría sin remedio.

—No deseo tener que matarte, dime qué puedo hacer para que cambies de idea —le pidió Connor—.

—No quiero tu compasión, monstruo —.

Él suspiró.

—¿Qué hice a tu ama, Alária? —.

Los ojos de la criatura derramaron unas pocas lágrimas, desconocía qué había hecho pero estaba seguro de que le había causado mucho dolor.

—Alejaste a su amor de ella, por tu culpa Príodo se casó con otra —respondió—.

Ese nombre evocó en él un recuerdo, Príodo era un joven pastor destinado a ser el padre del futuro rey de Tebas. Su unión con la sobrina del actual rey de la ciudad estaba escrito. Anthousai acudió a Eros para solicitar su asistencia, había tenido un breve romance con el joven mortal pero este había empezado a perder interés en ella.

—Príodo quiso a tu ama, pero su amor no estaba destinado a durar —le dijo él—. Se lo expliqué de la misma forma a tu ama —

Pocos lograban entender que pese a ser el dios del amor y que su labor pareciese caótica desde fuera, en la mayoría de los casos no lo era. Y en cuanto a las parejas para las que el destino tenía preparad un designio mayor, él no podía hacer otra cosa que no interferir.

—¡Fue tu culpa! —gritó llena de dolor—. Tras la boda del mortal con aquella joven mi ama vagó durante años llena de pena, desatendió sus labores y finalmente se dejó morir —

Quitó el cuchillo de su cuello, entendía su dolor, podía ver en su aura cómo amaba a su ama.

—Esa no era mi intención, el amor en ocasiones tiene una fecha limite. Por eso es tan valioso atesorar esos momentos —.

—Te odio —dijo entre sollozos, las ramas que habían salido del suelo comenzaron a retroceder y a encogerse hasta desaparecer, dejando una calle completamente destrozada—.

Connor sintió que había acabado de pelear contra él, quizá no aceptaba sus palabras en ese momento pero con el tiempo entendería lo que realmente sucedió. Y que él no tuvo la culpa del desenlace de su ama.

Soltó sus manos y se levantó, dejándola libre.

—Vete, pero por favor, no hagas daño a ningún mortal —le pidió él—.

—Yo descansaba tranquila hasta que me despertaste con tu poder, vete y no vuelvas —.

El dios del amor no entendía a qué poder se refería, ni siquiera había liberado su aura divina.

—Lo siento —se disculpó—. No volveré a molestarte —

La ninfa lo miró, su aspecto amenazante cambió de nuevo hasta volver a ser la que era. Quiso dedicarle unas últimas palabras a Connor, unas afiladas, pero entonces observó cómo su atención se dividía para ver si el cuerpo del chico que venía con él se encontraba bien o no.

—No le hagas daño a ese mortal, aléjate de él —le pidió Alária antes de volver al pequeño circulo lleno de jazmines, en un pequeño parque que había quedado destruido casi en su totalidad—.

—Se acabó —zanjó Dodo—. Y no hemos tenido que matarla, para mi es una victoria —

Las palabras de la ninfa resonaron en su cabeza, no tenía ningún motivo para pedirle algo así, él no había tratado de envenenar a ningún mortal como había hecho ella. ¿Se refería acaso a que su presencia solo traería problemas a Oliver?

—Sí, volvamos a casa —.

Caminaron hasta el coche, que para fortuna de Connor no había sufrido ningún daño, y condujeron hasta la casa de Oliver.

—Está bien, verdad? —quiso saber—.

Dodo cruzó los brazos de Oliver y le dedicó una mirada acusatoria.

—¿Te das cuenta de que soy consciente de lo preocupado que estás? Se suponía que

esto no tenía que pasar, que pondrías un límite entre tú y él —.

No quería oír aquel discurso de nuevo, no se le había olvidado.

—Dodo, no empieces —pidió sin ganas de pelear—.

—Si sigues por este camino no habrá vuelta atrás —le advirtió, en esta ocasión usando un tono maternal—. Oliver es un buen chico, y ya sabes lo que nuestro mundo hace con ellos... —

—Lo que viste no sucederá, ¿contenta? Vete de su hombro y deja su cuerpo —pidió—.

—Estaré por ahí hasta que pueda volver a cambiar —.

Dodo solo era capaz de cambiar su aspecto una vez al día, tendría que esperar veinticuatro horas hasta poder volver a ser un gato de nuevo.

—Bien —aceptó él—. Y gracias por ayudarme —

La mano de Oliver acarició la bonita faz de Connor, haciendo que un escalofrío recorriese por su cuerpo. ¿Acababa de desear que aquel límite entre ellos desapareciese? ¿Que el dueño de aquella mano lo acariciase por voluntad propia?

—Para eso están los amigos —.

El ave voló del hombro del joven y salió por la ventanilla, posándose sobre la casa de la familia de Oliver.

—Qué ha pasado? —quiso saber cuando abrió los ojos—.

—Te dormiste de camino a casa —.

No recordaba haber tenido ni una pizca de sueño, de hecho no recordaba nada.

—¿En serio? —.

—Mañana te espera un día largo, lo mejor será es que descanemos —.

—Sí —.

Al caminar sintió que sus pies le pesaban, como si hubiese hecho un exceso de ejercicio. Sus piernas no tardaron en fallar, al subir los escalones de su casa sus piernas temblaron y sus articulaciones cedieron.

—¿Todo bien? —preguntó Connor cogiéndolo antes de caer de rodillas sobre el duro suelo—.

—Sí, solo estoy cansado —.

La noche pasó lentamente, Oliver no tardó en caer rendido sobre su cama, cuando un humano era poseído por un oráculo o un ser sobrenatural tendía a consumir en gran medida su energía.

Su compañero de habitación, el cual dormía en una vieja cama plegable al otro lado de la estancia, tardó más en conciliar el sueño. Pensaba sobre la historia de Príodo y la ninfa Anthousai, repasó lo que recordaba. Se preguntaba si podía haber hecho más por ella.

Recordaba cómo lanzó una flecha de amor a la vieja Ninfa, lo había hecho con la intención de que volviese a amar después de un largo periodo de tiempo. La flecha que había usado en ella era una que aseguraba un flechazo que se desvanecería poco a poco en el tiempo.

Con respecto al joven Príodo, ni siquiera tuvo que usar una flecha sobre él, este no tardó en enamorarse de la bella Anthousai. Recordaba cómo esta acudió a él una tarde de invierno, suplicándole su ayuda para obtener de nuevo el afecto del joven.

Eros siempre tenía algo entre manos por lo que solo le dedicó vagamente su atención y tras unos días se acercó de nuevo hasta el joven Príodo. Al acercarse a hablar con él para saber cómo se sentía con respecto a la ninfa vio que estaba con alguien más, otra mortal.

Esta procesaba un amor verdadero hacia él y él había empezado a sentir lo mismo por

ella, por lo que en conciencia no podía intervenir en el amor verdadero para contentar a Anthousai.

Posteriormente se enteraría de que el fruto de aquella unión daría como fruto al futuro rey de Tebas, uno que se desposaría con la octava hija del rey actual y que lideraría con magnanimidad y buen juicio.

Dodo se encontraba posada sobre la ventana de la habitación de Oliver, acurrucada, hacía mucho que no se transformaba en un ave y le resultaba extraño no poder encogerse en una bola como hacía siendo un gato. Debía de mantenerse sobre sus pequeñas garras y guardar el equilibrio sobre las mismas, incluso mientras dormía.

Había tenido tres visiones más sobre Oliver y Connor desde que habían vuelto de aquella experiencia que casi le cuesta la vida al joven mortal.

En la primera Connor lloraba sobre el cuerpo sin vida de Oliver, el veneno que hubiese desprendido la ninfa era mortal para los mortales, de esa forma se aseguraría de atestar un golpe contundente en su enemigo. Le pareció curioso tener aquella visión del pasado, sobretodo porque se trataba de algo que podía haber sucedido pero que no acabó sucediendo.

A lo largo de su vida como oráculo solo había tenido unas pocas de aquellas visiones precognitivas de situaciones que no habían acabado haciéndose realidad.

La segunda visión se desarrollaba en un bosque lleno de grandes hojas de loto, Oliver le pedía que confiase en él, el contexto de la misma era confuso. Pero lo que sí sucedió tras un breve intercambio de palabras fue que se volvieron a besar.

Y finalmente, la visión que más le preocupaba tenía que ver con la sombra de unas alas en la noche, esta figura alada pululaba por Manhattan, por calles que cualquiera de ellos recorría con frecuencia. La figura caminaba hasta detenerse, saltaba sobre un edificio y se quedaba quieto para observar una escena a bastantes metros de distancia. Connor abrazaba a Oliver con fuerza y le aseguraba que todo saldría bien, el primero parecía muy afectado por el motivo que fuese.

La vida de su amigo había cambiado irremediablemente con la llegada de Oliver a su vida, ya ni siquiera sabía si era posible evitar que se enamorase de él.

—Qué haré contigo, angelito mío...—se dijo—.

Capítulo 8

Dudas

Oliver se levantó en la mañana con un humor de perros, el primer pensamiento que tuvo al despertarse era que a la hora de la cena se encontraría inevitablemente con Sergio. El día que tanto temía había llegado y no tardaron en surgir las dudas.

Después de comer las hermanas de Oliver insistieron en acudir a una cafetería donde servían tartas de todo tipo, Connor estuvo encantado con la idea, el dulce le fascinaba.

—Estás ausente —observó Diana—. ¿Todo bien en el trabajo? —

Él asintió rápidamente.

—Ah, sí. Todo está bien, es solo que no he descansado bien —.

—¿Te has peleado con Sergio? —preguntó Lara—.

Mencionar aquel nombre en voz alta hizo que se sobresaltase, era un libro abierto, muy a su pesar.

—Lo sabía —soltó ella—.

—Nos lo encontramos ayer en la noche, no están peleados —le aseguró Connor—. ¿Verdad? —

—Claro que no —.

La joven miró a su hermana y ambas levantaron una ceja y compartieron una expresión de duda.

—Bueno, su tú lo dices —dijo Lara—. Aunque si te ha hecho algo puedes contárnoslo —

—Lo empujaré a la piscina esta noche, me aseguraré de que tenga el móvil en el bolsillo —le aseguró Diana—.

Connor soltó una carcajada, su melódica risa sirvió para rebajar la tensión en el ambiente.

—Yo haré que se acerque a la piscina —propuso Connor—. Me aseguraré de que el suelo esté mojado —

—Cortad el rollo —zanjó Oliver—. Y tú no las animes, que eres peor que ellas —

—Solo digo que te cubrimos las espaldas —le aclaró Connor—.

Diana hizo un gesto con su tenedor, indicando que secundaba lo que acababa de decir, y Oliver se mostró molesto.

—No voy a la guerra, lo primero. Y lo segundo, no estoy peleado con él —.

Sus hermanas no habían acabado.

—¿Tiene novio nuevo? También puede ser eso —preguntó Lara a Diana—.

Ella se encogió de hombros.

—No he visto nada por las redes sociales, lo habría puesto. Siempre hace lo mismo, pone la típica foto sujetando una mano... —.

—¿Podéis dejar el tema? —pidió Oliver—.

—Bueno, lo pondremos en pausa —accedió Diana—.

Connor decidió ayudarlo cambiando de tema.

—Diana, he oído que tu novio vendrá a la cena —.

La cara de la joven se iluminó, llevaba casi dos semanas sin verlo. Debido a que trabajaban en ciudades distintas solo podían verse un par de veces al mes.

—Sí, seguro que te cae bien, es muy divertido —.

Lara soltó el tenedor de mala manera sobre su plato.

—¿Podemos no hablar de novios? —.

Su hermano le dedicó una mirada acusatoria.

—No tienes problemas al hablar de eso cuando se trata de mi —.

—¿Habéis discutido? —quiso saber Connor—.

—Por centésima vez, han cortado —resumió su hermana—.

Lara le pegó un codazo a su hermana.

—¿Puedo contarle yo? —pidió—. Sí, lo he dejado. Era un gilipollas —

—¿Ya no os amabais? —preguntó el dios del amor. La palabra “amabais” sonó tan sincera y solemne que la joven guardó silencio durante unos instantes—.

—No creo que él estuviese enamorado —admitió a media voz—. O al menos no lo demostraba —

—Lo siento —le dijo Connor tocando su mano—.

—Da igual, como he dicho él se lo pierde —aclaró ella—. Hay más peces en el mar —

Connor se fijó en el aura que desprendía la joven, el amor que hubiese sentido no parecía muy intenso pues solo quedaban retazos. No tardaría en encontrar a otra persona en la que enfocar su atención y olvidarlo.

—Todos los peces están pillados o nadan en otra corriente...—soltó Diana, orgullosa por su ocurrencia—. Eh, eh —

La tarta parecía que no le había sentado demasiado bien a Oliver por lo que se levantó.

—Voy al baño —.

—Le pasa algo —dijo Lara en el momento en el que vio que se había alejado lo suficiente—.

—¿Tú sabes qué es lo que le pasa? —preguntó su hermana a Connor—.

No quería venderlo ante sus hermanas y traicionar su confianza, aunque estaba seguro de que ellas tenían las mejores intenciones para él.

—Parece ser una persona que piensa mucho las cosas, quizá solo es eso —contestó—.

—Es cierto que Oliver es muy introspectivo —admitió Diana—. Desde que era un niño pequeño —

—Pero el tema por excelencia es Sergio —señaló su hermana—.

—¿Qué pasa con Sergio? —preguntó Connor haciéndose un poco el loco—.

Miró a ambos lados para ver si su hermano estaba cerca, no quería hablar de aquello en su presencia, sabía que le sentaría mal.

—Oliver está enamorado de él desde los... ¿once años? —.

—Se mudó a los nueve, desde entonces —la corrigió su hermana—.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Connor—.

Lara bufó.

—Sergio es un impresentable —.

—Lara —le reprendió su hermana—. Hemos crecido juntos, es casi como de la familia. Y es un buen tío, pero no es bueno para mi hermano —

—Es un narcisista y un abusón, le encanta la atención que recibe de mi hermano pero no es suficiente para él, por que es insaciable. Por lo que lo tiene en la recámara solo por si acaso —desglósó Lara de forma concisa—.

—Como te oiga se va a enfadar —le advirtió Diana—.

—No parece buena persona —admitió Connor, jugar con el corazón de otro era algo serio para él—.

A Diana no le parecía bien cómo estaban pintando a Sergio, pese a que su hermana no hubiese dicho ninguna mentira. Pero al ser mayor que ellos los había visto crecer y sentía cierta necesidad de defenderlo.

—No es bueno para mi hermano, eso es todo —aclaró—.

—Oliver ama con todo el corazón, esas personas son el alimento perfecto para los narcisistas —comentó Connor—.

Aquella afirmación había dado en el clavo por completo, al menos para Lara.

—Sí —sentenció ella con total convicción—. Es exactamente eso, pero claro, a ver quién es el guapo que se lo mete en la cabeza a mi hermano—

—Calla, ahí viene —le advirtió Diana—.

Oliver se sentó en la mesa, aún le quedaba un poco de tarta pero no creía que pudiese tomársela.

—¿Queréis la tarta que me queda? —preguntó—. Estoy empachado —

—¡Yo sí! —dijo Lara—.

Poco antes de las ocho Connor subió a la habitación para avisarle de que su madre saldría un poco antes para ayudar a la madre de Sergio con los preparativos.

—¿Ha aparecido? —preguntó Oliver. Se encontraba de pie, mirando al vacío desde la ventana de su habitación—.

La gata de Connor no había dado señales de vida en todo el día, este no podía decirle que el pequeño búho blanco que descansaba en el tejado de la casa era ella y que estaba bien.

—No te preocupes, aparecerá antes de irnos —le aseguró Connor—. Ya sabes que es muy lista —

—Espero que sí —.

—¿En qué piensas? Y no me digas que en mi gata —.

—¿Y si lo dejo para otro día? No sé si tendré fuerza para tener esa conversación con él —preguntó—.

Connor se colocó a su lado, tras la ventana solo podía ver parte de la piscina. Esta se movía con calma.

—Puedes hacer lo que quieras —le aseguró Connor. Quizá se sentía obligado a hacerlo ya que era algo que ambos habían hablado y este había ido en calidad de “apoyo emocional”—. No soy la policía del amor, puedes hacer lo que quieras —

Dodo no pudo evitar soltar una carcajada desde fuera de la habitación, sin duda le recordaría aquella frase para el futuro.

—¿No te enfadarás? —quiso saber Oliver—.

—¿Cómo voy a enfadarme contigo? —respondió agarrando su mano. Era tan suave como lo había sido la noche anterior, cuando Dodo acarició su cara—.

Oliver notó como sus mejillas se sonrojaban por lo que no tardó en apartar la mirada en aras de que su interlocutor no lo notase.

—Te he hecho venir para nada —se lamentó Oliver—. Soy un desastre —

—No ha sido para nada, me hacía falta despejarme. Y además me ha gustado conocer a tu familia y ver Westfields —.

Soltó su mano y se alejó, estar tan cerca de Connor le estaba empezando a resultar

abrumador. No solo porque era terriblemente atractivo, no era de piedra, sino porque su presencia podía resultar apabullante. Era una sensación extraña pues no entendía a qué se debía, era como si una parte de su cerebro recibiese unos datos que no supiese leer y este se sobrecalentase.

—No es que no quiera decirle cómo me siento, sino que...—empezó a contarle—. Sé que va a acabar mal y ...—

—Te da miedo perderlo como amigo —.

—Sí, es eso —.

—Pero habéis crecido juntos, no va a dejar de ser tu amigo —.

—Eso no lo sabes —.

Tenía a su hermana Diana por una persona juiciosa, pese a que apenas la conocía, por lo que si ella decía que era un buen chico sería por algo.

—Quizá sea incómodo al principio pero a la larga será lo mejor —le aseguró—. Sobretudo para ti —

—Supongo —.

Había estado enamorado de Sergio desde siempre, ni siquiera recordaba cuando empezó a gustarle o cuando aceptó aquellos sentimientos. Una parte de su cerebro, la racional, le decía que renunciar a ese amor y pasar página era lo mejor que podía hacer. Sin embargo la parte irracional le gritaba que después de hacerlo no solo tendría el corazón roto sino que además sentiría un vacío en su interior.

Llevaba tanto tiempo enamorado de él que no sabía cómo sería cuando renunciase finalmente a ese sentimiento. Temía que ese vacío fuese peor que las dudas y la frustración por no poder tenerlo como quería.

—Y si...—empezó a decir Oliver—.

—¿Cuál es el peor escenario? —preguntó Connor—.

—Que me retire la palabra —.

—¿Cuando hablas con él? ¿Cuando os veis? —.

No solían verse mucho, Sergio siempre estaba ocupado con el trabajo y sus relaciones amorosas. Las amistades y la vida social también eran importantes para él, pero en ese aspecto Oliver no salía demasiado beneficiado.

—Soy idiota —admitió Oliver con los ojos vidriosos—. Es lo que soy —

Connor sintió su dolor, sentía la necesidad de protegerlo y de darle confort. Se acercó hasta él y lo abrazó.

—Si me abrazas así voy a llorar —le advirtió Oliver—.

—Pues hazlo, desahogate —.

—Te voy a manchar lo que seguro es una camiseta muy cara —.

—Me da igual la camiseta —.

Mantuvieron ese abrazo por un largo rato, hasta que Oliver se sintió con fuerzas de volver a mirarlo a la cara.

—¿Qué es? —preguntó Oliver, palpando algo tras su camisa—.

El estar abrazados había notado que Connor tenía algo colgando del cuello. Sin pensarlo dos veces metió la mano en su camisa y lo sacó, se trataba de algo que no había visto nunca antes. Una piedra de color granate con forma de corazón, unos finos hilos que parecían de oro lo sujetaban a una fino lazo de terciopelo negro.

Connor se sobresaltó cuando vio que la sujetaba entre sus dedos, jamás había permitido que nadie tocara aquella pertenencia. Mantener ese colgante en su cuello era tan importante

para él como lo era respirar para un mortal.

—Disculpa —se excusó Oliver al ver la expresión de su cara. Hacer y decir cosas sin pensar era uno de sus rasgos menos favoritos pero no podía evitarlo—.

—Es un regalo —le aseguró Connor con una sonrisa—. De mi madre —

—Es precioso, ¿qué tipo de piedra es? —

—Pues... no estoy seguro —mintió. No podía decirle que había sido forjado con magia—. Puede que un cuarzo —

—Es bonito —dijo de nuevo, había algo especial en él, podía sentirlo. Era extraño, nunca había tenido ese tipo de experiencia antes. Sentir que hay algo más allá de su entendimiento, algo invisible. Primero lo había sentido con Connor y ahora al tocar ese colgante—.

—Te regalaré uno parecido, ¿qué te parece? —

—No es necesario —le aseguró Oliver—. Mi cumpleaños fue hace dos meses —

—Entonces te lo regalaré un martes cualquiera —.

—Eres demasiado amable conmigo —.

La sonrisa despreocupada de Oliver lo tomó por sorpresa, le enternecía ver que era capaz de sonreírle en una situación de ese calibre, cuando estaba seguro que en ese momento solo sentía tristeza e incertidumbre.

Se paró un instante a hacer un poco de intranspección y concluyó que no estaba enamorado, le preocupaba que aquel creciente interés y preocupación significase que la visión de Dodo estaba por hacerse realidad. El amor lo era todo para él pero por un giro irónico del destino, el mundo parecía ponerse en contra de que su propio amor durase demasiado. Estaba destinado a disfrutar del amor de los demás pero no del suyo propio.

Enamorarse de Oliver no solo lo condenaría a él a otra tragedia amorosa, sino que el primero tampoco saldría bien parado. La muerte y la desdicha parecían enamorarse de las personas a las que amaba.

—Se lo diré, no gano nada engañándome y creyendo que un día se dará cuenta de que soy el hombre de su vida —soltó Oliver—.

Connor salió de su pequeña ensoñación, aquellas palabras le trajeron alegría, Oliver era demasiado bueno para estar sufriendo por un amor no correspondido durante toda su vida. Ya lo había hecho durante demasiados años.

—El amor es algo complejo, en ocasiones contradictorio... pero por mi experiencia, si alguien te trata como lo hace él. Nunca es amor —.

—Eres un experto en el amor —afirmó Oliver, era algo que le había asegurado Connor en una de sus conversaciones. Oírlo de sus labios hizo que sonriera, si tan solo él supiera hasta cuánto era cierta esa afirmación—. Si tú lo dices tienes que ser cierto —

El sonido de la puerta de la calle al cerrarse llamó su atención, su oído era mejor que el de cualquier humano. Y entonces recordó el motivo por el que había subido.

—Vine por que tu madre quería que supieses que se iba a ayudar a la madre de ese chico con los preparativos —le dijo Connor—. Me dijo que te lo dijese —

—Eso significa que en un rato iremos —dijo, seguido de un suspiro—. Prepárate para la atención de Sergio durante toda la cena —

Este sintió un pinchazo en el corazón, recordar cómo se comía a Connor con la mirada en su presencia no había sido agradable. Aunque si era justo no podía juzgarlo con demasiada dureza, Connor era un dios griego, aunque no supiese cómo de literal era aquel pensamiento.

—Me da igual su atención, tú tendrás la mía —le aseguró Connor con una brillante sonrisa—.

—Eso seguro que le saca de quicio —admitió Oliver entre risas—. Cuando pase de mi puedes pedirme salir, yo te diré que sí y se morirá de envidia —

—¿Quieres que me arrodille para pedírtelo? Podría encontrar un anillo y pedirte matrimonio —propuso—.

Oliver rompió a reír, aquella idea era tan loca como improbable.

—Bueno, si no te importa que piensen que eres gay. Y mi novio —añadió con prudencia. De nuevo había hablado sin pensar—. Cuando nos fuésemos le diría a mi hermanas que es mentira —le aseguró—

A los mortales les importa demasiado lo que la gente piensa de ellos y en parte no eran tan distintos de los dioses en ese aspecto, a estos les obsesionaba ser el objeto de devoción de los mortales.

—No me importa lo que piensen los demás —le aseguró él—. Solo me importa lo que pienses tú —

Oliver se encogió de hombros.

—Debe estar bien sentirse así, a mi sí me importa, demasiado. Y no te lo recomiendo, es agotador —.

Diana subió a llamarlos, tras pasar poco más de media hora era la única que quedaba en la casa. Abrió la puerta sin previo aviso, con la intención de pillarlos de in fraganti en caso de que en realidad fuesen pareja. Estaba casi segura de que no lo eran pero también que averiguar lo contrario le parecería maravilloso. Connor le parecía buena persona y su hermano necesitaba a alguien así en su vida.

—Chicos, me voy ya. ¿Venís? —preguntó ella—.

Connor descansaba en la silla del escritorio mientras ojeaba uno de los libros que tenía Oliver en su habitación y este revisaba el móvil para matar el tiempo.

—Sí, ya vamos —le dijo su hermano—.

—Mi novio estará allí, Connor, te lo presentaré apenas lleguemos —.

Este asintió.

—Me encantará conocerlo —.

Capítulo 9

Barbacoa

Dodo había estado observándolos, aún faltaban unas pocas horas para que fuese posible transformarse de nuevo en un gato por lo que tampoco tenía demasiado que hacer.

Las visiones que tenía sobre ambos solo indicaban que acabarían enamorándose y la forma en la que su amigo trataba a Oliver solo lo confirmaba. Aún no estaba preparada para abandonar sus intenciones de evitar que se enamorasen pero debía de pensar en el futuro, en qué sucedería después.

Connor le había contado muchas cosas con referencia a las dos ocasiones en las que se había enamorado, al principio barajó la idea de que alguien, un individuo, fuese el responsable de las dos desgracias que acontecieron en cada caso. Pero finalmente y tras años de escrutinio intensivo se rindió y asumió que no era otra cosa que el destino, el cual se oponía a que amase y fuese correspondido. Al menos no durante mucho tiempo.

Habían pasado más de dos mil años tranquilos, viviendo una vida relajada y sin preocupaciones, había conseguido la paz que tanto anhelaba para perderle de nuevo. Tan solo había bastado con que un frágil mortal se hubiese mudado a su edificio y este resultase estar enamorado de la forma más pura de un completo cretino.

Los padres de Sergio los recibieron con besos y abrazos, no solo se encontraba allí la familia de Oliver sino que también había más invitados.

El novio de Diana se mostró educado cuando ella se lo presentó a Connor, este podía ver que se sentía amenazado por su presencia. Él amaba a Diana pero al parecer era bastante inseguro.

—Ojalá pudiese elegir el destino pero por ahora mi jefe me quiere en Atlanta —dijo Timothy—.

—El año que viene me mudaré yo, qué remedio...—admitió Diana—. Aunque el clima allí no me guste demasiado —

El trabajo de Diana en una revista en Nueva York la retenía allí, habían acordado juntar dinero para poder comprarse una casa juntos en un par de años por lo que solo podían esperar.

Escuchar que alguien no podía disfrutar del amor por culpa de algo tan trivial como el dinero siempre ponía de mal humor a Connor, en parte porque él no entendía cómo el dinero afectaba en realidad a los mortales.

Poder ayudar y lo haría sentir mal, por lo que no pudo evitar ofrecerles su ayuda.

—¿Cuánto dinero necesitáis? Yo podría dároslo —propuso Connor—.

Diana se mostró sorprendida mientras que su pareja, Timothy se mostró molesto.

—No será necesario, puedo encargarme de nuestras necesidades —le aseguró—.

—Lo ha dicho sin pensar —se adelantó a decir Oliver—.

—Eres muy amable, Connor pero no podríamos aceptar tu dinero. Ni si quiera nos conocemos —le dijo Diana—.

—Pero podría ayudaros a iniciar vuestra vida juntos, a mi no me importa el dinero —.

Timothy interpretó aquello como una fanfarronada, no necesitaba oír cómo de rico era

aquel tipo.

—Connor es marchante de arte, gana mucho dinero —comentó Oliver—. Por eso no lo valora demasiado —

—Voy a por una bebida, cariño —anunció el novio de la joven, molesto—.

—Iré contigo —dijo ella, percatándose de su enfado—. Disculpádnos —

Oliver y él se quedaron solos, la expresión de Connor mostraba confusión. Los mortales necesitaban dinero pero no lo querían cuando él se los ofrecía, en el pasado los mortales eran más sencillos en ese aspecto. Si Connor les regalaba algo no dudaban en aceptarlo.

—No puedes ofrecerle dinero a la gente sin más —le explicó Oliver—. Has estado fuera de lugar —

—Pero a los m... —empezó diciendo, se detuvo cuando estuvo a punto de pronunciar la palabra “mortales”—. A mucha gente le gusta el dinero, no tiene nada de malo —

—Entiendo que se lo ofreces con buenas intenciones pero en este caso no van a aceptarlo. Ni siquiera lo han aceptado de mis padres —le contó—. Creo que a Timothy le ha ofendido que les ofrecieses dinero —

Su madre, una mujer ahorradora, tenía bastante dinero guardado en una de sus cuentas. Dinero que guardaba para situaciones de ese estilo, para ayudar a sus hijos a comprar una casa o por si surgía algún imprevisto. Ella fue la primera que le ofreció el dinero para pagar la entrada de una casa pero Diana lo rechazó. Esta no estaba en contra de recibir la ayuda de sus padres, al fin y al cabo pretendía devolvérselo en algún momento, pero su novio era muy receloso con el tema. Repetía una y otra vez que si tenían una casa era porque ellos mismos pudiesen pagarla.

Connor se mostró confuso y un poco molesto, como había dicho Oliver lo había hecho con buena intención.

—¿Debo pedir perdón? —preguntó—.

—Disculpate luego en privado con Timothy y ya está —.

—Bueno, eso haré...—aceptó—. ¿Tú también te ofendes si te ofrezco dinero? —

Oliver lo miró confuso, no sabía si bromeaba o lo decía totalmente en serio. En ocasiones era difícil entender su humor.

—Lo mejor será que no lo hagas porque lo aceptaré —bromeó—. Dejaré el trabajo y haré un viaje muy largo —

—¿A dónde quieres ir? —.

—España, Italia, Grecia... no lo sé —.

—¿Grecia? —.

Él asintió.

—Tu ciudad natal, sí. Siempre he querido ver el partenón —.

—Ya no queda mucho del partenón —admitió—. El tiempo no ha sido amable con él —

Oliver arrugó el entrecejo, recordaba que el partenón estaba en pie y pese a que no estaba completo se conservaba bastante bien, comparado con el resto de los edificios que quedaban. Lo que este no sabía es que Connor lo había conocido en toda su gloria, no solo el bello edificio que una vez fue, sino los frondosos jardines que lo rodeaban, las fuentes y el gran mercado que se desplegaba todos los días al salir el sol. Para él ya no quedaba nada, solo escombros.

—No sé yo...—.

—Ahí está —dijo Connor, señalando a Sergio. Este había salido a comprar algo para su madre a la tienda poco después de que saliese a saludar—.

El cuerpo de Oliver se tensó.

—Genial —soltó—.

—No estés nervioso —.

—Es fácil decirlo —.

—Tu tócate la nariz si quieres que tu hermana y yo lo tiremos a la piscina —le recordó—. Yo me aseguraré de que el suelo esté mojado —

—Quizá lo haga...—.

Sergio dejó lo que había comprado cerca de la mesa auxiliar que estaba usando su padre para dejar los útiles mientras cocinaba en la barbacoa y se acercó hasta ellos dos.

—Aquí estoy, chicos. ¿Me echabais de menos? —preguntó con una gran sonrisa—. Espero no haberos hecho esperar demasiado —

—Sobrevivimos sin ti —soltó Oliver—.

—¿No me echabas de menos? —preguntó poniendo una expresión triste—. ¿Y tú, Connor? —

—Yo no me he dado cuenta de que te habías ido —dijo—.

—Ouch, vale. Lo pilló —zanjó soltando una carcajada—. ¿Habéis comido ya algo? —

Connor había comido dos o tres hamburguesas, el padre de Sergio lo atendió antes que a nadie. Como era de esperar para Oliver les había caído bien instantáneamente.

—Yo espero a que tu padre haga más hamburguesas —comentó Oliver—.

—Siempre le han encantado las hamburguesas, cuando era pequeño se comió en una ocasión hasta cuatro. Lo que hizo que luego tuviese una diarrea terrible —le contó Sergio a Connor—.

Oliver se tapó la cara, muerto de vergüenza.

—Un buen recuerdo, sí señor —admitió—.

—Seguro que era adorable —comentó Connor—.

Sergio lo miró confuso, no había esperado aquel comentario.

—Sí lo era —admitió él—. Siempre con esos ricitos negros y las mejillas coloradas, llamándome para que jugase con él —

El afectado se cruzó de brazos.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —pidió—.

—¡No tienes que tener vergüenza! Estamos en familia —soltó Sergio, poniendo su mano sobre el hombro de Connor—.

Oliver no podía evitar ver el lenguaje corporal de Sergio con respecto a Connor, el hecho de que este último se mostrase poco receptivo ante este calmaba un poco su malestar.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó Connor a Oliver—.

—Otra cocaola —.

—¿A mi puedes traerme otra? —.

—No sé si voy a poder con todo —bromeó él, Sergio le había empezado a caer mal, no solo por las anécdotas que ridiculizaban a Oliver sino por el hecho de cómo trataba tocarlo con él delante. Como si no supiese lo que sentía por él—.

Al marcharse le hizo un gesto, dándole a entender que le daba espacio.

—¿Sois pareja o algo así? —preguntó rápidamente Sergio—. ¿Habéis... ya sabes? —

—No —contestó Oliver, quería añadir que Connor “ni siquiera es gay”, pero no lo hizo—. Y creo que no eres su tipo —

Aquello no solo ofendió a Sergio sino que se lo tomó como un reto personal, desde su punto de vista él podía conseguir a quien fuese y estaba seguro de que podría tentar a Connor de alguna forma.

—¿Estas seguro? Ya lo veremos —.

Oliver suspiró.

—Me gustaría hablar de algo contigo —le dijo, ni siquiera pensó antes de hablar. Por lo que ahora que lo había mencionado debía de hacerlo—.

—¿De qué se trata? —preguntó este con poco interés, mirando a Connor desde la distancia—.

—¿Podemos ir a un sitio más privado? —,

—¿En serio? —preguntó con desgana—.

—Sí —.

—Está bien...—aceptó—. Vayamos dentro —

Dodo se encontraba sobre un grueso cable, cerca de ellos. Los vio entrar en la casa, había estado pendiente a lo que decían desde que llegaron allí. Tenía la pequeña esperanza de que aquella conversación fuese bien y Oliver se alejase de Connor.

Un fútil pensamiento cruzó su mente, si tuviese alguna de las flecha de Connor en su posesión podría hacer que Sergio se enamorase de Oliver y esto haría que Connor se alejase de él. Estaba seguro de que su amigo no interferiría entre una pareja que se amaba pero no tenía tan seguro si se daría cuenta del ardid. Además, Connor no había fabricado una flecha en miles de años, así que tuvo que descartar aquel plan rápidamente.

Dodo ululó para llamar la atención de Connor, este se encontraba a medio camino, charlando con uno de los invitados. Se había percatado de que Oliver y Sergio habían entrado en casa y esperaba que no saliese de ella de mala manera.

—Bueno, vas a decirme ya qué pasa —le instó Sergio, había seguido a Oliver hasta el salón de su casa—.

—Quería hablar de algo —.

—Sí, ya lo has dicho —.

—Se trata de la última vez que...lo hicimos —comenzó a decirle. No era el tema principal, solo el último incidente, pero fue lo primero que salió de sus labios—.

Sergio soltó una carcajada.

—¿Te he dejado embarazada? —preguntó—.

La expresión seria de Oliver hizo que dejase de hacerlo.

—¿Qué? Estás poniéndome de mal humor —se quejó—.

—Actuás como si no hubiese pasado, ni siquiera me dejaste una nota al irte —.

—Oliver, no puedo creerme que quieras tener esta conversación aquí —contestó con incredulidad—.

Oliver se cruzó de brazos, tendría esa conversación en ese instante, no esperaría otro día más.

—¿Si no es aquí, donde? ¿Cuándo? —quiso saber.

—Eres un pelma, de verdad —soltó—. Sí, hice mal, ¿es lo que quieres oír? —

—No —mintió—.

Aquel había sido solo uno más de los feos desplantes que le había hecho a lo largo de los años.

—¿Entonces? —.

—¿Qué sientes por mí? —preguntó—.

Sergio se sentó en uno de los sofás individuales con hastío, odiaba tener ese tipo de conversaciones.

—Joder, tío...—.

—Es una simple pregunta, no es para que te pongas así —.

—Pues me importas, sí —dijo a regañadientes—.

Aquella respuesta era tan vaga como repetitiva, ya la había usado en las ultimas ocasiones en las que se había atrevido a hablar del tema.

—¿Crees que un día podrías verme como yo te veo? —quiso saber—.

—Ven, siéntate —le dijo tocando su regazo—.

Oliver no tenía ninguna intención de caer en aquel juego así que se sentó frente a él, sobre la mesita de té.

—Sé sincero —pidió—.

—Pues no lo sé —respondió. Otra de sus respuestas recurrentes—. Creía que querías tener sexo conmigo por eso lo hicimos, estuvo bien, ¿no? —

Lo estuvo, Oliver disfrutó, pero el sentimiento de soledad y desdén que tuvo al día siguiente cuando se encontró solo había hecho que no mereciese la pena.

—Sabes que estoy enamorado de ti desde hace mucho tiempo —le dijo—. Quizá lo haya estado desde que te conocí —

—Lo sé —soltó con altanería—. No eres muy sutil —

La sonrisa pícara que dibujó en su cara hizo que algo se rompiese dentro de él. Él era tan fácil de leer como un libro abierto, por lo que estaba seguro de que Sergio conocía sus sentimientos. Pero oírlo de sus labios era completamente distinto.

—¿Y si lo sabes porqué juegas conmigo? —quiso saber—.

—Tío, tú sí que sabes aguar una fiesta —se quejó, hizo el amago de levantarse pero Oliver se le adelantó e hizo que se volviese a sentar—.

—No he acabado de hablar —le dijo—. Sabes que estoy enamorado de ti, como de tu mano prácticamente desde hace...no sé, más de diez años. ¿No has pensado nunca en ser claro conmigo y dejarme pasar pagina? —

—Mira, yo no pienso como una tía. ¿Quién se pone a pensar en esas cosas? Yo qué sé, yo no agobio a nadie con mis sentimientos, me las apaño yo solo —.

Su falta de tacto no fue una sorpresa pero dada la circunstancia habría deseado que fuese un poco más empático.

—Si te importase lo más mínimo como dices lo habrías hecho —le reprochó—. Es cierto que soy responsable de mis propias decisiones pero has jugado conmigo todos estos años —

Era lo suficientemente encantador y atento cuando notaba que perdía interés y todo lo distante que quería cuando se aseguraba de que seguía ahí. Y lo peor era que Oliver no se había dado cuenta en ese momento, ya lo sabia, era inteligente para darse cuenta de esa triquiñuela narcisista e infantil pero no lo suficiente como para alejarse de él. Solo podía culparse a sí mismo.

—¿Ahora quieres que admita que soy un monstruo o algo así? —soltó Sergio—. Eres de lo que no hay, si lo llego a saber no me acuesto contigo aquel dichoso día —

—No, nada de eso. Solo quería hablar de esto contigo antes de pasar pagina —.

Aquella expresión hizo sonreír a Sergio, como si fuese un sueño inalcanzable para el enamorado de Oliver.

—¿Pasar pagina? ¿Y qué harás cuando te llame en la madrugada? —preguntó pagado

de sí mismo—.

Él y Sergio tenían algún que otro encuentro sexual en el pasado, sobretodo de madrugada, cuando el segundo se sentía festivo.

—Eres horrible —espetó Oliver, ya había tenido suficiente—. Borra mi número, no pienso volver a hablar contigo —

—Eso dices ahora, pero solo tendré que chasquear un dedo para que estés a mis pies —.

—Qué te jodan Sergio —.

Sentía un nudo en la garganta que estaba seguro que no podría retener por mucho tiempo así que decidió salir por la puerta delantera e irse a su casa. Él no lo siguió, ni siquiera le dedicó un “espera” o hizo amago de detenerlo.

Rompió a llorar en el momento en el que sacó la llave de su bolsillo en la puerta de su casa, tuvo que aclararse los ojos para poder encontrar la llave correcta.

La mano de Connor cogió el manito de llaves del suelo cuando estas se le resbalaron, sacó la llave y abrió la puerta con agilidad y presteza.

—Connor —soltó Oliver con alivio al ver que se trataba de él—. Eres tú —

—Te he visto salir corriendo —.

Él y Dodo habían estado escuchando tras la puerta principal de la casa, la más cercana al salón. La sangre del dios del amor hervía de frustración y enojo. Sergio había sido completamente despiadado con Oliver, había arrancado su corazón y lo había mordido solo por diversión. No existía peor persona para él que aquella que usa el poder que ejerce sobre alguien que lo ama y lo desprecia de esa forma.

—Ven —le indicó este abriendo sus brazos—.

Aquella oferta era tentadora, pero en ese momento no quería llorar sobre su hombro. Quería llorar a solas, gritar y maldecir su estupidez y al capullo con el que había tenido la mala suerte de enamorarse.

—Quiero estar solo —le dijo—. Disculpame —

—Estaré en el jardín para cuando acabes, comeremos helado entonces —.

Oliver asintió entre lagrimas, agradeciendo su tacto, pero no podía soltar otra palabra más. Subió las escaleras a toda velocidad y se encerró en su habitación.

Connor suspiró, deseó tener la habilidad de hacer que ese tipo de dolor desapareciese, pero no la tenía.

—Cómo está? —preguntó Dodo al posarse sobre su hombro—.

—Roto —.

—Bueno, sabíamos que era el escenario más probable...—comentó, al fijarse en su amigo vio que también lloraba—. ¿Estás llorando?! —

—Es muy doloroso —admitió en voz queda—. Ver cómo un amor tan puro se rompe en mil pedazos —

—Connor, necesitas mirar las cosas con perceptiva. Creo que la estás perdiendo —.

—No lo entiendes, lo siento en mi corazón, aquí dentro —dijo, señalando su pecho—. Su dolor —

Era el dios del amor, para bien o para mal. Dodo no sabía que era capaz de empatizar con el dolor de un corazón roto a ese nivel, aunque visto con perspectiva, si podía sentirse eufórico cuando sentía que alguien amaba de verdad. Sentir tristeza cuando alguien tenía el corazón roto era más que lógico.

—No voy a fingir que sé cómo se siente, hace tanto que yo no siento ese tipo de cosas

que ni lo recuerdo... —se lamentó ella—. Ojalá pudiese paliar ese dolor, es un buen chico —

—¿Debería castigarlo? —preguntó Connor con una seriedad que hizo que su amiga sintiese un escalofrío—.

—Tú no haces eso, Connor —le recordó con todo el tacto que pudo reunir—. Eres el dios del amor, no de la venganza —

—Siempre hay una primera vez para todo —respondió—. Dame una de tus plumas —
Esta saltó hacia atrás, esquivando su agarre.

—No —.

—Te la arrancaré a la fuerza, Dodo —.

Connor era capaz de hacer dos tipos de flechas, cada una de ellas con una habilidad específica, a grosso modo se dividían en dos grandes grupos. Las doradas con una pluma blanca de paloma en su extremo tenían el poder de enamorar, mientras que las de plomo con una pluma de búho en su extremo tenían el poder de suscitar odio o indiferencia.

—Estás fuera de sí, no te reconozco —se quejó su amiga—. ¿Vengar el amor no correspondido? Tú estas en contra de eso —dijo Dodo—. Además, ¿dónde vas a encontrar plomo? —

Connor se encogió de hombros, era capaz de oler el oro y el plomo con suma facilidad.

—Latas de comida, ¿crees que nací ayer? —.

—No, tú no eres así. Relájate y piensa las cosas con calma —.

El ave vio cómo este se abalanzaba hacia ella en una visión así que saltó y voló hasta salir de la casa y luego se elevó lo suficientemente lejos de él en el aire. Connor la siguió hasta la parte trasera, molesto por su negativa.

—Volveré cuando te relajes —le dijo ella—.

—Si no me vas a dar una pluma no vuelvas —.

Las palabras de Connor hicieron daño a su amiga, él nunca la había tratado de esa forma. Habían bromeado infinidad de veces con separarse el uno del otro pero nunca le había dicho algo de ese calibre, con esa expresión en su cara.

—Si puedes sentir mi corazón sabrás que me has hecho daño —le informó ella, y emprendió el vuelo lejos de allí—.

Este se sentó en una de las sillas de plástico del jardín de Oliver, todavía doliente por los sentimientos de Oliver y ahora arrepentido por haber sido mezquino con su amiga.

—Puedo sentirlo, puedo sentirlo todo... —dijo llevándose las manos a la cara—.

Capítulo 10

Una cena

Connor lo esperó sentado en aquella silla de plástico pero no apareció, de hecho se quedó allí hasta que el sol empezó a salir por el horizonte. En algún momento vio cómo Dodo volvía para sumergirse en la piscina, y salía convertida de nuevo en un elegante y esbelto gato de pelo blanco.

Esta no le dirigió ni una sola palabra, saltó sobre la casa y se alejó de su vista.

—Estás aquí —soltó Oliver, sus ojos estaban colorados—.

Lo había buscado como un loco por toda la casa al despertarse.

—Te dije que te esperaba —le recordó Connor con una sonrisa triste—.

—Yo... —.

No entendía porqué no había subido a su habitación a dormir, cómo había estado a solas en la parte trasera de su casa mientras él descansaba en una cama.

—¿Soy un amigo horrible, no? —.

—No —.

Se prometió que intentaría compensarlo de alguna forma, invitarlo a una buena cena o hacer algo divertido con él.

—Voy a despedirme de mi madre mientras está en la cama, ¿te importa que salgamos ya? —preguntó Oliver—.

—Como quieras, estoy listo —.

—Gracias —.

Oliver aprovechó que su madre se encontraba medio dormida y en una habitación oscura para darle un beso antes de salir y fingir que había surgido una emergencia en el trabajo. Una mentira tan grande como una casa.

Esta se quejó un poco pero su hijo le dio un par de besos y le aseguró que no tardaría en volver a visitarla.

El camino de vuelta a casa no fue tan divertido como el primero, Oliver estuvo relajado, intentando abstraerse con las vistas del paisaje para no pensar en nada. Dodo descansaba en uno de los asientos traseros y Connor conducía sintiendo el corazón roto de Oliver y el peso de la decepción de su amiga.

—¿Paramos para comer algo? —propuso Connor—. Los perritos de la gasolinera son los mejores —

—No tengo mucha hambre —.

—Pero no puedo comer yo solo —.

Connor le dedicó un puchero teatral.

—Vale, me comeré uno —aceptó, más por complacerlo que por otra cosa—.

—¿Tú quieres algo, Dodo? —.

La gata se limitó a girarse, dándole la espalda.

—Parece que no —.

Los intentos de aligerar el humor de sus dos acompañantes no parecían tener efecto así que acabó por rendirse, condujo sin abrir la boca hasta Manhattan y devolvió el coche a su

aparcamiento privado.

—Estaré arriba si me necesitas —le aseguró Connor en la puerta de la casa de Oliver—. Lo que sea —

Oliver tiró de su maleta y la metió dentro de su casa, lo único que quería era dormir una semana entera. Y por desgracia el día siguiente era lunes y tendría que volver a su puesto de trabajo, donde tendría que ver a Sergio cara a cara de nuevo.

—Eres genial, de verdad. Siento que no hayas dormido nada por mi culpa —.

—Puedo dormirme donde sea, descansé un poco —mintió—.

—Hasta otro día —.

—Sí, descansa —.

Era el primer viaje que habían hecho fuera de casa y a la vez la primera vez que se enfadaban en serio en uno con el otro. A la tarde del día siguiente Connor se cansó de que su amiga lo ignorase.

—¿Vas a ignorarme todo el día? —quiso saber—.

—¿Vas a disculparte por haber sido un gilipollas conmigo? —.

Él se cruzó de brazos, se conocían lo suficiente como para poder entenderse, se encontraba en una situación tensa y ese fue el único motivo de sus palabras.

—Lo siento, ¿vale?! —se excusó—. Estaba muy enfadado y no sé qué me pasó, sabes que te quiero. Eres mi mejor amiga —

Sus palabras hicieron que el enfado de Dodo se evaporase por completo, él también era su mejor amigo, el único.

—¿Aún sigues queriendo jugar a los vengadores? —preguntó ella—.

Connor quería ver cómo Sergio lloraba lágrimas de sangre, hecho insólito para él pues no solía tener emociones negativas, y menos de esa índole. Pero había aclarado su mente, nada bueno saldría de aquello.

—No le haré nada —le aseguró—.

—Bien —.

—¿Me perdonas entonces? —.

—Sí, pero la próxima vez que digas algo así te haré caso y me iré —.

—¡Dodo! Sabes que no lo dije en serio —.

Ella saltó sobre la encimera de la cocina, para poder hablar mejor con él.

—Quizá se te haya olvidado después de todos estos años del hecho de que soy una persona, no un animal. Esta es solo una forma adoptada —le dijo ella—.

—No digas esas cosas que me vas a poner triste, claro que sé que eres una persona —.

—Bueno, olvidémoslo —.

—¿Un abrazo de reconciliación? —propuso con los brazos abiertos—.

—Abrázate el culo —.

Connor empezó a reírse, pero entonces pasó algo que no había previsto. Dodo pegó un alarido, uno tan fuerte que le puso los pelos de punta. Y luego se desmayó, cayendo de la mesa al suelo como un muñeco de trapo.

Esta desesperó durante casi dos horas, un tiempo que pareció eterno para su amigo. Este no sabía a quién acudir, Dodo respiraba pero no parecía volver en sí. Ella era inmortal, al igual que él, no podían morir simplemente de un desmayo, un infarto o cualquier cosa por el estilo.

Para cuando Dodo abrió los ojos Connor se había llegado a plantear el regresar a Grecia con su madre, pedirle que encontrase a alguien con el don de curar para poder

ayudarla.

—¿Estás bien? —preguntó—.

La tenía entre sus brazos.

—Déjame en el sofá —pidió—.

Se encontraban en el salón, Connor la había tenido entre sus brazos durante todo el tiempo que estuvo dormida. Dodo no era muy fanática del contacto físico por lo que él entendió su petición.

—Creo que sí, estoy bien —le dijo ella, la cabeza aun le daba vueltas—.

—Me has dado un susto de muerte. No sabía a quien acudir, ninfas, dioses, un unicornio, un veterinario...—.

—Ninguno de ellos te habría ayudado, bueno, quizás el veterinario —.

—Estaba a punto de plantarme en la morada de Apolo y suplicarle que te curase —.

Ella sonrió, sabía que no lo decía a la ligera.

—Apolo te odia... —le recordó—. Y su hermana más —

—Sí, todo el mundo odia a Cupido —soltó aburrido—.

—Si te sirve de consuelo yo tampoco tengo muchos amigos —le dijo ella—. Y yo no te odio —

Él le sonrió.

—Tú no. Eso te hace la más especial —reconoció—. Ahora dime qué ha pasado, te has desplomado de repente —

—Algo muy malo se acerca —afirmó, una pequeña lágrima se escapó de su ojo. Ese algo tenía que ver con Connor—.

—Me estas asustando —.

El poder de Dodo era limitado y tenía algunas restricciones, cuando tenía una visión de algo que sucedería con certeza en el futuro no podía revelar con naturalidad lo que había visto. En su lugar tenía que expresarlo de forma críptica, limitación que pretendía evitar el abuso de sus visiones. Para ella y para otros.

—”La contraparte arrastrará su espada de venganza y la levantará en favor del toro, la sangre del culpable se derramará bajo los pies del satélite de Venus. El dolor romperá al dos veces roto y este encontrará su destino en las manos del ladrón de la flor más valiosa” —recitó ella—.

Él intentó darle sentido a sus palabras pero no era capaz.

—¡No entiendo nada! —.

—Ojalá pudiese explicarte con precisión lo que he visto, Connor —se lamentó ella—.

—¿Entonces qué sugieres que hagamos? ¿Hacemos las maletas? —preguntó con preocupación—.

—Mi poder hace imposible que hable con libertad de las visiones transcendentales, ¿me entiendes? —.

Entendió que trataba de explicarle algo que no podía decirle. Aquella revelación lo tomó de improviso, siempre había pensado que expresaba algunas de sus visiones de forma crítica por hacerle la puñeta o por alguna costumbre de los oráculos.

—Sí, no puedes decírmelo —repitió—. Transcendentales, eso quiere decir que esta lo es —

—No puedo hablar de ello —repitió, dando a entender que así era—.

—Y el protagonista es Toro —.

—Los protagonistas de mis visiones no pueden oírlas. Los protagonistas —repitió de

nuevo—.

Connor intentaba unir las piezas, rellenar los huecos.

—Hay más de una persona implicada, y si yo no puedo oírla significa que también lo estoy —concluyó—.

Ella se quedó muy quieta, no podía afirmar o negar con la cabeza.

—Bien, o sea que hay tres personas implicadas, Toro, la contraparte y yo —.

—”... del ladrón de la flor más valiosa.”—añadió ella—.

—Cuatro. Vale, entendido. La visión habla de cuatro individuos, uno de ellos soy yo —resumió. El pesar de Dodo era capaz de devorar sus nervios, nunca la había visto tan asustada—. Saldremos de esta, siempre lo hacemos. No te preocupes —

Connor pasó el resto de la noche repasando una y otra vez la visión de Dodo, la había escrito en la pequeña hoja de un cuaderno. Decidió empezar por descubrir quienes eran los otros tres implicados, de esa forma las palabras podrían cobrar un sentido, pero por más que le daba vueltas no podía discernir quiénes eran.

—La contraparte... ¿la contraparte de quién? ¿Del centauro? —se preguntó. Una de sus hipótesis era que la palabra “toro” se refería a un centauro, aunque estaba un poco cogida con pinzas—. La contraparte del centauro sería el opuesto a él, ¿qué es lo opuesto a un centauro? —

Dodo no podía participar en aquella lluvia de ideas, le era físicamente imposible, cada vez que intentaba afirmar o desmentir algo su cuerpo se quedaba rígido y el dolor de cabeza asomaba sus orejas.

—Me duele la cabeza —soltó ella—.

—¿Un dolor sobrenatural? —.

—No lo sé —.

—¿Quieres que vaya a una farmacia? —.

Nunca había necesitado consumir medicinas, no tras convertirse en un oráculo, así que no sabía qué efecto tendría sobre ella.

—Por probar...—.

—Bueno, ahora vengo —.

Oliver pasó el resto de la semana en casa, el lunes se levantó, se vistió y estuvo a punto de salir camino al trabajo, pero no pudo. Llamó para pedir un día de asuntos propios y se quedó en casa. El martes repitió el proceso pero tampoco fue capaz de ir, el miércoles pidió tener una reunión con recursos humanos para pedir el traslado a la biblioteca de la universidad. En una ocasión había oído a uno de sus compañeros hablar sobre esa posibilidad, intercambiar un puesto de trabajo por otro dentro de la misma universidad.

La mujer que la atendió en recursos humanos le hizo muchas preguntas incómodas sobre el motivo por el que quería cambiar de puesto de trabajo, por la expresión de desasosiego que le transmitió debió entender que había sido acosado sexualmente o había sufrido algún tipo de trauma similar. Oliver le aseguró que el motivo era que se encontraba en un momento delicado mentalmente y que trabajar en un lugar donde no tuviese que lidiar con la gente le beneficiaría.

La proposición quedó marcada y recibiría el veredicto en unos pocos días. No sabía qué temía en concreto sobre ver a Sergio, ver cómo hacía como que no pasaba nada o que lo ignorase y fingiese que no existía. Ninguna de las dos le traería paz mental y eso era lo que más necesitaba en esos momentos.

El viernes se cruzó con Connor en el pasillo del portal del edificio, había estado

evitando sus mensajes y sus llamadas, pese a que agradecía su interés no quería que lo viese en ese estado.

—Oliver —soltó al verlo—.

Este se sintió mal al ver cómo se iluminaba su cara al verlo, lo había estado ignorando a propósito.

—Hola, ¿qué tal? —.

—Me alegra mucho verte —.

—Estoy bien —contestó sin pensar, quizá suponiendo que aquella iba a ser la primera cosa que le dijese—.

Connor había empezado a pasar gran parte de su tiempo fuera del edificio, era difícil no sentir el aura que emanaba Oliver, su casa se encontraba tan solo a unos pocos metros de la suya. Y pese a que se preocupaba por él, había decidido respetar su espacio. Aquel encuentro sí había sido fortuito.

—¿Comes bien? —preguntó—.

Su aspecto era terrible, para empezar siempre había pesado lo justo, no alimentarse bien durante una semana era notable en su cuerpo.

—No mucho —admitió, no tenía ganas de mentir—.

—Te haré la cena esta noche —dijo rápidamente, aunque la presión de su corazón roto podría ser demasiado pesada para él, sobretodo si estaban solos en una misma casa—. O podemos salir a cenar fuera —

—No tengo ganas —.

—Me lo debes —le recordó—.

Sospechaba que la única forma de hacerlo salir de su casa y que comiese era apelando a su sentido de la honradez y a su amabilidad, por lo que recordarle que le debía una era la mejor opción.

—Sí, te lo debo —admitió—. ¿No vas a aceptar un no por respuesta verdad? —

—No —.

—Está bien, ¿me recoges a las nueve? —.

—Allí estaré —.

Connor escogió un restaurante bonito y poco atestado, alejado de los lugares más céntricos de Manhattan, previó que Oliver se sentiría mejor al saber que no se encontraría con nadie conocido.

El ánimo de este fue mejorando durante la cena, charlaron sobre todo tipo de temas, series, películas, libros y coincidieron en su amor por la literatura anglosajona del siglo dieciséis, así como el siglo de otro español al otro lado del charco. Connor lo sorprendió recitándole de memoria la primera página del tan famoso libro de Miguel de Cervantes, “Don Quijote de la Mancha”.

Y sin previo aviso acabaron hablando sobre mitología griega, un tema curioso pues nadie sabía más de mitología que uno de los vástagos de la misma.

—Yo solo digo que si existiesen nos daríamos cuenta —señaló Oliver—. Son todo cuentos, bonitos pero cuentos —

Connor propuso la brillante teoría de que aquellos dioses de la mitología se podían encontrar entre nosotros, viviendo una vida y un trabajo relativamente normal. Como era su caso, más o menos.

—¡Pero qué visión de la vida más sesgada tienes! No todo lo que no vemos no existe, ¿has estado en el Taj mahal? —.

—No —.

—Pero existe —.

—¡Lo he visto en fotos! La gente va todo el tiempo de viaje a la India para verlo —.

—¡Eso no significa nada! Casi nadie va a ver al sapo de tres cabezas en Whichita, pero existe —.

Oliver hizo un gesto de extrañeza seguido de una sonora carcajada.

—Si vas a intentar hacerme creer que los dioses de la mitología griega son reales tendrás que usar argumentos más validos —.

No podía decirle que el argumento más valido que tenia a su favor era su mismísima existencia, a menos de un metro de sus narices.

—Quizá lo haga —soltó—. Cuando los piense —

—Bien, me gustará oírlos —.

Aquella cena improvisada y a la que Oliver fue por compromiso resultó en un inesperada brisa de aire fresco para su corazón herido.

—Tenemos que repetir —soltó Connor al llegar a la puerta de la casa de Oliver, ambos se miraron, sendas sonrisas se dibujaron en sus caras—.

—Pero nada de carne a la barbacoa, he comido tanto que no voy a poder dormir hoy —.

La sonrisa de Oliver hizo que el humor de Connor se elevase aún más, esa sonrisa se dibujaba gracias a él, hecho que le llenaba de alegría.

—Conozco el sitio ideal, te llevaré mañana —prometió—.

Capítulo 11

Un encuentro fortuito

Connor y Oliver cenaron juntos desde aquella noche durante más de dos semanas. Y poco a poco acabaron conociéndose y atribuyéndose el título de amigo el uno al otro. Para ese punto Dodo estaba tan absorta en las consecuencias de su visión y en qué podría hacer ella para remediar lo que estaba por suceder que ni siquiera tenía tiempo de entrometerse en el futuro amoroso de su amigo. Este era inevitable, pese a que el implicado asegurase con total sinceridad que no estaba enamorado, que solo había hecho un buen amigo.

Oliver se encontró en principio con la negativa en cuanto a la petición de cambio de puesto de trabajo que hizo en recursos humanos, en la universidad donde trabajaba. La asesora se aseguró que si no volvía en un periodo de tres días a su puesto regular de trabajo lo despedirán, pero al día siguiente recibió otra llamada en la que le aseguraron que el cambio de puesto había sido efectivo. Así que se quedó con la incógnita de saber qué había sucedido de un día para otro para que le hubiesen concedido el cambio. No solía tener suerte, aquel giro sin duda fue inesperado.

El puesto que le habían concedido era incluso mejor que el que había solicitado, se encargaría de informatizar una interminable sección de libros y convertirlos en formato digital. No había estudiado una dificultísima carrera de matemáticas para eso, pero no tenía ninguna pega. En la pequeña oficina en la que trabajaba no tendría que ver a nadie, estaría solo la mayor parte del tiempo.

El dios del amor había dejado de salir con tanta frecuencia de casa, el dolor de Oliver había empezado a menguar y sus salidas a cenar habían resultado en una excelente vía de escape para dejar de pensar en lo que se avecinaba. La visión de Dodo en sí misma era un enigma para él, no lograba discernir quiénes eran los otros tres individuos de los que hablaba así que tras dos semanas seguía atascado.

Hizo introspección a niveles inhumanos, no recordaba haber hecho enfadar a un centauro, de hecho había hecho posible su existencia, él disparó una flecha de amor a Ixión y Néfele, haciendo posible que esta criatura existiese en primer lugar. Después de aquel incidente no oyó ninguna queja por parte de ninguno de los dos implicados, así que no le cuadraba. Lo único en lo que podía pensar era que alguno de sus descendientes odiase su naturaleza y culpase a Cupido de aquella unión. Pero para más inri, estaba seguro que nadie sabía su implicación en el asunto.

“La contraparte” a la que se refería en la visión portaba una espada y pretendía usarla para vengarse, en ese caso sí que podía ser cualquier persona que tuviese cuentas pendientes con él, por lo que la lista era muy larga. Y la espada no le decía nada, era el arma por excelencia de dioses, semidioses, y criaturas varias de la época de la que provenía.

Y en cuanto a la última parte, “el dos veces roto encontrará su destino en las manos del ladrón de la flor más valiosa”, esa parte creía que se trataba de él. Las dos veces que mencionaba debían de referirse a las dos ocasiones en las que le rompieron el corazón. Pero desconocía quien era el “ladrón de flores”, llegó a la conclusión de que esa persona podía estar relacionada con el presente pues en su época nadie robaba flores. Grecia estaba

rodeada de flores y plantas.

—¿Cómo me quedan estos vaqueros? Hacen juego con estos zapatos o me los cambio? —le preguntó Connor a su amiga—.

La gata miraba la calle, intentando ver algo que detonase algún tipo de visión en ella, por pequeña que fuese. No podía salir de casa demasiado tiempo, el dolor de su cabeza no había desaparecido del todo desde aquella visión y necesitaba pastillas para rebajarlo. Por fortuna cuatro pastillas del antiinflamatorio más fuerte lograban calmarlo significativamente durante unas pocas horas.

—Bien —soltó ella sin mirarlo más de un segundo—.

—¿Pero me los cambio o no? —.

—¿Vas a salir de nuevo? —.

—Sí, ¿quieres venir? —.

—Ten cuidado, ten los ojos abiertos y no hagas nada para destacar —.

—Mi belleza destaca por sí sola —bromeó él, pero al ver que no estaba de humor solo asintió con la cabeza—. Tendré cuidado —

Ella se giró para verlo mejor.

—Sigo pensando en la visión, no creas que se me ha olvidado. Salir en la noche me viene bien para despejarme —le aseguró él—.

Era una excusa que no le había pedido, lo sabía.

—¿El dolor del chico te resulta más tolerable? —preguntó ella—. ¿Él está mejor? —

—La mayoría del tiempo sí —admitió—. Aunque no deja de ser... lo que es —

Dodo asintió y dirigió su mirada de nuevo a la calle, seguía oyendo a su amigo llorar en la noche así que no estaba seguro de cómo de cierta era aquella afirmación.

—Te traeré algo rico —le aseguró Connor—.

—Vale —.

Connor se acercó y besó su cabeza, sabía que no le gustaba demasiado el contacto físico pero le salió del alma.

—Sé que estas así porque estas preocupada por mi, pero no tengas pena, ¿somos inmortales no? Somos duros de roer —.

—Hay destinos peores que la muerte, eso lo sabes —.

Se le ocurrían unos pocos, los dioses habían tenido una buena inventiva con respecto a los castigos, algunos de ellos eternos. Sin hacer demasiada memoria recordaba a Prometeo, encadenado a una montaña donde un ave devoraba su hígado diariamente. Y a Atlas, un titán que había sido condenado a sostener la bóveda celeste por toda la eternidad.

—Sí —respondió amargamente—.

Había conseguido borrar la sonrisa de su cara, lo cual hizo que se instalase en ella un sentimiento de culpa.

—Voy a cambiar de aspecto, al de un ave —le comentó, cambiando de tema—.

Había pensado que volando recorrería con más presteza y seguridad la ciudad.

—¿Un búho de nuevo? —.

—O una paloma, un animal que vuele, aún no lo he decidido —.

—Bueno, si crees que es buena idea...—.

Le preocupaba que la dosis de medicación que tomaba le afectase de distinta forma al ser un ave pero en ese caso el único problema sería esperar veinticuatro horas y cambiar de nuevo.

—Pasalo bien y no vuelvas tarde —dijo ella zanjando el tema—.

—Vale, no lo haré —.

Bajó las escaleras con calma, intentando deshacer el mal humor que se había acumulado en su mente tras pensar en aquellas situaciones tan catastróficas.

—Marisco en el puerto de Nueva York y helado de tienda de veinticuatro horas en sus sucias calles —propuso Connor cuando su nuevo amigo abrió la puerta, este ya estaba vestido y preparado para salir—.

Oliver soltó una carcajada, habían creado un sistema en el que cada uno elegía una noche el lugar donde cenaban y la otra persona se encargaba de pagar, aunque Connor siempre acababa adelantándose y pagaba él.

—Es una oferta difícil de rechazar —.

El lugar resultó ser muy agradable, había buen ambiente y estaba lleno de gente joven, comiendo y bebiendo.

Connor y Oliver hablaban acaloradamente sobre muchas cosas, el primer era muy intenso y el segundo se perdía en aquella pasión. La conversación que tenían había derivado en “parejas legendarias” de la literatura, series y películas de cine, un tema que apasionaba al dios del amor. A Oliver le parecía encantador la forma tan intensa en la que explicaba punto por punto porqué en su opinión una era mejor que la otra.

—Te aseguro que la pareja predestinada para Buffy era Ángel, estaba escrito —le dijo Connor—. Y yo sé del amor —

Las series de los noventa y los dos mil eran un nicho que los maravillaba, Oliver tendía a irse más a la ciencia ficción y Connor al drama romántico pero se encontraban en el camino entre ambos.

—¡Pero cómo va a ser eso! Ni siquiera podían acostarse —.

—Bueno, pero el sexo no lo es todo, solo es un complemento más —.

—Como experto en el amor creo que no estas en lo cierto...—le dijo—. Ese titulo te está quedando grande...—

—¡Soy un experto en el amor, por eso tienes que hacerme caso! —le dijo ofendido—.

—¿Y qué me dices de Spike? Él la quería también y podían acostarse entre ellos —le recordó—. Hacían muy buena pareja —

—Él la quería a ella pero ella no lo quería a él, una historia de amor solo puede ser épica si ambos se quieren de la forma más pura —dijo solemne—.

Pese a que pasaban la mayor parte de su tiempo libre juntos y Oliver estaba más que habituado a la forma de hablar de su amigo, seguía teniendo la capacidad de conmovirlo con sus palabras.

—Ahí has sonado como un experto en el amor, si señor —admitió—. Aunque sigo pensando que Spike era mejor para ella —

Connor resopló cómicamente ofendido.

—Dejemos el tema entonces antes de que digamos algo de lo que nos arrepintamos —.

—Eh, pero coincidimos en que Tara y Willow eran una pareja maravillosa —.

—Sí, ahí sí. Lo eran, pero como siempre la muerte tiene que meter sus manazas en el asunto...—.

—Qué intenso eres —se burló Oliver, y se echó a reír—. ¿Postre mientras paseamos? —

—Sí, creo que quieren cerrar, el camarero me está mirando de mal humor desde hace rato —.

—Esta vez pago yo, eh —dijo levantándose para pagar—.

—Ya he pagado —.

La cara de Oliver fue un cuadro.

—¿Cuándo?! Es imposible —.

—Cuando te levantaste a por agua —.

—Si solo fue un segundo —.

—Vayámonos antes de que nos echen —dijo cambiando de tema—. No quiero tener que pelearme con nadie —

Compraron dos conos de chocolate en una pequeña tienda en el puerto y pasearon tranquilamente mientras se lo comían. Había mucha más gente que hacia lo mismo que ellos, al parecer aquel lugar era un punto de encuentro ideal para parejas enamoradas por que Connor podía sentir mucho sentimientos románticos a su alrededor.

—¿Todo bien en la universidad? —preguntó—.

Solían tocar los temas más complicados al acabar la noche, antes de irse a casa.

—Ah, sí. Es un trabajo muy tranquilo —.

—Eso está bien —.

—No lo he visto y tampoco me ha intentado hablar...—comentó, hizo que sonase casual pero su aura destelló, lo que hizo que su propio corazón se saltase un latido. El aura que una vez se veía tan roja como el vino y tan brillante como el oro se había transformado en una fracturada nube gris. Esta había menguado y desaparecía en algunas ocasiones pero no se iba nunca del todo—.

Saber que no había tratado ni de disculparse enfadaba sobremanera a Connor, no le importaba lo que dijese los demás, para él era una terrible persona.

—Qué cretino —soltó—.

—Es lo mejor —dijo Oliver—. Y tú, ¿estás más tranquilo? —

Su pregunta lo tomó de improviso.

—¿Yo? ¿Estoy nervioso? —.

—En ocasiones parece que tienes algo en la cabeza que te preocupa, lo ocultas muy bien la mayoría del tiempo pero me he dado cuenta —.

No podía decirle que una visión catastrófica del futuro lo acechaba a la vuelta de la esquina, pero no quería mentirle tampoco.

—Eres muy observador, eso te lo concedo —admitió—.

—Siempre he tenido una vista excelente —bromeó—. ¿De qué se trata? —

Se encogió de hombros.

—Es algo personal —.

—¿No confiás en mi? —.

—Sí, confío en ti —le aseguró—. Bueno, estoy preocupado por el futuro, no sé qué será de mi en un mes o dos meses, ¿entiendes? —

Aquella información era tan vaga como cierta, no sabía qué le sucedería en una semana, ni siquiera si seguiría viviendo en la misma ciudad.

—Te entiendo, tienes una crisis existencial —.

—Algo así —.

—¿Es por el trabajo? —.

—No, eso no me preocupa. Es más bien en general —.

—Bueno, cuando estés preparado para hablar de aquello solo tienes que decírmelo —

Cuando sus miradas se cruzaban el tiempo parecía ralentizarse unos instantes.

—Vale, gracias —.

—No hay de qué, para eso están los amigos —.

—¿Los amigos compran bebidas energéticas a sus amigos? —.

—¿En serio? —.

—¡Necesito energía! —se quejó—.

—Te has bebido ya una —le recordó, la había comprado con el helado—. Espera aquí, iré a comprarla —

—¿Tú solo? —.

—¿Me comerá el lobo? —.

Connor examinó cómicamente la sudadera que llevaba, tenía una capucha pero era de color verde.

—¿Eres caperucita roja? —preguntó—.

Oliver soltó una carcajada, una larga y profunda, a esas horas de la noche el sueño empezaba a ganarle terreno y su risa se volvía más fácil.

—No, soy caperucita verde —.

—Entonces estarás a salvo, a esa nunca le pasó nada malo —afirmó Connor muy serio—. Los lobos no se cruzaban en su camino porque sabía Kárate y tenía una salud de hierro —

—¿La conociste? —preguntó siguiéndole el rollo—.

—Sí, abrió una licorería al norte de Nueva York. Ahora está forrada —.

—Qué tonto eres, esperame, no tardo —.

El paisaje y la gente que lo llenaba nutría a Connor y hacía que su humor volase sobre los cielos, rozando la euforia. Era la primera vez que iba al puerto en la noche pero estaba seguro de que no sería la última, irían de nuevo a aquella marisquería.

Una alarma saltó en la cabeza del dios, su sonrisa desapareció y la sustituyó una mueca y un ceño fruncido. Miró hacia todos lados pero no vio nada raro, todo parecía normal a simple vista.

Sacó el móvil y llamó a Dodo, tenía un teléfono en casa con teclas grandes, para comunicarse entre ellos en caso de emergencias. Esperó pero no se lo cogió, lo volvió a intentar en otra ocasión pero obtuvo el mismo resultado.

Intentó tranquilizarse, quizá había salido a sobrevolar la ciudad como le había dicho y por eso no contestaba. Si hubiese visto algo malo tendría algún mensaje y su buzón de llamadas estaba vacío.

Un sonido sordo llamó su atención, algo difícil de ser percibido por un mortal pero que era fácilmente él era capaz de sentir. Una especie de vibración de poder en el aire, la tierra o el mar. Se encontraba cerca de esos tres lugares por lo que no sabía de dónde venía exactamente.

—Hey —soltó Oliver frente a él—.

Este se sobresaltó al verlo allí, no lo había oído llegar.

—Qué susto me has dado —.

—Estás pálido, parece que has visto un fantasma —observó—.

—Es la energía —bromeó él—. Sin ella me pongo todo pálido y me vengo abajo —

—Pero qué tonterías dices, ¿seguimos caminando? —.

No se sentía capaz de caminar con Oliver y fingir que no estaba en alerta, era demasiado perspicaz.

—No, me siento un poco pesado. Deberíamos volver —propuso—.

—Ah, sí, claro —dijo su amigo—. ¿El coche está por allí? —preguntó señalando el

este—

—Sí — .

Habían aparcado el coche en un aparcamiento privado al aire libre, uno que no había sido barato.

—Connor —soltó Oliver antes de entrar al vehículo—.

—¿Qué? —soltó con expresión de terror—.

—Te han rallado el coche —.

Miró a ambos lados, no había nadie cerca. Algún gracioso había dibujado un corazón con una llave con algún objeto punzante en la puerta del copiloto.

—Joder, qué susto me has dado. Sube —.

—¿No vas a mirarlo? —.

Su coche era muy valioso para él pero al final del día era solo un objeto, tenía cosas mejores en las que preocuparse.

—En otro momento —.

Las sospechas de Oliver de que algo había sucedido mientras había estado ausente parecieron confirmarse, no solo su humor había cambiado radicalmente sino que estaba más ausente que de costumbre.

El tráfico siempre era una pesadilla en Nueva York, a esa hora de la noche solía aligerar un poco, aunque aquel no parecía uno de esos días.

Connor hizo pitar el claxon por octava vez, había dejado de fingir que no estaba nervioso.

—¿Por qué son tan lentos? —se quejó—.

—Quizá ha habido un accidente —.

—Pues qué oportuno —.

Pese a que se moría por preguntarle de nuevo qué pasaba no le apetecía recibir la misma respuesta que le había dado antes así que decidió morderse la lengua.

—Si sigues hacia la derecha podríamos salir por una carretera secundaria, suelen estar menos transitadas —propuso Oliver—.

—Buena idea —.

Cuando tuvo ocasión de girar lo hizo y recorrió una serie de callejuelas no muy transitadas hasta que un semáforo hizo que se detuviese.

—En casa tengo sal de frutas —comentó Oliver. Dudaba que su amigo sintiese pesadez en el estomago como le dijo, pero le pareció apropiado comentarlo—.

—Creo que se me está pasando, pero gra...—.

Sus cuerpos se movieron hacia adelante bruscamente, el cinturón que los sostenía detuvo sus cuerpos después del choque que los golpeó.

—¿Estás bien? —preguntó Connor—.

—Sí —.

Puso el freno de mano y salió del coche para enfrentarse con el conductor del coche que acababa de chocar contra él. Una breve mirada a la parte trasera del suyo le hizo ver que la tapicería estaba destrozada.

—Señor —gruñó Connor. El hombre que conducía el coche se encontraba dormido frente al volante—. Esto es increíble —

Oliver salió del vehículo y se dirigió hasta él, el golpe había hecho que su cuello se azotase y sentía cierta tensión.

—Vuelve al coche, Oliver —pidió—.

—¿Está bien el otro conductor? —.

—Voy a llamar a la policía —.

Lo único que quería era regresar a casa y encontrar a Dodo, tenía saber si había visto a alguien cerca. Uno de los suyos.

—Ah, hola —soltó Oliver—.

De todas las calles en las que podían haber parado y todas las personas en Nueva York con las que podía haberse cruzado, tuvo que hacerlo en esa y con él.

—Hola —soltó Sergio jovialmente—.

Ambos se quedaron mirándose unos instantes incómodamente hasta que el chico que lo acompañaba fingió toser.

—Este es Marc, un amigo —.

—Encantado —.

—Igualmente —soltó de mala gana—.

Le dio la impresión de que al supuesto amigo de Sergio no le gustó que se hubiese parado a hablar con él.

—Volvamos al coche —pidió Connor, poniendo sus manos sobre los hombros de Oliver—.

La cara de Sergio se iluminó al verlo.

—Connor, qué alegría verte —soltó—. ¿Ese es tu coche? ¿Has chocado? —

No tenía ningún interés en ser amable con él, así que le contestó de la forma más neutral posible.

—Sí, estamos esperando a la policía, a la grúa... y a los paramédicos —.

—Si necesitáis algo vivo aquí cerca —.

El chico que lo acompañaba volvió a toser.

—Tenemos planes —.

—Es un amigo, Marc —le dijo él—.

En ese instante la contenida aura de Oliver explotó, mostrando un inigualable dolor.

—No hace falta —Soltó Connor, apenas conteniendo su mal genio—. Adiós —

Sergio se dio por enterado a regañadientes, por lo que se despidió y siguió caminando con el chico con el que iba hasta desaparecer de allí.

—No merece tus lágrimas —le dijo Connor a su amigo—.

—Soy, tonto, ¿verdad? —.

—Sí —soltó—.

La respuesta de Connor lo tomó por sorpresa, hizo que soltase una pequeña carcajada.

—Solo los tontos se enamoran —dijo Connor—.

—¿Lo dices como experto en el amor? —.

—Sí, como un experto consumado —.

La vibración que había sentido en el puerto activó todos sus alarmas de nuevo, y entonces la luz de la calle desapareció, las bombillas de todas las farolas explotaron al unisono creando un bonito espectáculo de luces. Connor metió a Oliver instintivamente entre sus brazos, algo malo estaba a punto de suceder.

—Me estas asfixiando —se quejó su amigo—.

—No te muevas —susurró él—.

Solo la luz de los faros del coche en el que descansaba el hombre que había chocado contra ellos los iluminaba. El sonido de un objeto pesado cayendo sobre el capó del coche de Connor lo hizo ponerse a la defensiva, entonces pudo ver su silueta.

Connor apretaba la cabeza de Oliver contra su pecho evitando que se girase y viese como un hombre alado sostenía el mango de una espada que acababa de clavar en su capó. Cuando este se aseguró de haber cruzado la mirada con Connor saltó y desapareció en la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Oliver, un poco más asustado que antes—.

Una serie de imágenes y recuerdos se apelotonaron en la retina de Connor, el latido de su corazón se aceleró.

—Salgamos de aquí, pronto vendrán a ayudarlo —.

—No podemos dejarlo así —.

El sonido de los servicios de emergencia le dio la razón.

—¿Ves? —señaló, y tiró de él —

—No, ¿pero qué te pasa? —se quejó—. Estas actuando muy raro—.

Sujetó su cara con ambas manos y acercó la suya hasta encontrarse a tan solo unos centímetros el uno del otro.

—¿Confiás en mí? —le preguntó apasionadamente—.

—Sí —contestó abrumado—. Claro —

—¿Si te digo que necesitamos irnos de aquí enseguida puedes creerme? —.

Él asintió, aún entre sus manos.

—Sí —repitió cautelosamente—. Siempre y cuando me expliques qué sucede —

No podía pararse en ese momento a explicarle lo que pasaba y ni siquiera podía prometerle que lo haría, no era un tema del que pudiese hablar con libertad con un mortal.

—Oliver... —.

—Puedo esperar por esa explicación —le aseguró, anticipándose a su respuesta—.

—Bien, en ese caso vámonos —.

Capítulo 12

La contraparte

Connor dejó a su amigo en su casa, el trayecto hasta la misma fue el más incomodo y enervante que había tenido nunca. Temía que la figura apareciese de nuevo frente a ellos, que le hiciese daño o que quisiese hacérselo a Oliver. Aquella idea lo aterraba.

—¿Puedes soltar mi mano? —pidió Oliver—.

—Lo siento —.

—No es nada —dijo, abriendo la puerta—. ¿Hablamos mañana cuando estés más calmado? —

—Sí, claro —.

—Vale —respondió—. No creas que me olvidaré —

Este le sonrió y pese a que se esforzó por que su sonrisa fuese creíble fue poco genuina para su amigo.

—Mañana —repitió Oliver—.

—Buenas noches —.

—Descansa —.

Arrancó a correr en el instante en el que cerró la puerta, corrió hasta la suya y la abrió apresuradamente

—¡Dodo! —.

Esta descansaba en el suelo, a medio camino entre el teléfono y el sofá, inconsciente.

—Dodo —repitió agitando su cuerpo—.

—¡Connor! —.

—¿Estás bien? ¿Qué has visto? —.

—”La contraparte...” —respondió, hacerlo le dio un fuerte dolor de cabeza. Un latigazo que azotó todos sus sentidos—.

Una parte de aquella visión que tuvo Dodo se hizo tan clara como el cristal, ya conocía la identidad de aquel al que llamaba “la contraparte”.

—Sí, ya sé quién es la contraparte —sentenció—. Mi contraparte, mi hermano Anteros —.

Al revelarse la identidad de aquel individuo hizo que Dodo quedase libre de las cadenas que la ataban y darle la razón.

—Sí, así es —se lamentó—. Está en Manhattan —

—¿Qué demonios quiere de mi? —.

Aquella parte debía de descubrirla él solo, al igual que acababa de hacer con esa otra.

—”...en favor del Toro...” —.

—¡Eso no tiene sentido! Yo no poseo ningún toro! No me gusta tener animales, me rompe el corazón que mueran —se quejó lleno de frustración—. ¿Por qué soy tan tonto? —

Ella arañó la mano más cercana, sus garras apenas penetraron en su piel y las finas marcas rojas que dejaron no tardarían en desvanecerse.

—¡Eso duele! —se quejó él—.

—¡¿Pero cómo eres tan idiota?! ¡¿Quieres pensar un poco?! —.

—No es un toro literal, sí, hasta ahí llego —le aclaró, solo había sido un pensamiento pasajero—. ¿Qué debemos hacer ahora? ¿Escondernos? —

—¿Temes a tu hermano? —

—Yo no temo a nadie —sentenció—. Simplemente no quiero tener que lidiar con él o con mi padre —

En el pasado su hermano había sido el ojito derecho de su padre, así como el brazo ejecutor de sus deseos, este consideraba a Connor como poco más que un crío malcriado y un bueno para nada.

—No valdrá de nada que huyas, te habrá seguido hasta aquí —le aseguró ella—. Seguro que ya sabe donde vives —

—¡No puedo pensar con claridad! No sé qué mierda pasa —.

—Respira hondo, concéntrate en sentir el aire entrar y salir de tus pulmones —.

Este obedeció.

—Relaja las manos —le indicó ella—.

Tenia las manos hechas un puño, tan apretadas como era posible.

—Sí... —dijo al darse cuenta—.

—Dime en qué estás pensando, Connor —pidió—. Y no me mientas —

Pensaba en Oliver, en el peligro al que había estado expuesto. Su hermano era igual que su padre, un ser despiadado, con una máscara de justicia y rectitud. Pero que al final del día saboreaba el sabor de la sangre de su espada como cualquier sucio guerrero sin principios.

—Si algo le hubiese pasado, yo...—dijo, refiriéndose a Oliver—.

—¿Tú, qué? —.

Su aura se hizo visible, un aura dorada que solo los dioses inmortales poseían, la suya estaba ligeramente teñida de un vivo color rojo. Un cosquilleo en su espalda hizo que se apresurase a arrancase la camisa de un tirón, de las dos heridas a medio cerrar de su espalda brotaron dos bonitas alas blancas de poco más de un metro de largo cada una. Al salir por completo de su piel estas se plegaron, cubiertas de su propia sangre.

Entonces fue evidente para él.

—Estoy enamorado —sentenció Connor, para luego repetirlo de nuevo con un tono más apremiante—. ¡Estoy enamorado de él! —

En el pasado se había enamorado perdidamente de dos personas, pero este amor había surgido con un simple encuentro. La primera visión de la persona amada había hecho que sintiese un flechazo. Sin embargo en este caso había sido totalmente distinto a sus experiencias anteriores. Se había ido enamorando poco a poco sin darse cuenta. El sentimiento de protección que había evocado aquel encuentro hizo que por fin fuese consciente.

—Si tuviese ganas de discutir te diría que te lo advertí —comentó su amiga—.

—Estoy jodido —.

—Te encanta estar enamorado, eres el dios del amor —.

—Es una catástrofe —.

Lo era, al menos en cuanto a lo personal se refería, enamorarse de un mortal siempre tenía una fecha de caducidad, por puro que fuese ese amor.

—Tenemos cosas peores de las que preocuparnos, como que descifres el resto de la profecía —le aseguró su amiga—. Así que ponte las pilas —

Connor caminaba de un lado a otro, manchando el suelo con la sangre que goteaba de

sus alas.

—Él no puede leer mi aura... —se dijo a sí mismo—. Así que no puede tener nada que ver con eso, él está a salvo...—

—¿Qué farfullas? ¡¿Quieres hablar claro?!—.

—¡Me va a explotar el cerebro, no estoy acostumbrado a este tipo de situaciones! —.

—Descansa, date una ducha y acuéstate —.

—¿Ese es tu consejo? —preguntó incrédulo—.

Era el mejor consejo que podía darle, hablar de sinsentidos durante toda la noche no los llevaría a nada.

—El destino es inevitable, te alcanzará duermas plácidamente o no. Pídele a Morfeo que te regale un sueño profético y cruza los dedos por que sea piadoso —.

—Dudo que eso sea de ayuda...—.

—¿Morfeo también te odia? —preguntó con tedio—. ¿Qué diantres le has podido hacer al dios de los sueños?

—Bueno...—.

La gata suspiró ruidosamente, todo el mundo odiaba a Cupido, no sabía cómo era posible. Es decir, lo entendía, pero no comprendía cómo se podía guardar rencor durante tanto tiempo. Supuso que para los dioses el concepto del tiempo no existía, así que quizá el rencor era tan natural como cualquier otro sentimiento para ellos. O podría ser un problema con la memoria, la de los mortales se desvanecía a medida que envejecían pero ellos no lo hacían. Fuese cual fuese la respuesta el resultado era el mismo.

—¡No le hice nada muy grave! —le aseguró Connor—.

—¡Eras un niño muy problemático! Pero no te culpo a ti, culpo a tus padres, ellos deberían haberte controlado mejor —.

—Hablas desde tu perspectiva como humana —le aseguró—.

La crianza de un hijo inmortal normalmente no se parecía en absoluto a la de uno inmortal, para empezar Eros fue el único de ellos que no nació siendo un adulto completamente funcional.

—Debería darles vergüenza guardar rencor durante siglos a un niño, yo he vivido más de dos milenios y no soy así —.

Él sí tenía una idea bastante clara de porqué toda esa gente aún guardaba rencillas con él, Dodo no podía entenderlo porque él nunca se había entrometido en su vida amorosa. En el caso de haberla tenido.

—Cuando se trata del amor es fácil guardar rencor, no solemos perdonar a alguien que se entromete en nuestros asuntos amorosos o nos aleja de los que queremos. Y yo debo saberlo bien, busqué durante cientos de años al culpable de mis desgracias y dejé la labor de mi vida por una rabieta con el mismo destino —.

—¿Los estás excusando? ¿En serio? —.

—Solo te digo lo que pienso —.

—Bueno, te voy a decir lo que pienso yo, acuéstate. Mañana no será mejor que hoy — le dijo—. Y tendrás que limpiar tu mismo toda esta sangre, yo no puedo hacerlo con este cuerpo —

—Sí... no te preocupes—.

Connor se dio una ducha y se fue a la cama con mucho en qué pensar, la visión de Dodo se había vuelto más clara de un momento a otro. La contraparte había resultado se su contraparte, su hermano Anteros, y al parecer la sangre de alguien correría bajo sus pies, “el

satélite de Venus”. No podía ser más obvio que era de él de quién hablaban en esa oración, su madre Afrodita fue conocida también como Venus y él al nacer de ella debía de ser uno de sus satélites.

Y finalmente “el dos veces roto”, de nuevo él mismo, encontraría su destino ante el ladrón de la flor más bella.

Las únicas incógnitas a aclarar serían el sujeto al que se denominaba “Toro” y el ladrón de flores, si conociese su identidad conocería el destino que descansa en sus manos.

Dormir no era una tarea fácil con dos alas a su espalda, no encontraba una forma cómoda en la que tumbarse que no fuese boca abajo. Tocó la punta de una de ellas, tendría que cortarlas con sus propias manos de nuevo, no podía salir por ahí con dos alas a su espalda. Y aquella tarea era de todo menos agradable.

La imagen de Anteros sonriéndole altivamente mientras sacaba la espada del capó de su coche le enervó la sangre, no sabía cómo había dado con él y odiaba la posición en la que lo ponía con su presencia. ¿Vendría con una de las clásicas demandas de su padre o tendría otros asuntos pendientes en Nueva York? Quizá solo apareció frente a él de forma fortuita, con la única intención de sacarle el dedo anular. Aquella idea era la más tentadora de todas, pero dudaba que su suerte fuese tan grande.

Él y su hermano tenían una relación complicada, no siempre había sido así, pero sí había sido la que más había perdurado más en el tiempo.

Pensar en su hermano y en lo que finalmente los acabó de dividir no era tarea sencilla y no podía evitar pensar en cómo empezó todo. Los acontecimientos que tuvieron que darse antes de que este fuese si quiera pensado. En concreto el motivo del nacimiento de su nacimiento.

Hubo una gran reunión en el monte Olimpo, las quejas sobre Eros se amontonaban y Zeus temía que finalmente tendría que involucrarse de alguna forma. Afrodita era su hija favorita, al menos para sus adentros, y encontraba a su nieto Eros como un ser adorable. Que en cierta medida causaba caos allá donde iba pero que no merecía ser censurado o castigado.

Él mejor que nadie entendía la importancia del amor, lo fuerte y lo necesario que era para hacer girar el mundo. Esta visión solo la compartían unos pocos, entre ellos Afrodita, pues su esposa Hera era miserable con sus idas y venidas.

Sin amor el mundo sería un lugar aburrido en el que simplemente no merecía la pena vivir, sin embargo el resto de sus iguales empezaba a cansarse de las consecuencias de las acciones de Eros. Algunas de ellas bastante dañinas.

En una larga y pulida mesa del mármol más blanco y resplandeciente se encontraban Hera, Afrodita, Atenea, Hermes, Apolo, Artemisa y Hestia. Presididos por la imponente presencia de Zeus.

Estos se habían reunido para hablar del problema que estaba suponiendo el comportamiento del pequeño Eros y la forma en la que se debía proceder.

En la asamblea había cuatro sillas vacías, dioses que por un motivo u otro no asistieron al evento. Entre ellos Ares, el cual no podía encontrar más fútil aquella reunión, por lo que le otorgó a su esposa su voto.

Deméter se encontraba repoblando un gran bosque que había sido devastado por una gran inundación producida por dioses menores en una batalla por el terreno marino. En el cual Poseidón reinaba y donde se encontraba en esos momentos, tratando de encontrar una solución justa a aquel problema.

Y por último Hefesto, este no acudía a ninguna de las reuniones que se llevaban a cabo, su relación con la mayoría de los dioses era inexistente, por lo que su voto lo sostenía su querida madre, Hera.

Hades, dios de del inframundo fue considerado uno de los doce primordiales, pero pronto entendió que su reino, el de los muertos, no tenía nada que ver con los demás. Por lo que actualmente ocupaba una posición “honoraria” como miembro, pero no ejercía como tal.

—¡Exijo que se censure a esa cabra voladora! —reclamó Artemisa—. Ya hemos aguantado suficiente —

—No consentiré que hables así de mi hijo, Artemisa —le advirtió una aireada Afrodita —.

Al parecer Eros había oído a Artemisa vanagloriarse de dos de sus súbditos, Rhodopis y Euthynicus. Los pintaba como los mortales más justos, castos, puros y habilidosos que había tenido el placer de entrenar en el arte de la caza. El problema era que al resaltar la perfección de estos estudiantes y fieles adoradores hizo de menos a su madre, Afrodita, pues afirmó que los acólitos de esta eran solo unos salvajes esclavos de sus pasiones.

El joven Eros no solía ofenderse con facilidad y era sumamente extraño que guardase rencillas contra cualquiera, pero lo que no toleraba bajo ningún concepto era que se hiciese de menos a su madre o hablasen mal de ella. Por lo que se dio a la labor de disparar dos flechas de amor a esos “castos y puros” estudiantes de Artemisa y estos se enamoraron locamente, dejando de lado la caza y la adoración a la misma y emprendiendo una vida juntos como marido y mujer. Y en consecuencia ganándose la ira de la diosa de la caza, los animales y la virginidad.

—Pido al consejo que se despoje al hijo de Afrodita de su labor y que esta se encomiende a alguien más competente y juicioso. Un adulto —pidió Artemisa—.

Afrodita sabía que el problema radicaba en que su hijo, Eros, por alguna razón que no entendía no era capaz de crecer. Su aspecto y su mentalidad seguían siendo las de un niño, un perfecto querubín a sus ojos pero un portador del caos para los demás. Había intentado debatir sobre el tema con su marido, Ares, pero este tenía poco interés en esos menesteres, su tiempo lo dedicaba por completo a planear guerras y a entrenar soldados para posteriormente enfrentarse a sus enemigos.

La preocupada diosa del amor había previsto aquella represalia por parte de los suyos y había consultado a varios oráculos con antelación pero ninguno le dio una respuesta satisfactoria. Lo que la dejaba en una situación delicada, pues aunque esperaba que su padre aplacase en parte la ira de los suyos, no podía esperar que fuese injusto por su causa.

—¡Eso es inaudito! —se quejó la diosa del amor —¿Si los amabas tanto porqué fuiste tan dura con ellos en primer lugar? —

Artemisa era implacable con quienes rompían sus votos de castidad, acabó por darles muerte a ambos.

—Hice lo que tenía que hacer —.

Una de las otras diosas intervino.

—Creo que estás siendo demasiado dura con el pequeño, Artemisa —comentó Atenea, en aras de relajar el ambiente—. Entrometerse en la vida de dos mortales no amerita un castigo semejante —

—Gracias —le dijo Afrodita—.

—Sin embargo sí creo que debemos buscar una solución antes de que sus travesuras

nos lleven a problemas mayores —añadió con pesar—.

Hestia intervino, incrédula ante el tema por el que la habían convocado.

—¿Me he ausentado del calor de mi hogar para debatir sobre esta nimiedad? —.

—Todos sabemos que solo te preocupa tu hogar, Hestia, y que no te involucras con los asuntos de los humanos o los dioses. Pero eres parte de este consejo —le recriminó Artemisa—.

—Hestia, ¿tú entiendes mi posición, verdad? —le preguntó Afrodita—.

La mujer entendía el vínculo entre una madre y un hijo, su hija Illitia había asistido a Afrodita en el parto y había creado un vínculo muy bonito con el pequeño Eros, siempre que lo mencionaba en su presencia lo hacía mostrando estima. Sin embargo Hestia era un ser pacífico y prefería estar en su casa junto a un fuego que presenciar la batalla dialéctica entre Artemisa y Afrodita.

—Pido permiso para retirarme —dijo esta a Zeus—.

—Si te marchas debes otorgarle tu voto a alguien, hija —respondió él. Su voz era la más potente, resonaba en toda la sala—.

La mujer miró a Afrodita, sus grandes ojos vidriosos enternecieron su corazón.

—Afrodita, tienes mi voto. Te deseo lo mejor, os lo deseo a todos —.

Se levantó de la silla, se inclinó ante Zeus para mostrar su respeto y se fue de la reunión.

—¿Alguien propone una solución efectiva para el problema? —preguntó Hermes—. ¿Algo más práctico? —

—Primero oigamos la propuesta de Afrodita —propuso Hera. Esta la odiaba con todo su ser, el motivo de este odio era tan viejo y tan absurdo que pensar en el traía dolor de cabeza a Afrodita—.

—Sorprendemos con tu sabiduría... —aceptó Artemisa en tono jocoso—.

—Es una cabeza hueca, qué idea va a tener...—soltó Apolo, hermano gemelo de Artemisa. No escondía su posicionamiento en aquella discusión—.

—Yo...—empezó Afrodita, abrumada por aquellas muestras de desprecio—.

El sonido de una trompeta anunció la llegada de una visita. Una figura con los ojos vendados esperaba el permiso expreso de Zeus para poder intervenir. Este había previsto el desenlace en el que se encontrarían por lo que solicitó de la ayuda de una de las diosas cuya opinión tenía en más alta estima. Se trataba de Temis, una diosa preolímpica que representa la justicia y la equidad y cuyos juicios de valor y opiniones habían solucionado muchos problemas importantes de la mejor manera posible en el pasado.

—Temis, pasa, toma asiento en la mesa —dijo Zeus—.

Hera hizo un gesto desdeñoso, no era extraño que Zeus se involucrase más de lo que debería cuando se trataba de Afrodita. Sin embargo cuando se trataba de los dos hijos que había tenido con ella, Ares y Hefesto no se mostraba tan preocupado o inclinado a involucrarse.

La mujer se sentó en una de las sillas vacías, pese a que sus ojos vendados se movía con total desenvoltura.

—Temis, nos vemos en una situación compleja... —empezó a decirle Zeus, luego procedió a explicarle la situación de la mejor forma que pudo. Obviando el hecho de que ya había hablado con ella con anterioridad para oír lo que tuviese que decir de antemano—.

La mujer escuchó con paciencia y cuando Artemisa acabó de explicarle ella misma lo que había sucedido desde su punto de vista, habló.

—Lo que sucede aquí —empezó. Su voz era autoritaria, emanaba fuerza y poder, al igual que la de Zeus—. Es que la existencia del pequeño Eros hace que la naturaleza se encuentre en un claro desequilibrio —

—Lo sabía —soltó Artemisa—. Esa criatura no es normal —

Zeus la reprendió con una mirada.

—¿Podrías elaborar, Temis? —pidió él—.

—Eros es una fuerza del amor, descendiente de la mismísima y primordial diosa del amor. Su presencia en nuestro mundo da lugar al movimiento del sentimiento, crea una causa y un efecto —explicó—. Pero a la vez da paso a un desequilibrio de poder, pues no existe una contraparte que lo iguale en poder y se contraponga a su ser —

—¿En resumen? —pidió Hermes—. No me he enterado de nada —

—El pequeño Eros debe crecer para poder desempeñar su labor como fuerza del amor, por lo que debe existir una contraparte que equilibre la balanza —zanjó ella—.

—¿Eso qué significa? —volvió a preguntar—.

Temis no se inmutó, seguía estática, como una estatua.

—Afrodita deberá darle un hermano a Eros, este será la otra cara de su moneda y solucionará este problema. Se convertirá en un catalizador de la fuerza amorosa estancada de su hermano —.

—Qué te parece hija, mía? —preguntó Zeus. Él ya había oído la propuesta de Temis en privado—.

Cuidar de Eros y de sus labores como diosa del amor era una labor titánica, al menos desde su punto de vista, por lo que no se había parado a pensar en la posibilidad de tener otro vástago.

—No lo sé...—admitió con recelo. Denominar a su futuro hijo como lo opuesto del primero le puso los pelos de punta—. Creo que habría que meditarlo con más calma, si me dieseis un poco de tiempo...—

Al ver que Afrodita no estaba del todo convencida Hera decidió intervenir, por el simple hecho de molestar y ponerla en una situación incómoda.

—Opino que la alternativa sea censurar a Eros de sus dones y delegar sus labores sobre otro individuo —propuso Hera—. ¿Quién secunda mi propuesta? —

La mano de Artemisa y la de Apolo se levantaron, así como la de Hera, lo que sumaba cuatro votos de los doce existentes. Hera estaba segura de que podía seguir presionando hasta conseguir la mayoría que necesitaba.

—¿Alguno de vosotros tiene otra proposición? —quiso saber Zeus—.

Ninguno dijo nada.

—Está bien —aceptó Afrodita al verse entre la espada y la pared—. Le daré a Eros un hermano —

Zeus no tardó en golpear la mesa con su puño, zanjando aquella reunión.

—Que así sea, disuelto este consejo —.

Hera se mostró complacida por la desazón de Afrodita y se dio por servida, el resto de dioses se fueron yendo sin mayor fanfarria y la diosa afectada, Artemisa. La cual no tenía ningún motivo para odiar Afrodita o a su hijo hasta ese momento, se fue esperando que la diosa del amor aprovechara esa última oportunidad que le daban pues no lo dejaría pasar una segunda vez.

Afrodita acabó por concebir otro hijo con su esposo Ares, pese al temor que sentía, al que nombró Anteros. Este a diferencia de Cupido nació completamente desarrollado,

semejante a su padre en su fuerte y masculina complexión y similar a su madre en belleza y atracción.

El oráculo de Delfos predijo la primera reunión entre los hermanos y al empezar la primavera, bajo un joven y frondoso fresno se encontraron al fin. La sola presencia de Anteros frente a su hermano dio paso a una situación que nadie había esperado. El cuerpo de Eros creció hasta dar como resultado a un joven adulto con una complexión más esbelta que la de su hermano.

Afrodita se encontraba junto a su marido, ambos habían sido testigos de los efectos de aquella reunión. La diosa se acercó con preocupación hasta su primogénito, preocupada por haber perdido a su pequeño querubín de ojos azules y rizos dorados.

—Hijo, eres tú? —preguntó—.

—Sí, madre —respondió con naturalidad, ahora con una voz grave y suave—.

Las preocupaciones de esta se desvanecieron al ver la bella faz de su hijo, pues pese a que ahora era todo un hombre aún conservaba algunos de los rasgos angelicales que una vez tuvo.

—Este es tu hermano Anteros —dijo Ares—. Desde hoy tendrá potestad sobre el amor, al igual que tú. Su presencia aportará la madurez necesaria para que el amor florezca y prospere de forma juiciosa. Y no solo eso, sus fuertes brazos vengarán el amor no correspondido —

Ares parecía contento, quizá porque por fin uno de sus hijos seguiría con su legado de violencia y desesperación.

—Hola, hermano —dijo Anteros—. Por fin nos conocemos —

La sonrisa del joven que lo miraba se asemejaba en gran medida a la de su padre, una que detonaba fuerza y arrogancia.

Eros aún era un niño, al menos en su cabeza, y aunque la idea de tener un hermano lo había pillado de improviso no titubeó al aceptarlo como uno de los suyos. Se echó a sus brazos y lo abrazó con toda su fuerza, estaba seguro de que sus días se llenarían de gozo al dejar de ser hijo único.

—Te quiero —afirmó Eros, con la pureza y la inocencia que solo pueden tener los niños—.

Anteros miró a sus padres antes de responder, su padre hacía un mohín de desagrado con la boca mientras que su madre los miraba con ojos llenos de lágrimas y de expectación.

Pero pese a que Anteros quiso responderle no lo hizo, acarició la espalda de su hermano y esperó a que se cansase de abrazarlo.

Capítulo 13

Sentencia

Oliver también había tenido mucho en lo que pensar, tanto la noche anterior como a la mañana siguiente. Se había devanado los sesos tratando de buscar una respuesta al comportamiento tan errático de su amigo y se debatía entre subir a exigirle las respuestas que le había prometido o dejar que saliese de él mismo.

Esperó hasta bien pasado el mediodía y entonces su paciencia se agotó y no pudo esperar más, pensar en los posibles escenarios en los que Connor tuviese que huir de su querido coche de la forma en la que lo hizo lo volvía loco. ¿Acaso temía por su vida? Quizá al vender arte se había hecho con un puñado de enemigos, pensó.

—Oliver —soltó Connor al verlo tras su puerta. Puso un pie frente a la puerta para evitar que se abriese del todo—. ¿Qué tal? —

—¿Puedo pasar? —.

Tenía dos alas blancas que sobresalían de su espalda, no estaba preparado para hablar con él o con nadie.

—Me has pillado en un momento delicado... —.

El primer pensamiento que tuvo fue que no tenía camiseta, aunque no podía entender que alguien con ese físico fuese tímido con su aspecto físico. Pero luego se percató de la expresión de sorpresa e incomodidad de su cara.

—¿Estás bien? —quiso saber—. Sigues actuando raro —

—Sí, solo... dame un poco de tiempo para ducharme y vestirme —.

—Bien, te espero abajo —.

—De acuerdo, ahí estaré —.

La voz de Dodo hizo que pegase un respingo, se encontraba sobre el mueble de la entrada, justo al cerrar la puerta. Como de costumbre ni se había percatado de que se había acercado.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella—.

—Ahora haré lo que hago siempre —contestó amargamente—.

—Podrían serte útiles, sobretodo si tienes que defenderte —.

Pese a que sus alas no fuesen tan grandes como las de su hermano eran capaces de hacer que volase sin ninguna dificultad en el cielo. Poder volar era un as bajo la manga a la hora de luchar, por inconveniente que esto fuese para pasar desapercibido entre los mortales.

—No las quiero —zanjó—.

Connor tenía que hacer un ejercicio constante de constricción constante para evitar que sus alas volviesen a nacer de nuevo, y aunque fuese todo lo diligente posible no garantizaba que no saliesen de nuevo sin previo aviso. Las situaciones estresantes podían activar la regeneración de las mismas, como la de la noche anterior.

Y la única forma que conocía para deshacerse de ellas era cortarlas, literalmente. Sacó una caja de plástico del fondo del armario bajo el lavabo del baño, allí guardaba una gruesa correa de cuero y una suerte de cuchillas de distintos tamaños.

Puso la correa entre sus dientes y apretó fuerte, sentiría los cortes que estaba a punto de ejercer contra sus alas como si fuesen hechos con hierro incandescente.

Y así, con la mayor brevedad y eficacia que pudo cortó de raíz sus dos alas, dejándolo extasiado y abrumado mentalmente. Pues como dios del amor que era no estaba acostumbrado a sentir dolor y este tendía a sobrecargar su cerebro y todos sus sentidos.

Se dio una larga ducha fría y cubrió las dos nuevas heridas con dos grandes apósitos esterilizados.

—Te he hecho un té de jengibre y eucalipto, para calmar el dolor —le dijo su amiga cuando salió del baño—. Descansa un poco antes de bajar —

—Gracias, sí, lo haré —.

Una visión nubló los ojos del oráculo, en ella veía dos personas de espaldas en la puerta de Oliver. El primer individuo era un mortal, Sergio, y el segundo no lo era.

—Baja, hazlo enseguida —le urgió ella—.

Ese tono apremiante le ponía los pelos de punta, hacía que todos sus sentidos se pusiesen en alerta.

—¿¿Dónde?! —.

—A casa de Oliver, rápido —.

Connor salió disparado a la puerta y bajó por las escaleras a trompicones para encontrarse con una escena perturbadora. Sergio estaba frente a la puerta de su amigo y tras él se encontraba su hermano. Oliver se asomó al oír el ruido de las pisadas del pasillo.

—Eres tú —soltó al verlo. Sin saber el peligro al que estaba expuesto—.

—¿Puedo pasar o no? —pidió Sergio de nuevo. No sin dedicarle una mirada desdeñosa a Connor—.

—¿Qué quieres? —preguntó Oliver—.

—Hablar un momento —.

—¿Él va contigo? —preguntó refiriéndose al hombre que se encontraba tras él—.

Connor se adelantó y tiró de su hermano hasta alejarse lo suficientemente de ellos.

—¿Qué demonios quieres? ¿Qué haces aquí? —le exigió. Su hermano era una cabeza más alto que él. Su estatura y su físico eran imponentes, como los de su padre—.

Anteros hizo un gesto de decepción, aquellas eran las primeras palabras que le dedicaba su hermano en más de dos mil años.

—¿Esta es forma de recibir a tu hermano? —.

—No tengo ganas de jugar, Anteros —.

—Ahora me hago llamar Ander —le informó con una sonrisa juguetona. Se había enterado de que su hermano se hacía llamar de otra forma, por lo que él también escogió un nombre de “mortales” para presentarse—.

—Genial, lo recordaré cuando te escriba la felicitación de navidad —le dijo—. Ahora dime por qué estas aquí —

—Se te ve alterado, hermano —.

—Tú sin embargo tienes la misma sonrisa altanera que papá —observó él, su paciencia se estaba agotando—.

Connor pudo oír los gritos de Oliver y Sergio desde donde se encontraban, discutían acaloradamente sobre el incidente en Westfields y el encuentro del día anterior.

—Esos dos parece que discuten —comentó Anteros—. Discutir es malo, ¿verdad? —

—Escúpelo, dime que quieres y vete —le volvió a pedir—. Si te manda papá exprésale mi más sentido y falso pésame. No quiero saber nada de él ni de vuestro mundo —

La expresión de Anteros cambió a una más seria, a él no le daban ordenes y mucho menos su hermano. Y si no estaba dispuesto a ser amable con él, él tampoco lo sería. Lo apartó de un empujón que lo hizo rodar por las escaleras y volvió a caminar con calma hasta la puerta de Oliver. Esta aún seguía abierta.

—Yo no he dicho nada a mi madre y mucho menos a la tuya —espetó Oliver ofendido—. ¿Cuántas veces quieres que te lo repita? —

Al parecer Sergio le reclamaba que le había contado a su madre lo que pasó aquel día y esta se lo había contado a la suya, sus dos padres lo habían llamado mostrando su decepción y descontento por la forma en la que lidió con la situación.

—¡Pues alguien lo ha hecho! —.

—Mira, es increíble que después de todas estas semanas vengas a mi casa a reprocharme algo así, esperaba más de ti —.

—Ya sé lo que esperabas de mi —respondió lleno de desdén—. Y no vas a conseguirlo —

En ese momento Anteros se posicionó entre ambos, dedicándole una mirada iracunda a Sergio.

—Mal aventurados sean los que desprecian el amor, pues obtendrán su justo castigo —anunció—.

Connor apareció justo en el momento en el que su hermano levantó el puño con intención de golpearlo, agarrando su mano.

—No —le pidió—.

—¿Lo conoces? —preguntó Oliver. La escena estaba tornándose más caótica por momentos—.

—Soy su hermano —le informó Anteros, dejando que Connor bajase su mano—.

La presencia de Anteros y el amago de golpearlo hizo que Sergio se sintiese intimidado, no le apetecía golpearlo con aquel extraño ni con su hermano. Los dos eran más grandes que él.

—Estáis todos locos —se quejó Sergio. Se fue dedicándole a Oliver una última mirada seria—. Esto no quedará así, ya hablaremos tú y yo —

El aura de Oliver volvió a emerger, en esta ocasión desprendía amargura y tristeza, ni siquiera había podido imaginar un desenlace similar. Desearía no verlo nunca más, se sentía la persona más idiota del mundo por haber sentido algo por él.

Sintió la urgencia de llamar a su madre para preguntarle qué demonios sucedía y cómo se había enterado de la conversación que él y Sergio tuvieron.

—¿Me puede alguien explicar qué pasa? —preguntó—.

Connor intervino rápidamente.

—Mi hermano ha venido de visita y le gusta meterse donde no lo llaman —.

—¿Cómo te llamas, mortal? —le preguntó a Oliver—.

Este levantó una ceja mostrando su confusión.

—Oliver —respondió con cautela—.

—Oliver Swan, nacido el veintisiete de Abril —leyó Anteros de una pequeña nota de color verde que sacó del bolsillo de sus pantalones—.

—¿Esto es una broma? ¿Has cogido una de mis cartas? —.

En ese momento Connor tuvo una revelación, la penúltima pieza del puzzle.

—¿Eres tauro? —quiso saber—.

Oliver se sintió incluso más confuso, ¿era una rasgo familiar ser tan excéntricos?

—Sí —respondió confuso—.

Connor concluyó que él debía de ser el toro del que hablaba la visión de Dodo, ya entendía lo que hacía su hermano ahí, qué lo movía.

El dios del amor se interpuso entre los dos, las heridas de su espalda se habían abierto con la caída por las escaleras por lo que tenía la ropa llena de sangre.

—¡Estás sangrando! —exclamó Oliver escandalizado al verlo—.

—Aléjate de él —le ordenó Connor—.

Su hermano sonrió ante aquella petición.

—¿Te importa mucho este mortal? —preguntó, dedicándole una mirada aburrida a Oliver. Todos los mortales eran iguales para él—.

—Es mi amigo —le dijo—. Te pido que te vayas y no lo metas en este tipo de situación —

—¿Solo eso? ¿Un amigo? —.

La sangre en la espalda de Connor le pareció motivo suficiente como para perder la paciencia, si quería discutir con su hermano podía hacerlo en otro momento.

—Tú, vete de mi casa —le exigió Oliver—. ¿Tu hermano sangra de esta forma y estás tan tranquilo? —

—¿Me echas? He venido a comunicarte mi veredicto —le dijo—. No puedo irme sin decírtelo —

—¿Tu hermano se dio un golpe en la cabeza de pequeño? —quiso saber Oliver—.

—Más de uno —.

Anteros desplegó las alas de su espalda, su hermano supuso que las ocultaba con algún talismán o hechizo, desenvainó la espada que también apareció de la nada en su cintura y entonces apuntó a Connor con ella.

—Estás siendo muy dramático, hermano —sentenció con severidad—.

La ventana de la cocina explotó en mil pedazos, una sombra blanca entró a toda velocidad en la casa sin previo aviso y golpeó a Anteros, separándolo de Connor.

—¡Aléjate de él! —gruñó ferozmente el enorme puma de color blanco, tan majestuoso como aterrador. Este se puso entre ambos, soltó de su boca la daga especial de Connor y él la empuñó rápidamente—.

Dodo había previsto aquella reunión por lo que se dio a la tarea de llenar la bañera de Connor hasta los topes con la intención de transformarse en algún tipo de animal o bestia que fuese capaz de protegerlos, o al menos entretener a Anteros. Pero el tamaño del recipiente donde se metía influía en gran medida en el tamaño que podía adoptar así que un feroz puma fue su única opción.

—¿Tienes refuerzos? —preguntó con una sonrisa petulante—. Mejor, más divertido —

Connor empuñó la daga que había traído Dodo y lo apuntó con ella. Nunca se habría imaginado que apuntara a su hermano con un arma, ni siquiera con la relación tan pésima que habían tenido siempre.

—Vete de aquí —le pidió. Sabía que su hermano era mucho más poderoso que él, pero esperaba que al estar Dodo de su lado reculase—.

El dios alado se levantó con suma elegancia y miró a Oliver.

—Mi veredicto es, joven humano, que al caer la hora de los duendes vengaré tu amor no correspondido —sentenció—.

Oliver se encontraba en un extremo de la habitación, temblando, intentando procesar todo lo que acababa de pasar. Lo que estaba viendo con sus propios ojos.

—No lo hagas —pidió Connor—.

—Yo no te digo como hacer tu trabajo, ¿no? —.

—Lo haces —le recordó—.

—Pero no me escuchas, en eso somos iguales, ¿no es así? — se giró y se marchó caminando por la puerta—.

La tensión se rebajó en el ambiente cuando Connor y Dodo sintieron que se alejaba de verdad.

—El toro es Oliver, Dodo —le dijo, esperando su confirmación ahora que creía que lo había descubierto—.

—Así es —.

El dios y el puma se giraron para mirar a Oliver, este no daba crédito, se había pellizcado en un par de ocasiones pero no parecía estar durmiendo.

—¿Qué eres? —preguntó con terror a Connor, obviando al animal que estaba seguro había oído hablar—. ¿Qué está pasando? —

Connor tenía muchos nombres, pero estaba seguro que la generación de Oliver lo conocería por el que le dieron los romanos.

—Soy Cupido, el dios del amor —le dijo—. Y creo que estamos en un problema muy grande —

A Connor le costó tranquilizar a su muy alterado amigo, su cerebro estaba tardando en procesar lo que acababa de ver. Trató de explicarle lo básico, quién era él, qué acababa de pasar y asegurarle que él encontraría una solución al problema de su hermano.

Para sorpresa de todos a Oliver solo le tomó un poco de tiempo pasar de estar asustado ante la locura que se había convertido su vida a mostrarse sumamente molesto.

—Me has estado mintiendo todo este tiempo —le recriminó—. ¿Es nuestra amistad también una farsa? —

—No, no es cierto. Solo he omitido de dónde vengo —se justificó—. Como comprenderás no es un tema fácil del que hablar con nadie —

—No has hecho otra cosa que mentirme —le dijo—. Entonces él era lo que pasó anoche, ¿no?

Connor asintió.

—Sí, por eso huimos de esa forma —admitió—. Siento mucho no habértelo dicho —

Dodo intervino, la hora de los duendes no esperaba a que tuviesen una saludable charla sobre el verdadero origen de Connor y su pasado.

—El tiempo apremia, hay que pensar en algo antes de que lo mate —le recordó ella—.

—¿Que lo mate? —preguntó Oliver con horror. No sabía si aquel horror provenía de sus palabras o por su apariencia—.

—¿Puedes ser más sutil, Dodo? —se quejó Connor—.

—¡¿Ella es tu gato?! —exclamó Oliver. Solo había tenido que sumar dos más dos para llegar a esa conclusión—.

—Creía que habíamos hecho buenas migas —le dijo ella —.

—Olvidate de ella, pero es cierto. Anteros acaba de anunciar que vengará tu amor —.

—¡¿Mi amor?! —repitió a voz en grito—.

La puerta sonó, alguien la golpeaba con fuerza desde el otro lado. Los tres cruzaron una mirada silenciosa hasta que Oliver se acercó y se asomó.

Su vecina lo esperaba al otro lado, sujetaba a su perro en su regazo y se mostraba visiblemente molesta.

—¡No tienes vergüenza! Voy a llamar a la policía —.

—¿Suced algo? —.

—¡¿Es normal este escándalo? Hay personas mayores en este edificio —.

Oliver guardó silencio durante un par de segundos, poner una excusa no serviría para nada.

—No creo que haya formado tanto escándalo, señora —.

—La próxima vez llamaré a la policía —.

—Haga usted lo que considere oportuno —.

Aquella respuesta ofendió a la mujer.

—Así lo haré —soltó antes de volverse a su casa y cerrar de un buen portazo—.

Connor se encontraba a su espalda.

—Pensaba que ibas a salir corriendo —.

No le faltaban ganas, si correr le aseguraba alejarse de aquella extraña situación lo haría. Pero era lo suficientemente inteligente como para asumir que sería inútil.

—¿Qué quieres decir con que vengará mi amor? —quiso saber después de cerrar la puerta—.

—Matará a Sergio —dijo Dodo—. Ya te lo ha dicho —

—Eso no tiene sentido —.

El animal soltó un sonoro bufido que puso sus pelos de punta.

—Hay que limpiarte las heridas, Connor —observó ella—.

Ni siquiera le dolía demasiado, aún sentía la adrenalina en su cuerpo.

—Sí, debería. Pero el tiempo apremia y... —.

La situación no podía ser más extraña e incomprensible pero Connor no le transmitía miedo o rechazo, seguía siendo él mismo. Y estaba sangrando en su presencia.

—Yo lo haré —se adelantó a decir. Dudaba que las garras de un puma sirviesen de mucho en un caso así—.

Dodo le dedicó una mirada confusa a su amigo pero no tenía ninguna objeción, ella no podría limpiarle las heridas. No hasta transcurrir otras veinticuatro horas y poder transformarse de nuevo.

Oliver limpió y cambió las vendas de su espalda en la cocina de su casa, llenando el suelo de papeles sucios y de gasas llenas de sangre. El desorden era el último de sus problemas según parecía.

—Cómo te has hecho esto? —preguntó—.

—Me he cortado las alas —.

—¿Qué has hecho qué? —.

—No son el accesorio de moda este verano —bromeó Connor—.

Ni siquiera sabía qué preguntar sobre eso.

—¿Qué vamos a hacer? —quiso saber—. ¿Ese loco va a ir a por Sergio o algo así? —

—¿Vamos? Nada, yo me encargaré. Pensaré algo con Dodo y ...—.

—¿Por qué quiere vengar mi amor?, no lo entiendo. Explicámelo —le exigió—. Y no te dejes ningún detalle —

El dios del amor suspiró, había soñado con hablarle a su amigo sobre su verdadera naturaleza pero habría deseado que no hubiese sido en una situación de ese estilo.

—Cuando te vi por primera vez irradiabas el aura amorosa más pura y bella que había visto en mucho tiempo, siglos. Y cuando él te rompió el corazón esta se tornó en una nube de tristeza y amargura. Mi hermano castiga a quienes no corresponden el amor de otro y tu

corazón roto ha debido atraerlo hasta aquí —le explicó—. Sé que suena a un cuento pero es muy real —

Tenia razón, Oliver estaba seguro de que faltaban tres osos y una chica con rizos de oro en aquella historia de fantasía. Y quizá un caballo volador.

—Espera, ¿siglos?! ¡¿Eres un vampiro?! —

Connor se cruzó de brazos, ofendido.

—Ves mucha televisión, Oliver. Ya te he dicho que soy Cupido, el dios del amor —.

—Si, claro —.

Connor se levantó y dejó que su aura hablase por sí misma. Esta multiplicaba por mil la sensación que Oliver tenía constantemente en presencia de su amigo, una que su cerebro no sabía procesar. Sus rodillas fallaron y se hincó en el suelo.

—Suele tener ese efecto en los mortales —le dijo, ayudándolo a levantarse—.

Suponía que solo un dios podía hacer algo así, es decir, si le hubiese dicho que era un alien lo habría creído con la misma facilidad. Por lo que eso hacía que todo lo que le estuviese diciendo se tornase real. Él había deseado no ver a Sergio en mucho tiempo hacía unos momentos pero no querría bajo ninguna circunstancia que sufriese daño alguno. Ser un cretino y un egocéntrico no era ilegal en los Estados Unidos de América, aunque debiese serlo.

—Si va a intentar matar a Sergio ,tenemos que impedirlo —.

—Si dejáis la cháchara podríamos hablar de ello —se quejó Dodo—.

Oliver pegó un respingo, la apariencia del puma le inspiraba terror.

—¿No puede volver a ser un lindo gatito? —le pidió a Connor—.

—No en breve —.

Dodo rugió para captar la atención de ambos.

—¿Podemos centrarnos en lo que vamos a hacer?! Si no queréis que el loco de la espada mate a ese cretino hay que pensar en algo —.

Connor le había estado dando vueltas en su cabeza, las posibilidades que tenía de ganar en un enfrentamiento contra su hermano eran nimias. Él no era un dios vengativo, prefería el amor antes que la guerra, por cursi que sonase.

—Tu madre podría intervenir —propuso Dodo—. Ella es más poderosa que él —

—Eso sabes que no está sobre la mesa, ni siquiera podríamos alcanzarla antes de la hora de ellos duendes. Y hasta donde sé ella es una pacifista, como yo —.

—¿Tu padre? —.

Connor reprimió una sonora carcajada.

—Mi padre me encerrará en una mazmorra durante cien años, con suerte. Y pongo mi mano en el fuego si te digo que no moverá un dedo para ayudarme —.

—¿Entonces? —.

El joven mortal se estaba acostumbrando a aquel sinsentido con una velocidad pasmosa, si Connor era Cupido, el dios del amor, sus padres debían de ser el dios de la guerra y la diosa del amor.

—¿Tus padres son Ares y Afrodita? —preguntó sin pensar—.

—Sí —respondió Connor automáticamente, sin mirarlo—. ¿Y los vientos cálidos del este? Quizá puedan encontrarme ayuda —

Su amiga negó con la cabeza.

—Entonces todo el mundo sabría dónde estás —.

—¿Y qué problema hay con eso? —quiso saber Oliver—.

—Que todo el mundo odia a Cupido —le informó Dodo—. Que todo el mundo sepa donde está no será positivo para nadie, solo nos traerá más problemas —

—Ah —atinó a decir Oliver. Era mucha información que procesar—.

—No le hagas caso —le dijo Connor—. Es una forma de hablar —

Dodo rodó sus ojos, le sorprendía que intentase quedar bien frente a Oliver en una situación de ese calibre.

—¿Cómo se mata a un dios? —preguntó Oliver—.

Su amigo guardó silencio unos instantes, no pretendía matar a su hermano, solo detenerlo. Muchos habían muerto en el pasado por pronunciar aquellas palabras.

—Los dioses no pueden morir, no tan fácilmente. Lo que tratamos de pensar Dodo y yo es en una forma de detenerlo —le aclaró Connor—.

—¿Como una trampa? —propuso él—.

—Sí —.

—Cuales son las debilidades de Anteros? —.

Aquel acercamiento al problema tomó de improviso a Dodo, pero no le desagradó lo más mínimo.

—Me gusta como piensa —comentó ella—.

—Pues...no sabría decirte. Es muy orgulloso y volátil como mi padre. Propenso a la violencia —.

—Pero hablo de su kryptonita —.

—No tiene ninguna, no que yo sepa —se lamentó él—. No es un héroe de un cómic, ninguno lo somos —

—¿Entonces cómo se atrapa a un dios? —resumió—. Recuerdo que en uno de los mitos de Afrodita, Hefesto la atrapa con su amante en una red mágica de la que no pueden salir —

—No es el mejor momento de mis padres, desde luego...—.

—Solo Hefesto puede fabricar algo tan poderoso, y no disfrutamos de su amistad —le explicó Dodo—. Ni la de nadie...—

—¿Quién más hace redes mágicas? —preguntó Oliver—. Seguro que hay más personas que fabriquen cosas de ese estilo —

Aquellas palabras le dieron una idea, recordaba una vieja historia, una que hablaba de cómo una mortal se había metido en problemas con la diosa Atenea al proclamar que tejía mejor que ella. La historia acabó con Aracne despojada de su humanidad y convertida en una araña. Por suerte sabía dónde trabajaba en la actualidad, en Nueva York, dirigía un mercado subterráneo en una de las estaciones de metro.

—¿El mercado nocturno tras el espejo? —.

—¿Pretendes ver a Aracne? Te sacará los ojos y luego se quedará con todo el oro que poseas —.

—¿Aracne? ¿Como en la diosa de las arañas? —preguntó Oliver—.

—No es una diosa... —le aclaró Dodo —. Aunque sí es inmortal y letal, así que...—

—Ella es poderosa, seguro que tiene en su haber una telaraña con la que atrapar a mi hermano —dijo Connor—. O cualquier otro objeto mágico, es una mercenaria —

—Pues date prisa, cuánto antes vayas antes sabrás si quiere ayudarte —le aseguró su amiga—. O si puede... —

Era una idea tan buena como cualquier otra.

—Subiré a cambiarme de ropa e iré —.

—Yo voy contigo —le dijo su amigo—.

—No, es peligroso —.

—Esto me incumbe a mi —.

—Déjalo ir —soltó Dodo—. Qué más da, de perdidos al río...—

Llevar a Oliver hacia el peligro le horrorizaba, aun estaba haciendo las paces con el hecho de haberse enamorado de él sin darse cuenta, no podía llevarlo a un lugar oscuro lleno de criaturas sobrenaturales.

—Si no me dejas ir iré a comprar una pistola —le advirtió Oliver—. O una escopeta, el arma más grande que tengan —

Connor sonrió, no pudo evitar hacerlo. Se preguntó si se había dado cuenta antes de la expresión que hacía al ponerse serio, era adorable. Imaginarlo con una pistola en su mano le pareció más peligroso que dejar a su hermano suelto con una espada, con la suerte que tenía acabaría disparándose a él mismo.

—Te acabarías haciendo daño con ella —concluyó Connor—.

Oliver se cruzó de brazos ofendido.

—¿Te ríes de mi? —.

—¿Me obedecerás si te llevo conmigo? Es un lugar peligroso, lleno de mucha gente rara —.

Le daba igual cómo de raro fuese, quería formar parte del equipo, ayudar a frenar a Anteros.

—¡Sí, lo haré! ¿Quieres que te lo firme en un documento? —.

—No es necesario, confío en ti —.

Capítulo 14

Paseo por el mercado

Para llegar a la estación de metro donde se encontraba el susodicho

“mercado nocturno tras el espejo” debían que cruzar media ciudad y el tiempo apremiaba. Oliver se concentró en el destino al que tenían que ir, en qué parada de metro pararse y cuánto tendrían que esperar para que llegase el tren y para llegar desde allí. Ocupar su mente con ideas y conceptos que no se escapaban a su comprensión le proporcionaba calma y seguridad.

—¿Dónde vas? —preguntó al darse cuenta de que Connor giraba hacia la izquierda tras cruzar un paso de peatones—.

—¿Dónde vas tú? —.

—El metro está por ese lado —señaló—. ¿Se te ha olvidado que no tienes coche? —

El fantástico coche de Connor probablemente descansaría en un cementerio de vehículos con una hendidura de espada en su motor.

—Cierto, pero podemos pedir un taxi —.

—Llegaremos antes usando el metro —zanjó Oliver—.

Su acompañante quiso quejarse y proponer una forma de viajar que no implicase meterse en una lata de sardinas llena de gente pero decidió no tentar a la suerte. El humor de Oliver no parecía ser el mejor.

Bajaron por las sucias escaleras que una vez fueron de una losa blanca y llegaron a la parada del tren, una abarrotada. El olor a humanidad mezclado con el de combustible derramado y otras sustancias químicas hizo que Connor se arrepintiese de no haber insistido más en ir en taxi.

Transcurrieron doce minutos larguísimos en los que Oliver ignoró su presencia, acción que hirió los sentimientos de su amigo. Entendía que había sido una sorpresa descubrir que no era humano, entre otras cosas, pero no que le hiciese el vacío.

—¿Todo bien? —le preguntó Connor mientras el tren circulaba—.

Oliver le dedicó una mirada de incredulidad.

—¿En serio quieres que te responda a eso? —.

—No, supongo que no hace falta —.

Cuando pudieron sentarse en unos asientos libres Connor pensó que por fin podrían hablar con normalidad de lo que fuese, quizá su amigo podía hacerle alguna pregunta sobre lo que era o qué le había llevado allí, pero no lo hizo.

—¿Qué miras en el móvil? —preguntó—.

—Cosas —.

—¿Estás muy enfadado? —.

—Estoy enfadado por no decirme quien eras en primer lugar, en segundo lugar por mentirme un millón de veces cuando hablabas de ti o tu pasado y en tercer por tener que verme en esta situación donde tu hermano cree que me ayuda o lo que sea —.

Seguía siendo coherente, otros habrían perdido la cordura con mucho menos.

—¿Qué puedo hacer para que me perdones? Sigo siendo el mismo —.

—Concentrémonos en el problema que nos atañe, será lo mejor —.

—Como quieras —.

El supuesto “mercado tras el espejo” se encontraba en el Bronx, detrás un espejo desvencijado y antes de subir las escaleras hacia la parte superior. Connor le dio la mano a Oliver, lo que hizo que se sobresaltase.

—Solo te he cogido la mano —se excusó Connor—. Necesito hacerlo para cruzar hasta el otro lado —

—Ah, está bien —.

Caminó hasta el espejo y cruzaron juntos, Oliver sintió como si se sumergiese en un gran mar de plata, empezó a sentir una sensación apremiante de respirar pero antes de que el pánico se elevase lo suficiente como para llevarse las manos a la garganta salieron al otro lado.

El mercado era una replica de la estación de metro por la que acababan de pasar, solo que menos bulliciosa y mucho menos ruidosa.

—No mires a nadie a los ojos y no hables con nadie, aunque se dirijan a ti —le advirtió Connor—.

—Entendido, ciego, sordo y mudo —.

—En resumen, sí —.

Había multitud de lo que parecían personas con puestos improvisados en el suelo de la estación, era en una larga hilera que parecía no tener fin. Oliver intentó encontrar algo fuera de lo ordinario mientras caminaba, de soslayo, pero solo pudo ver baratijas y objetos varios que parecían sacados de la basura. La tienda de Aracne se ubicaba dentro de un almacén, era la única que no desplegaba su inventario en el suelo sobre una manta.

—Bien —soltó Connor frente a la puerta del establecimiento. Aún sostenía la mano de Oliver—.

—¿Piensas soltarme la mano? —.

Connor soltó su mano a regañadientes.

—¿Vamos a entrar o...? —.

—Estoy tomando aire —le dijo Connor—.

—¿Tienes miedo? —.

—Por supuesto que no —se adelantó a decir, aunque la verdad era que temía que algo saliese mal. No era muy popular entre los suyos—.

Abrió la puerta de metal, un pequeño tintineo anunció su llegada. El lugar parecía de hecho un almacén, lleno de estructuras metálicas con multitud de objetos desplegados en ellas.

Se acercaron hasta una chica que jugaba con su móvil, esta se encontraba tras una mesa que hacia las veces de mostrador.

—Quiero ver a tu jefa —pidió Connor—.

—Eso no es posible, caballero —le dijo ella sin desviar la cara de su móvil—. ¿Qué es lo que buscas? Tenemos descuentos en talismanes de la suerte y en tapices varios, el veinte y el diez por ciento respectivamente —

Connor hizo que su aura se hiciese visible, la expresión de indiferencia de la chica cambió a una más seria y bloqueó su móvil dejándolo sobre la mesa. Oliver tuvo que dar un paso atrás, la energía que emanaba era abrumadora, como mirar al sol directamente.

—Un segundo —pidió ella—.

Una bella mujer con una larga melena gris salió de la trastienda, por la forma que

vestía Oliver dedujo que debía de tener mucho dinero. No solo la ropa parecía cara sino que llevaba multitud de oro colgado en el cuello y alrededor de sus muñecas. Cuando se acercó lo suficiente pudo ver que cada uno de sus dedos tenía por lo menos dos o tres anillos.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó de mala gana, no estaba impresionada por su aura—.

—¿Podemos hablar en un sitio más privado? —.

Había un par de personas dando vueltas por la tienda, al ver su aura se sintieron atraídos hacia él por lo que se encontraban atentos a cada paso que daba.

—Espero que me salga rentable —se quejó e nuevo. Su voz era ronca, como la de una fumadora empedernida—. Seguidme —

Los llevó a la trastienda, lo que a simple vista parecía un pequeño salón improvisado con una televisión y un gran sofá.

—Apaga la lamparita —le pidió ella. Connor levantó una ceja, su aura no era una “lamparita”, pero obedeció e hizo que desapareciese—. ¿Qué se le ofrece al dios del amor?

—

No sabía cómo sabía quién era él pero no le importaba.

—Necesito uno de tus productos especiales —.

—¿Una poción del amor? —preguntó jocosa—.

—No, nada de eso —.

—Pues tú dirás, hombretón —.

—¿Tienes algo que pueda atrapar a un dios? —.

La sonrisa desapareció de la faz de la mujer, era lo suficientemente vieja y sabia para saber que aquella petición le traería problemas.

—No tengo nada así, vete —.

—Mientes —.

—¿Me quieres meter en problemas con otro dios? No quiero tener nada que ver con ellos —.

—Por favor, escuchanos —pidió Oliver—. Un dios quiere matar a un amigo mío —

A Connor le sorprendía que aún pudiese llamarlo amigo, dado lo mal que se había comportado con él. Aracne se mostró intrigada por la historia de Oliver, ella misma se había visto en problemas con una diosa y estaba dispuesta a oírlo antes de echarlos de su tienda.

—¿Cómo se ha visto tu amigo en problemas con un dios? —preguntó la mujer—.

—Él no me quiere, eso es todo lo que ha hecho —.

—Eso no tiene sentido —.

—Se trata de Anteros —le indicó Connor—. Mi hermano —

La mujer asintió, uniendo las piezas y entendiendo la complejidad de su problema. No conocía a Anteros y sus caminos nunca se habían unido pero le molestaba sobremanera cuando los dioses eran crueles con una persona inocente sin un motivo razonable.

—Es sin duda una injusticia —sentenció ella—. Comprenderéis que si accedo a ayudaros me granjearé la ira de Anteros —

—Mi hermano solo mata a quienes no corresponden a otros en el amor —le aseguró Connor—.

No estaba seguro al cien por cien sobre si aquella afirmación era cierta pero él nunca había oído lo contrario de boca de nadie, de alguna forma pensar en que matase a voluntad como hacía su padre lo hizo sentir mal.

—Los dioses matan a cualquiera que se interponga en su camino, hombretón —le

aclaró ella—. Eres muy mayorcito para ser tan ingenuo —

Oliver intervino.

—No le diremos a nadie que usted nos ayudó, si fingiésemos un robo se cubriría las espaldas —.

La mujer sonrió pícaramente, su cara se arrugó en un sin fin de finísimas arrugas. Hasta hace un momento le había parecido una mujer joven, de no más de treinta años.

—Me has caído bien, chico —dijo ella—. Lo haré por ti, debes de tener un corazón enorme para ayudar a alguien que no te corresponde —dijo dedicándole una mirada misteriosa a Connor—

Este se molestó, su orgullo se había visto dañado al ser Oliver el que había salvado la situación. Quería proyectar una imagen de perfección y confianza en presencia de Oliver.

—¿Qué tienes? —preguntó Connor—.

—Tengo una de mis telarañas, pero no una cualquiera. Está fabricada con la seda de un gusano que nace en el tártaro, donde los dioses, semidioses o mortales pierden todo poder —le explicó—. Un objeto único en su clase —

—¿Cuál es el precio? —.

—Tres millones de dólares —dijo, mostrándole tres dedos de su mano—.

La boca de Oliver se desencajó, él no tenía ese dinero, esperaba que la imagen de rico de su amigo fuese real y no una de sus mentiras.

—¿Ese es el precio que le haces a alguien que te cae bien?! —se quejó Connor—. No quiero ni pensar en cuánto le cobrarías a alguien que te cae mal —

—Él me cae bien —dijo señalando a Oliver—. Tú no, los dioses no me inspiráis confianza, ninguno de vosotros —

Connor poseía una cantidad ingente de obras de arte, esculturas y piezas históricas de gran valor, pero no tenía tanto dinero en el banco del que disponer en esos momentos. No podía pagar tres millones porque tendría que vender multitud de reliquias que debían ser tasadas, evaluadas, autenticadas y finalmente subastadas al mejor postor.

—Un millón —propuso Connor—.

—Millón y medio —.

Si quería conseguir aquella telaraña debía de subir la apuesta y solo se le ocurría una forma de hacerlo.

—Quinientos mil y una flecha de amor —.

La oferta fue lo suficientemente tentadora como para que la mujer se parase a pensarlo, una articulo como ese seguro que seria muy valioso, encontrar un comprador no le resultaría difícil. El amor era un objetivo que tendía a ser difícil de alcanzar.

—¿Qué tipo de flecha? —preguntó curiosa—.

—Una que garantice un flechazo —.

—No nací ayer, hombretón. Quiero una potente, que haga que alguien se enamore profundamente de la otra persona —.

Connor ya estaba sacrificando sus principios al ofrecerle una flecha de amor, pero pensó que un pequeño encaprichamiento no provocaría demasiado problema. Pedirle que le entregase una más potente sí podría resultar ms problemático.

—No será para siempre —le aseguró—.

Ella se encogió de hombros.

—Haz que sea lo más perfecta posible y cerramos el trato —zanjó ella—.

—Bien —.

La mujer le extendió la mano, si Connor la apretaba y aceptaba las condiciones no podría romper el acuerdo. Pero no tenía alternativa, si quería salvar la vida de Sergio y evitar que Oliver tuviese que sufrir por su muerte lo haría.

—Tengo que fabricarla —le advirtió—.

—No te preocupes, tengo de todo —.

La ayudante de la mujer montó una mesa de trabajo con todos los ingredientes que había pedido Connor, este le advirtió que la calidad de la flecha variaría según la calidad de los ingredientes. Pero Aracne le aseguró que sacaría lo mejor, solo para él.

Oliver se sentó a un lado de la improvisada mesa de trabajo junto a Connor, verlo derretir y moldear lingotes de oro entre sus dedos era fascinante. Sin contar con el aura que desprendía y con la que parecía imbuir los objetos que tocaba.

Aquella aura le había resultado peligrosa hasta ese momento, demasiado compleja para poder entenderla, pero poco a poco parecía tolerarla más. Pensó que quizá su cerebro entendía poco a poco que él no suponía un peligro para su integridad.

—Solo tienes estas plumas blancas? —preguntó Connor—.

—Son de paloma, ¿no te vienen bien? —preguntó ella—.

Connor usaba plumas blancas para crear flechas de amor, pero la raza del ave influía a la hora de crear flechas que hiciesen que el amor perdurase en el tiempo. Aquellas plumas eran de una paloma común y corriente por lo que pese a que el oro que había usado era de la mejor calidad, el resultado no sería óptimo. Situación que lo alivió. Ya era una irresponsabilidad por su parte vender sus dones, si su madre se enterase se sentiría muy decepcionada.

—Haré lo mejor posible con los materiales que me has proporcionado —dijo él—.

—Hazlo pues —se quejó Aracne de mala gana—.

Connor creó una larga y bonita flecha de oro, parecía tallada por el artesano más delicado y detallista e incluso emitía una luz ligera desde su interior.

—Hecho —.

La ayudante de la mujer lo había estado observando con atención durante todo el proceso, cuando dijo que había acabado corrió a llamar a su jefa.

—Has hecho dos —observó ella. A una de ellas le faltaban las plumas blancas en uno de los extremos —

—Esta es para mí —le dijo, empuñando la flecha incompleta—.

La mujer lo miró recelosa, estaba segura que ganaría mucho dinero con aquel artículo por lo que perder unos pocos lingotes de oro no le supondría gran cosa.

—Está bien —concluyó—. La caja —

La chica le acercó una caja de madera, a simple vista era sencilla, no tenía nada de especial. Lo único remarcable era que en lugar de una cerradura o un cierre metálico tenía un gran sello de cera de color granate.

—Coloca esta caja de madera en el centro de una estancia, cuanto más pequeña mejor —le indicó—. Después solo tendrás que decir una palabra y mi telaraña se liberará—

Tras acabar de explicárselo paso a paso le mostró una pequeña nota con una palabra escrita, estaba en griego, era una palabra que conocía.

—¿La has memorizado? —preguntó Aracne—.

—Sí —.

—Bien —dijo arrugándola y metiéndosela en el bolsillo—. ¿Pagarás con tarjeta de crédito o en metálico? —

—No me has dicho cuánto durará —.

—Si no tiene la espada consigo, una semana, pero suponiendo la ferocidad de tu hermano yo diría que tres días como mínimo —.

—¡Eso no es nada! —se quejó—. Me has engañado, pensaba que lo atraparía durante años —

Aracne se mostró ofendida por sus palabras.

—Solo Hefesto podría hacer algo así —le dijo de mal humor—. Y ninguna otra persona podría hacer lo que yo, ¿lo tomas o lo dejas? —

Oliver intervino, aquel objeto era todo lo que tenían por ahora.

—Tres días nos dará tiempo en que pensar —.

—Escúchalo, es listo. Seguro que te saca del aprieto —le dijo ella—. No ha sido un trato desfavorable, te has llevado una flecha de oro macizo a medio completar —

—Bien, acepto el trato —.

Oliver se preguntaba para qué querría una de esas flechas, según había leído por Internet las flechas de cupido no servían para luchar.

Se marcharon del lugar después de que Connor usase su mastercard platino, pensar en todo el dinero que había pagado por aquella caja le dio vértigo. Necesitaba vender alguna de sus posesiones para poder disponer de efectivo.

—Es un placer hacer negocios contigo, espero que sigamos en contacto —le dijo Aracne después de meter la caja en una bolsa y dársela—.

—No puedo decir lo mismo —.

Pasaron a través del espejo y cogieron de nuevo el tren para volver a Manhattan, en esta ocasión el humor de Connor estaba por los suelos, pero Oliver tenía una pregunta que hacerle.

—Para que quieres esa otra flecha? —.

Connor la había metido dentro de su manga.

—Esta flecha será el “plan A” —le confesó—.

—No entiendo —.

—Es mejor que no hablemos de eso, si funciona nos dará más tiempo —.

Oliver se relajó, se sentía un poco más tranquilo.

—Siento haberte puesto en una posición así —le dijo—.

—No es tu culpa, nada de esto es tu culpa —le aseguró—.

—Aún así me siento mal —.

—Eso es porque tienes un corazón puro, uno muy especial —le dijo con una pequeña sonrisa—. Es normal que te sientas así —

Era la segunda vez que mencionaba la palabra “pureza” y “especial” para referirse a su corazón, no entendía qué podría tener de especial. Él era tan corriente como el que más.

—¿Eso es algo malo? Que sea especial —quiso saber—.

—Tener un corazón puro es la posesión más valiosa que puede tener un individuo, Oliver. Es tan especial que me atrajo hasta ti en el mismo instante en el que lo sentí, de la misma forma que su dolor atrajo a mi hermano —.

Oliver seguía sin sentirse especial en ningún sentido, al fin y al cabo la experiencia de amar siempre era personal e intransferible. Jamás podría sentir cómo ama otro individuo para determinar la cantidad o la fuerza del suyo.

—Quién iba a suponer que querer a un gilipollas durante tanto tiempo me traería tantos problemas —soltó Oliver—. Bueno, posiblemente mucha gente... todos menos yo —

Connor le sonrió, le gustó verlo de buen humor, hablando con ligereza sobre el asunto. Pese al problema que se avecinaba a la vuelta de la esquina.

—Yo estoy aquí para ayudarte, sé lo mucho que te dolería perderlo. Aunque sea un gilipollas —le dijo—. Haré todo lo que esté en mi mano para evitar que sientas ese dolor —

—Me haces difícil seguir enfadado contigo...—.

No podía culparlo por estar enfadado, no solo por haberle ocultado lo que era y haberle mentido en docenas de ocasiones sino porque ninguna relación debía empezar con una mentira. Y sabía que en ese aspecto había fallado.

—Quizá merezca que sigas enfadado conmigo un poco más —admitió Connor—.

—Quizá sí —.

Capítulo 15

A las diez

Dodo los esperaba en la casa que compartía con Connor, no había podido acompañarlos debido a la forma que había adoptado. Al poco de irse tuvo una visión en la que su amigo venía con algo en la mano así que lo interpretó como una buena señal.

—¿Tres días? —preguntó Dodo claramente decepcionada cuando su amigo le explicó la situación con la caja—.

—No me acostumbro a oírla hablar —admitió Oliver—.

Connor se encogió de hombros.

—Era todo lo que tenía, tendremos que apañárnoslas —le dijo—. Ahora hay que pensar cómo atraemos al mortal aquí —

—Anteros estará por ahí observando —le recordó Dodo—.

—Irá donde esté él, su soberbia no conoce límites así que no creo que intervenga antes de la hora planificada —.

Su hermano pecaba de soberbia, al igual que su padre, a sus ojos nadie era capaz de derribarlos o ganarles en ningún aspecto.

—Yo haré que Sergio venga aquí, lo llamaré y le pediré que hablemos —propuso Oliver—.

—¿Funcionará? —le preguntó Connor a su amiga—.

—¡No lo sé! —.

—¿Cómo iba a saberlo? —quiso saber Oliver—.

—Dodo es un oráculo, en concreto el de Dódona —.

Oliver sabía que en muchos de los mitos que conocía incluían la participación de un oráculo, le pareció fascinante la idea de estar en el centro de aquellas historias. Y sabía que no era un sueño porque no tenía tanta imaginación.

—¿Y puede ver el futuro? —preguntó con la boca abierta—.

—¡¿Eso te impresiona?! ¡Yo soy un dios! Hasta los mortales pueden ver el futuro —se quejó Connor—.

—Eres increíble —le dijo Oliver a Dodo—. ¿Y puedes cambiar de forma a placer? —

Ella cruzó sus patas coquetamente, complacida con el reconocimiento.

—Debo sumergirme en agua, es una habilidad que me concedió Poseidón tras ayudarlo con un problema muy gordo —le explicó—.

Connor no daba crédito, él ni siquiera sabía esa información, aunque para ser sincero jamás había preguntado cómo había obtenido esa habilidad. Siempre pensó que era algo innato.

—Pero puedes volver a tu forma original? —preguntó Oliver—. Es decir, eras humana, no? —

—Sí, y sí, puedo —.

—¿Cómo eras? —.

—Está mal que yo lo diga pero una mujer muy atractiva, mis curvas volvían locos a los griegos. Si supieses cuántos héroes me tiraban la caña... —.

Oliver soltó una carcajada,
—Seguro que tienes miles de historias interesantes —.
—¿Vais a dejar de cotillear como si yo no estuviese? Ser un dios es más impresionante que ser un oráculo, vamos digo yo... —se quejó Connor—.
Dodo sonrió mostrando una hilera de aterradores y afilados dientes blancos.
—Es bastante celoso, como comprobarás —comentó ella—.
—¿Celoso? —preguntó Oliver, no entendía cómo comprobaría algo así—.
—Dodo, ¿porqué no te relajas e intentas ver algún retazo del futuro? —.
Ella suspiró.
—Lo haré, pero que sepas que me muero de hambre —le dijo —. Mis visiones son más claras con el estomago lleno —mintió—
Alimentarla en su forma gatuna ya suponía un gran esfuerzo, estaba seguro que al ser veinte veces más grande requeriría de mucho más alimento.
—No dispongo de tanta comida en casa, como sabrás —le dijo Connor—. Así que...—
—Pediremos pizza —propuso Oliver, fue lo primero que se le ocurrió—.
—Suenan bien —.
Connor se cruzó de brazos.
—Cuántas? Cincuenta? —.
—Que sean setenta —propuso ella—. Por si acaso —
—Acabo de gastarme quinientos mil de dolares en esa maldita caja —dijo señalando la caja bajo la mesita de café del salón—.
—Siempre dices que el dinero no es importante —le recordó su amiga—. ¿Ahora decides ser un tacaño? —
—No lo es mientras lo tienes, cuando tu cuenta bancaria se vacía empieza a preocuparte —.
—Nimiedades —dijo ella quitándole importancia—. ¿A ti que pizza te gusta? —
—Con champiñones y extra de queso —.
—Pediremos con champiñones —le informó Dodo—. Y te contaré alguna de las cosas más fascinantes que me han pasado. ¿Conoces a Aquiles, verdad? —
—¡Sí! —.
—Pues en una ocasión...—.
—Me rindo —anunció Connor—. Voy a echarme un rato, llamad vosotros a la pizzería —dejó la cartera sobre la mesa y se fue a su habitación—
—¿Como quieras, gruñón —le dijo su amiga—.
Se giró y se fue.
—¿Se ha enfadado? —.
—Puede ser un poco infantil en ocasiones... como el amor —.
Connor necesitaba echarse un rato y descansar pero debía de acabar de montar la flecha que había traído consigo.
Mientras creaba la flecha para Aracne se le ocurrió una idea brillante, si Sergio se enamoraba de Oliver, su hermano no tendría motivos para no matarlo.
—Aquí —se dijo al abrir una caja de cartón vieja sobre su armario—.
Sacó un par de plumas blancas de la caja y las miró al trasluz, pertenecían a un cuervo albino, un animal tan raro que hacía que la intensidad del sentimiento amoroso se multiplicase exponencialmente. Las plumas de zorzal albino o un bengalí blanco serían más potentes pero no disponía de ninguna de ellas en ese momento.

El problema de las flechas de amor, incluso esa tan poderosa que estaba por crear, era que tendría una duración determinada por lo que algún día este amor desaparecería y Anteros volvería a la carga.

Por otra parte no pudo evitar sentirse apesadumbrado, estaba enamorado de Oliver, no era reciproco y ademas le preocupaba que si Sergio finalmente se enamorase de él, este lo eligiese como pareja.

Fusionó aquellas plumas con sus habilidades innatas y creó aquella majestuosa flecha de amor, en aquellos momentos desearía no haber extraviado su carcaj y su arco. Para lanzarle la flecha a Sergio tendría que usar sus manos por lo que no podía estar demasiado lejos de él.

Finalmente se tumbó en la cama, la cháchara de Oliver y Dodo era perfectamente audible, el primero no dejaba de soltar exclamaciones ante los cotilleo que su amiga le contaba.

Deseaba ser correspondido, tanto que le dolía el corazón, pero no podía exigirle a Oliver que lo quisiese porque él lo hacía. Ni quería usar sus habilidades para obtener su amor, si no era real y nacía de él mismo no lo quería.

La noche cayó, Dodo devoró sesenta y cinco de las pizzas que pidieron, tuvieron que hacerlo en tres pizzerias distintas y pagar con antelación, pero llegaron.

—No puedo más, estoy llena —admitió ella—.

—Es la primera vez que oigo algo así —soltó Connor con retintín—.

—Yo también lo estoy —dijo Oliver—. Por cierto, ¿cuando es la hora de los duendes?

—

—A las dos de la madrugada —respondió Connor—.

—¿Cómo retendremos a Sergio hasta entonces? No creo que pueda hacer que venga tan tarde —.

—No te preocupes, tengo algunos trucos bajo la manga —le aseguró Dodo—.

—¿Hay algo que no puedas hacer? —preguntó Oliver con fascinación—.

—Dejar de comer como una bestia... —señaló Connor, muerto de celos—.

Oliver llamó a Sergio y le pidió que acudiese a su casa, este se negó al principio, según le había dicho tenía planes, pero Oliver siguió insistiendo hasta que accedió.

—Vendrá en a las diez —les informó Oliver—.

—Suficiente —dijo ella—.

Connor aun se encontraba indignado, oírlo hablar con aquel tipo le revolvía el estomago.

—No puedo creerme que hayas tenido casi que suplicarle, debería dejar que mi hermano...—.

—Connor —le reprendió su amiga—. No digas cosas que no sientes —

—Entiendo que quizá desde tu perspectiva un humano menos no suponga nada, pero ese mortal tiene una madre y un padre. Hemos crecido juntos...—le explicó Oliver—.

—No lo decía en serio, disculpame —le dijo él—. Es solo que odio la forma en la que te trata, a mi también me afecta, ¿sabes? —

—¿El qué? —.

—Tu corazón roto, lo siento todo el tiempo. Al principio era tan abrumador que no podía ni quedarme en el mismo edificio —confesó—.

No sabía qué responder a eso.

—Lo siento —atinó a decir—.

—¡No es tu culpa! Es su culpa —.

—De cualquier forma él no es como su hermano —le aseguró Dodo—. Él entiende que amar es un acto que nace del propio individuo —

—Castigar la falta de amor no está bien, ninguno de nosotros podemos controlar lo que sentimos. Ni siquiera yo —le explicó Connor—.

—Sois muy distintos —.

—Él es mi contraparte —le dijo con una sonrisa cansada, rememorando las palabras de la visión de Dodo—.

Los ojos del oráculo se tornaron blancos, como si aquellas palabras hubiesen activado algo en ella.

—”...del ladrón de la flor más valiosa.” —soltó—.

—¿Qué? —espetó Oliver—. ¿Está bien? —

Su amigo puso una mano sobre su hombro, tranquilizándolo.

—Es parte de una profecía —le explicó sin entrar en detalle —

—¿Sobre Hades? ¿También lo conocéis? —.

—¿Como dices? —.

Dodo lo miró, había repetido esas palabras porque había oteado en el futuro que si lo mencionaba Oliver seria capaz de proporcionarle la respuesta que necesitaba. La última pieza del puzzle.

—El ladrón de la flor más valiosa es Hades, no? —preguntó Oliver—.

—¿Por qué lo crees? —.

—Deméter es la diosa de la agricultura y la vegetación, pero estoy seguro de que para ella la creación más bella de todas era su hija, Perséfone. Y él se la llevó, al menos según el mito —.

Dodo lo miraba congelada, como una gárgola, era él el que debía de afirmarlo para que pudiese hablar de ello con libertad. Aunque entendía que si lo afirmaba seria consciente del peligro al que se estaba enfrentando, no solo estaba en juego la vida de un mortal.

La última parte de la profecía decía que “el dolor romperá al dos veces roto y este encontrará su destino en las manos del ladrón de la flor más valiosa”, lo que significaba que si Anteros conseguía su objetivo y mataba a Sergio, él acabaría en las manos de Hades, el dios del inframundo.

—El ladrón es Hades —afirmó lentamente Connor, esto hizo que su amiga se deshiciese de la rigidez que la mantenía estática. Sus ojos se empañaron, había estado llevando aquella carga ella sola. No podía perder a su mejor amigo—.

—Entiendes ahora la gravedad del asunto? —le preguntó ella—.

—Sí, ahora soy consciente —.

—No entiendo —.

—Olvidémoslo y preparémonos, será una noche larga —le dijo Connor, no quería poner aquella carga sobre su corazón—.

Sergio había acordado llegar a casa de Oliver a las diez, pues tenia planes poco después, pero no apareció.

Oliver trató de llamarlo una y otra vez pero no conseguía que cogiese el teléfono o leyese los mensajes que le mandaba. Los tres se encontraban en su casa, esperándolo. Habían creado lo que pensaban sería el plan perfecto para conseguir lo que se proponían, por lo que que no apareciese lo lanzaba todo por la borda.

—Ahora qué hacemos? —les preguntó Connor—.

—¿Vive cerca? —preguntó Dodo—.

—No podemos salir, si lo hacemos perderemos el factor sorpresa y la ventaja de estar en nuestro terreno —.

—Y si no salimos no importará, él lo encontrará y lo matará —le dijo Oliver—. Será mejor que vayamos a su casa a ver si está allí —

—¡Bien! Vayamos —aceptó de mala gana—.

—¿Alguna pista? —le preguntó Oliver al oráculo—.

Dodo se encontraba en un estado de relajación mental que le permitía recibir visiones con más facilidad, pero hasta ahora no había visto nada útil.

—Me inquieta que vayáis a su casa, creo que es porque él estará allí —les dijo ella—. Pero no veo nada —

—Genial —espetó Connor. Las visiones de su amiga eran ridículamente inútiles cuando más las necesitaba—.

—Solo tenemos que modificar el plan un poco —le tranquilizó Oliver—. No es para tanto —

El lugar en el que usasen la telaraña era relevante pues Anteros se quedaría atrapado allí, o al menos era lo que suponían. Al pronunciar la palabra mágica la telaraña saldría de la caja y liberaría su red, él quedaría atrapado como una mosca.

—Sí lo es, ¿qué pasará con Sergio cuando tenga que convivir con el capullo de mi hermano dentro de una telaraña? —.

Aquel era un punto importante, pero solo era una hipótesis, no sabían exactamente la forma que adoptaría la red.

—A unas malas, que tengamos que contarle lo que pasa a Sergio es un mal menor —supuso Oliver—.

—Tiene razón —dijo Dodo. No era una problema realmente grande—.

—¿Dos contra uno? Qué fácil ha sido —se quejó Connor—.

—Estas siendo ridículo —le recriminó Dodo—.

—¡Puede que sí! —.

Oliver se acercó hasta él y tocó su hombro.

—Seamos positivos, si pensamos que saldrá mal atraeremos la mala suerte —.

—¿Y cómo vamos a llevar a Dodo? —preguntó—. La necesitamos para el plan, es un puñetero puma enorme —

—¿Eso es lo que más te preocupa? ¡Es Nueva York! Si alguien pregunta diremos que es una persona disfrazada, ella les dirá algo y seguiremos caminando —.

Dodo le habría aplaudido si hubiese tenido manos.

—Debo admitir que es un genio —dijo ella, tan sorprendida como fascinada por su forma de pensar—.

—Qué rápido os habéis hecho amigos, eh —.

—¿Preferirías que nos llevásemos mal? —preguntó Oliver con extrañeza. Estaba siendo muy territorial, podía ser amigo de los dos sin ningún problema—.

Connor preferiría tener toda la atención de Oliver, como solía pasar, preferiría encontrarse en un local de comida absurdamente caro, debatiendo sobre series de televisión con él. Y no allí, en una situación potencialmente mortal.

—Repasemos el plan por el camino...—propuso con resignación—.

Capítulo 16

¿Y ahora qué?

El camino hacia la casa de Sergio no fue todo lo rápido que quisieron, multitud de personas los paraban para preguntar si el puma blanco con el que paseaban era real o no. Muchos niños y adultos pedían echarse una foto con ella.

—Se le notan las costuras —comentó un chico al alejarse de ellos—.

—La costura del culo...—murmuró Dodo—.

—Ya estamos cerca —les informó Oliver—.

—Hacerme fotos con extraños me ha dado una idea de negocio, si me independizo cobraré por ellas —comentó—.

—Una idea maravillosa...—señaló su amigo—. No tardarás en salir en televisión —

—¿Verdad? Entonces podré cobrar aún más —.

Oliver dio unos pocos pasos hasta ponerse a su altura, él andaba un poco más rápido que ellos.

—Porqué estas tan nervioso, aún falta para la hora de los duendes —.

—Él nunca ha necesitado una hora para matar, no lo he visto hacerlo antes —.

—Por lo que parece es muy prepotente y está muy seguro de sí mismo. Si ha sentenciado que lo hará a esa hora lo hará, el orgullo y el honor suelen importarle a ese tipo de personas —.

A Connor no le hacía mucha gracia que con cuatro datos Oliver hubiese sido capaz de analizar la personalidad de su hermano.

—¿Y qué hay de mi? Qué presupones de mi? —.

—¿De todos los momentos en los que podrías preguntar algo así eliges este? —se quejó su amiga tras ellos—.

—¡Tú no te metas! —.

Dodo le había dicho que Connor podía ser muy infantil, y ahora estaba comprobándolo por sí mismo. Supuso que echaba de menos la atención que le prestaba cuando solo eran ellos dos.

—Pues...—.

Una llamada entró en el móvil de Oliver, se trataba de Sergio. No lo pensó ni un momento antes de deslizar la tecla de llamada hacia la derecha y contestar.

—Sergio, ¿dónde estás? —.

—Estamos esperándote —le contestó Anteros desde el otro lado del teléfono—.

—¿Él está bien? No le hagas daño, por favor —.

Connor le quitó el teléfono de la mano.

—¿Qué planeas, Anteros? Aún falta para la hora de los duendes —.

—Te dije que ahora me había de llamar Ander —le recordó, soltando una carcajada—. Tú te llamas Connor, ¿no? Bonito nombre, lo he buscado por Internet, significa “el que ama a los animales” —

—¿Dónde estás? —.

—El mortal y yo estamos en su casa, viendo un aburrido programa de televisión. ¿Os

apuntáis? —.

Connor colgó el teléfono.

—Está en su casa —.

—No perdamos tiempo entonces —pidió Oliver—.

—¿Recuerdas el plan? —.

—Sí —afirmó tocando la caja a través de la bandolera que llevaba colgada—.

—Pues vayamos a la boca del lobo...—aceptó con resignamiento—.

La casa de Sergio se encontraba a unas pocas manzanas de allí, se trataba de una primera planta de un edificio de siete, la puerta del portal estaba abierta. El picaporte había sido arrancado.

—Yo entraré primero, vosotros poneos detrás de mi —les indicó Connor—.

—Ya lo has dicho tres veces... —se quejó su amiga—.

Oliver tocó al timbre de la puerta, esta no tardó en abrirse, el mismo Anteros se encontraba al otro lado. Puso una gran sonrisa al ver a su hermano.

—Habéis venido todos, incluso el gato gordo —.

Dodo rugió, poniendo los pelos de punta a Oliver. Si aquel era solo un gato gordo no desearía enfadarlo o contrariarlo de ninguna forma.

El salón estaba destrozado, había marcas de espada en los sofás y los muebles y en el centro del mismo se encontraba Sergio, atado y amordazado.

Los tres lo siguieron al interior, Dodo cerró la puerta con su pata trasera.

—¿Habéis venido a ver la ejecución? —preguntó Anteros—. Normalmente no tengo publico, pero no me importa —

—Anteros, te pido que no lo hagas —le dijo Connor—. Golpéame hasta cansarte si quieres, pero no mates a nadie —

—¿Sabes? Ese es tu problema, tú repartes amor por aquí y por allá sin pensar en el daño que puede provocar a los demás —.

—Yo no mato a nadie —.

—No aprietas el gatillo, hermano —señaló con retintín—. Pero pones todos los ingredientes para un corazón roto, para el caos —

Anteros se posicionó frente a Sergio.

—¿A dónde quieres llegar? —quiso saber Connor—.

—A que mi trabajo es tan loable como el tuyo, yo vengo al amor no correspondido. Hay corazones que no merecen sufrir por amor, como el suyo —sentenció señalando a Oliver—.

Este intervino.

—Yo no te he pedido que hagas algo así, no le debemos amor a nadie. Sergio es libre de no corresponderme —.

—Tonterías...—soltó—. Por favor, sentaos —

Ninguno de ellos se movió ni un ápice, el plan requería que el primer paso fuese que Oliver se acercase lo suficiente a Sergio. Por lo que tenían que hacer que bajase la guardia, ganar tiempo.

—¿Puedes quitarle la mordaza de la boca? Le cuesta respirar —pidió Oliver—.

—Tonterías —repitió—. Dime, hermano, ¿qué tal te trata la vida? —

—¿Crees que es el momento de ponernos al día? —.

—¿Cuando lo es? Hace siglos que te fuiste sin mirar atrás, sin despedirte...—.

—¿De eso va esto? —.

Anteros se sentó en el sofá y le indicó con la mano que se sentase en el otro extremo. Connor no había previsto que acabaría sentándose en un sofá con su hermano para hablar del pasado, pero el lugar era ideal para su plan así que cedió y le siguió el juego.

—Bien, ya me he sentado. ¿Estás dispuesto a negociar? —.

Anteros bufó, no había espacio para negociaciones. La sentencia ya había sido anunciada.

—¿Negocia? —soltó—. ¿Acaso soy un mercader? ¿Vendo algo? —

—Es inútil hablar contigo, eres tan cuadrulado como papá —.

—Ya eres mayorcito para llamar a nuestros padres “papá” y “mamá”, Eros. ¿Cuántos años tienes? ¿Más de tres mil? —.

La edad de Eros era un misterio, pero ciertamente se acercaba más a tres mil que a dos mil quinientos.

—Dices que te importa el amor no correspondido, pero ¿sabes lo que le dolerá a mi amigo que el suyo muera? —.

—Esa es una retórica que no voy a discutir, vengar el amor no correspondido es mi labor como dios. El conejo ve al león que se lo come como su enemigo, pese a que es su depredador. Las cosas funcionan como funcionan —.

Aquello era una chorrada, pero era la forma en la que pensaban los dioses. No le sorprendieron sus palabras.

—Puedes elegir, como yo lo hice —le aseguró—. Eres capaz de elegir tu destino —

—¿Y entonces qué? ¿Seré como tú? ¿Jugaré a ser mortal y haré amiguitos? ¿Saldré a comer por la noche? —se burló—.

Aquel último comentario daba a entender que había estado observándolos desde hacia un tiempo, sin que fuesen conscientes de ello.

—Él al menos es querido —soltó Oliver—.

—¿Querido? —preguntó, después soltó una carcajada—.

—No caigas en sus provocaciones —le pidió Connor—. Es un capullo —

—No, déjalo que hable —demandó Anteros—. ¿Por qué crees que es querido? —

Oliver caminó hasta ponerse junto a Connor.

—Cuando te importa alguien más que ti mismo, cuando eres desinteresado y le muestras afecto, esa persona acaba por quererte. Connor es mi mejor amigo, le debo mucho —.

—¿¿Hablamos de la misma persona?! ¡Mi hermano es la persona más egoísta y narcisista que conozco! —se burló—.

—Pues no lo conoces —sentenció muy serio—.

Anteros no ocultó su molestia.

—¿Y tú sí, mortal? —preguntó—.

—Él es amable, siempre tiene una sonrisa en su cara para mi, es considerado, no importa lo inoportuno que sea o las tonterías que diga, siempre sabe decir las palabras adecuadas para no hacerte sentir mal —le explicó—.

—Tienes engañado a este mortal, eh —dijo Anteros—. Aunque tampoco es ningún merito, son bastante tontos —

—Cállate —espetó Connor—.

—Si no pudiese sentir su corazón roto diría que está enamorado de ti —comentó—.

¿Pero quién querría estar enamorado de Cupido? Todos sus amantes acaben terriblemente mal, ¿te lo ha contado? —

—No tienes derecho a hablar así —le dijo su hermano—.

—Pasase lo que pasase él no tiene la culpa —afirmó Oliver—. Si estaba enamorado ¿cómo iba a hacerles daño a propósito? —

—Buen punto —admitió Anteros—. Se nota que eres un buen pensador, ¿es eso lo que te gusta de él? —

Connor sabía con certeza que su hermano no era capaz de discernir si alguien estaba enamorado o no, solo podía captar cuando sus corazones estaban rotos. Por lo que era imposible que supiese que estaba enamorado de Oliver, solo Dodo lo sabía.

—Corta el rollo —pidió Connor—.

—Dejame quitarle la mordaza —pidió Oliver de nuevo—.

Anteros le dedicó una mirada de soslayo a Sergio, no sabía porqué le importaba lo más mínimo. A sus ojos era escoria.

—¿Qué más da? Morirá en unas pocas horas —.

—¿Nos piensas tener aquí hasta entonces? —preguntó Dodo—. Suena súper divertido

—

—Puedes irte, animal, siéntete libre —.

—No diré una sola palabra más si no dejas que le quite la mordaza —le advirtió Connor—.

Anteros resopló, su hermano era tan aburrido como lo recordaba, hacer más cómodas las últimas horas de un condenado a muerte no iba a cambiar nada.

—Bien, quítasela, pero si grita le haré un agujero —le advirtió—. No soporto los gritos

—

Oliver miró a Connor, le dedicó una mirada de cautela, luego caminó hasta Sergio, que lo miraba con desesperación. Tenía la cara amoratada y algunos rasguños visibles con un poco de sangre seca.

Le quitó la mordaza y este respiró profundamente.

—Oliver, ayúdame, ¿qué demonios está pasando? —.

—Todo saldrá bien, tú tranquilo —le aseguró—.

—¿Te gusta lo mentiroso que es? —le preguntó Anteros a su hermano—. No es una cualidad admirable —

—Te he dicho que cortes el rollo —.

—Le rompiste el corazón a Afrodita, su hijo favorito renegando de lo que es, de su labor ancestral...—comentó—. Pensaba que tu “mamá” te importaba —

Oír que su madre sufría por su partida le dolía, era la única persona de su pasado a la que anhelaba cada día de su vida. Su madre lo era todo para él.

—El mundo ha seguido girando sin mi, ¿no es así? —subrayó—. Al final no cambió nada —

—Eso es lo que digo yo, que no eres tan importante como se creen —.

Connor tocó el puñal que guardaba en su bolsillo, lo hizo de forma intencional, para que él se diese cuenta.

—Traes esa daga de nuevo, ¿crees que una daga puede compararse a una espada? No me hagas reír —.

—No puedes culparme por intentarlo —.

—Eros, Eros...el dios del amor. Eres un pacifista, ¿cómo ibas a enfrentarte a mi? Soy tu hermano —.

Aquel momento era tan bueno como otro, tenía su objetivo a tiro y Oliver y Dodo se

encontraban en sus posiciones.

—¡Ahora! —exclamó Connor—.

Dodo saltó sobre Anteros con el objetivo de distraerlo, estos rodaron por el suelo, Anteros no tardó en reducir a Dodo con sus manos desnudas. Esta golpeó con una de sus patas la espada que colgaba de su cinturón, haciendo que saltase al otro lado de la estancia.

Mientras tanto Oliver se hizo a un lado y esperó a que Connor diese el segundo paso. Este sacó de la parte trasera del cuello de su camiseta una flecha dorada que llevaba pegada con celo, quitó el corcho que había colocado en su extremo y apuntó con ella al pecho de Sergio.

Si su plan funcionaba, Sergio se enamoraría de la primera persona que viese, Oliver, de esa forma esperaban ganar tiempo.

—¡Suéltame, animal inmundo! —exclamó Anteros lanzando a Dodo por la ventana —.

Connor echó su brazo derecho hacia atrás y lanzó la flecha hacia Sergio, Anteros había supuesto que su hermano intentaría usar algún truco como ese así que no dudó en interponerse entre la flecha y su objetivo.

Esta impactó sobre su pecho haciendo que cayese de espaldas y arrastrando a Oliver con él. Connor no tardó en saltar hacia ellos e interponerse entre ambos para alejar a Oliver de su hermano.

Este no opuso resistencia, sus ojos miraban con horror la faz de Oliver. Algo había cambiado en su interior.

—¿Qué me has hecho?! —exigió saber—.

Nadie era inmune a sus flechas, ni el mismísimo Zeus, por lo que su hermano había sido víctima de su poderoso efecto amoroso. La mirada de confusión y odio que le dedicó de a Oliver solo indicaban que había funcionado.

Y entonces su aura cambió, Connor pudo leer con claridad en ella que estaba enamorado del mortal. Él había sido la primera persona en la que había posado su mirada tras dispararle.

Dodo saltó hasta el interior de la casa, preparada para lanzarse al cuello de Anteros de nuevo. Este dio un par de pasos para poder alcanzar su espada, a un lado de la estancia.

En ese momento Dodo tuvo una visión, debía de saltar sobre él si querían que el plan funcionase. Se abalanzó hasta su cuerpo y lo empujó hasta la habitación contigua usando la fuerza de sus patas traseras.

Connor arrancó la mochila de Oliver y sacó la caja de Aracne de ella, entonces la lanzó dentro de la habitación en la que se encontraba su hermano.

—Ἐλευθερίω! —gritó usando su lengua materna, aquello no significaba otra cosa que: “libérate”—.

Una explosión de luz hizo que todos se cubriesen los ojos, incluido Connor. Un olor denso a muerte inundó el ambiente, en ese instante recordó el material del que se suponía que estaba hecha, de la seda de un gusano procedente del tártaro.

Una pequeña parte de él temió que algo terrible le hubiese pasado a su hermano, pero cuando la luz cesó pudo ver con claridad la escena. Una enorme telaraña cubría la habitación por completo, creando una cárcel mágica que retenía a Anteros. Para su fortuna no consiguió alcanzar su espada antes de que la red se activase, por lo que tendrían un poco más de tiempo a su favor.

—¿Qué es eso?! —preguntó con horror. Intentó mover sus manos pero los fuertes hilos de aquella telaraña lo mantenían completamente inmóvil—.

—Estás atrapado —le aclaró su hermano—. He intentado llegar a un acuerdo contigo, pero me has empujado a esto —

Anteros le dedicó una mirada llena de ira y de resentimiento.

—Mi ira caerá sobre ti y sobre todo lo que amas, hermano —le aseguró—. Juro matar con mis propias manos a tu mortal y al inmundito animal que te acompaña —

—No dejaré que hagas daño a nadie que quiera, Anteros —.

—Solo estás aplazando lo inevitable, saldré de esta red antes de lo que crees —.

—Relájate, te vendrá bien —.

Entonces Connor extendió su mano y cerró la puerta, zanjando la conversación.

—Hemos tenido éxito —soltó Connor con una radiante sonrisa—.

—¿Podéis desatarme? —pidió Sergio—.

Oliver corrió a su lado, deshizo las cuerdas y lo liberó. Podía ver la profunda marca que habían dejado en sus brazos y pies.

—¿Estás bien? —.

—¿Alguien puede explicarme qué pasa? —.

Connor caminó hasta él.

—Los dioses existen, ese de ahí te va a matar en el momento en el que se libere —le explicó—. Y no quieras saber el motivo... —

—Va a intentarlo —recalcó Oliver—. No va a hacerte daño, no te preocupes —

Sergio se llevó las manos la cabeza.

—Esa es mi habitación, allí está el cargador de mi móvil —.

—Tendrás que vigilarlo mientras nosotros buscamos una forma más permanente de detenerlo —le dijo Dodo—.

El joven se arrastró hacia atrás, alejándose de aquel animal.

—¿¿Cómo puede hablar?! ¿Por qué está con estas cosas tan raras? —.

—No son cosas, son mis amigos —le explicó Oliver—.

Connor hizo que su aura se hiciese visible, haciendo que Sergio supiese de primera mano que lo que habían vivido era algo sobrenatural.

—No entres a esa habitación, ¿entendido? —le pidió autoritariamente—.

—Sí, entendido —respondió Sergio atropelladamente—.

—Bien, intentaremos volver lo antes posible mientras tanto intenta llevar una vida normal —.

—¿Y cómo se supone que debo hacer eso? —preguntó, mirando a Oliver—.

—Ese es tu problema —le aseguró Connor—. Vámonos —

Oliver le dedicó una sonrisa incomoda antes de irse y él y Dodo salieron de la casa siguiendo a Connor. Caminaron tras él hasta cruzar la calle, había una pequeña multitud de gente que se había visto atraída por el ruido del enfrentamiento.

—¿Ahora qué? —quiso saber Oliver—.

—Preguntale a la sabelotodo —le dijo su amigo—.

Dodo caminaba a su lado, siendo el objeto de atención de quienes la veían.

—Debemos encontrar una forma eficaz y duradera de detenerlo, magia arcana —.

—Esa magia no existe en la actualidad, no que yo sepa —comentó Connor—.

—Pero existió en el pasado, sigue existiendo allí —le recordó—.

Connor y ella se miraron, entendiéndose.

—¿Allí? ¿Estáis insinuando que viajaremos en el tiempo? ¿Eso es siquiera posible? —preguntó Oliver al ver cómo barajaban la posibilidad—.

—No se trata exactamente de un viaje en el tiempo, es complicado de explicar —le aseguró Connor—. Es un presente pero no este, es como si hubiese dos. Este y el de allí —

Oliver arrugó la cara, no había entendido nada de lo que había dicho. Por fortuna Dodo era más ducha en cuanto a ese tipo de cosas.

—La Grecia antigua donde viven los dioses, semidioses y todo tipo de criaturas sobrenaturales existe tanto apartada del continuo espacio tiempo como unida al mismo —resumió ella—. Son dos líneas de diferente longitud, una al lado de la otra. Nosotros estamos en la más larga —

Oliver era muy fan de la literatura de fantasía y ciencia ficción, sobretodo en su adolescencia, no le parecía una situación demasiado extraña. Es más, estaba seguro de que no era la primera vez que oía sobre algo así.

—Entiendo —.

—¿Entiendes?! ¡Ni siquiera yo lo entiendo! —se quejó Connor—. Es un galimatías —

—Existen doce puertas, cada una perteneciente a un dios primordial —recordó Dodo—. Hay alguna cerca? —

La más cercana era la de Hermes, a veinte minutos en coche, pero no serían capaces de usarla.

—Atravesaremos la de mi madre, en Grecia —le dijo—.

Una retahíla de preguntas se formó en la cabeza de Oliver, como buen fan de la fantasía sabía que había cuestiones importantes que tratar.

—¿Significa que tengo que hacer la maleta? ¿Se pueden trasladar objetos del presente al pasado? ¿Cuánto tiempo pasará aquí si estamos un día allí? ¿Si mato por accidente a un antepasado dejaré de existir? ¿Cuando salimos? —preguntó él—.

—¡No hay tiempo para tantas preguntas! —le aseguró Connor—. Muchas de ellas ni tienen respuesta —

—Yo te las contestaré en el viaje de avión, él no tiene ni idea de nada... —le aseguró Dodo—. Tiene la cabeza llena de series de televisión, la mayoría malísimas —

—¡Dódona de Grecia, el oráculo sabelotodo! —espetó Connor—. ¿Desde cuando eres la más lista de la clase? —

—Si esta es la primera vez que te das cuenta, sé quien es el más tonto —.

Oliver soltó una carcajada, una tan genuina como ruidosa. La vida no podía resultar más compleja y confusa en ese momento pero tenía algo que nunca había tenido antes. Dos amigos en los que confiar, y sabía que junto a ellos viviría una aventura que nadie sería capaz ni de soñar.

Agarró la mano de Connor, él y Dodo lo habían hecho rabiar demasiado, en muchas de esas ocasiones a propósito. Pero no quería que pensase que lo tenía en menor estima que a su compañera, él había sido su primer y único amigo.

—¿Podré sentarme a tu lado? Tiendo a dormirme en los aviones y necesitaré tu hombro —pidió Oliver—. Estoy seguro que tras un par de bebidas bien cargadas de alcohol te perdonaré por haberme dicho tantas mentiras —

—Sí, nos sentaremos juntos —aceptó Connor con timidez—.

En el otro extremo de la carretera, apoyada en el edificio que acababan de abandonar se encontraba una persona con una chaqueta acolchada tan dorada como extravagante.

—Has resultado ser muy listo, carita de ángel —dijo la figura mientras los veía alejarse sin percatarse de su presencia—. Supongo que nos veremos al otro lado...—

Continuará.

Esta historia continúa en el siguiente volumen:

